UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

FACULTAD DE ANTROPOLOGÍA

“LA CONSTRUCCIÓN DE LA NOCTURNIDAD LÚDICA JUVENIL EN METEPEC, ESTADO DE MÉXICO”

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

LICENCIADO EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

P R E S E N T A

CARLOS ALBERTO CAMPOS HERNANDEZ

DIRECTOR DE TESIS:
DR. RODRIGO MARCIAL JIMÉNEZ

TOLUCA, MÉXICO, OCTUBRE 2026

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 1

Capítulo I. Consideraciones teóricas y conceptuales 12

1.1 Condición juvenil 12

1.1.1 Juventudes contemporáneas 15

1.2 El espacio como construcción social 19

1.2.1 El espacio social 23

1.2.2 La sociabilidad como dimensión de la vida social 25

1.2.3 Temporalidad del espacio 27

1.3 Configuración social de la nocturnidad 28

1.3.1 Nocturnidad 29

1.3.2 Orden nocturno 33

1.3.3 Nocturnidad lúdica 34

1.3.4 Sociabilidad nocturna 36

1.3.5 Lugares de la nocturnidad 39

Capítulo II. La producción de la nocturnidad en Metepec: una etnografía de los espacios de sociabilidad juvenil 41

2.1 Configuración territorial y construcción del campo etnográfico 41

2.2 Producción histórica y configuración territorial de Metepec 43

2.3 Transformaciones socioespaciales y reconfiguración urbana de Metepec (1960-2010) 46

2.4 Configuración contemporánea del espacio urbano y dinámicas metropolitanas en Metepec 49

2.5 Espacios privados nocturnos y formas de sociabilidad regulada en Metepec 54

2.6 Espacios de ocio comercial nocturno juvenil.....57
2.6.1 Música, consumo y elección de espacios nocturnos 61
2.7 Cartoetnografía de la nocturnidad en Metepec 63
2.7.1 Ritmos temporales y microterritorios de inicio en la configuración de la nocturnidad.....66
2.7.2 Circuitos de concentración nocturna y diferenciación socioespacial.....73
2.7.3 La dispersión de la madrugada: espacios alternativos y prolongación de la experiencia nocturna.....74
2.7.4 Síntesis del ciclo de la nocturnidad juvenil en Metepec.....77
Capítulo III. Etnografía de cuatro espacios de la nocturnidad en Metepec.....79
3.1 Espacios nocturnos y configuraciones de la nocturnidad juvenil en Metepec 79
3.2 Configuraciones de sociabilidad en el bar.....80
3.2.1 La “Amante” 84
3.3 El antro como espacio de deseo y espectáculo 89
3.3.1 El “Mesón” 93
3.4 Distinción y reconocimiento en el club nocturno 101
3.4.1 “Anti Social Club” 104
3.4.2 El “Club” 119
Capitulo IV. Espacios y lugares alternativos del *after* 130
4.1 El *after* como prolongación de la experiencia nocturna.....130
4.1.1 Los *afters* domésticos: prolongación de la experiencia nocturna y sociabilidades juveniles en espacios habitacionales de Metepec.....133
4.2 El rave como espacialidad liminal de la nocturnidad.....141
4.2.1 Entre ruinas industriales y sonoridades electrónicas: el caso etnográfico del *rave* "Chernóbil" 146
4.3 Temporalidades extraordinarias de la noche metepequense 159

Capítulo V. Identidades juveniles en la nocturnidad lúdica de Metepec 163

5.1 Las identidades juveniles como categoría de análisis.....163

5.2 Identidades juveniles y formas de reconocimiento en la nocturnidad metepequense 164

5.3 El estilo como expresión de las identidades juveniles.....167

5.4 La identidad *rave* 168

5.5 La identidad gótica 173

5.6 La identidad chaka 178

5.7 La identidad “Fresa”. 183

CONCLUSIONES 191

ANEXOS.....202

BIBLIOGRAFÍA 208

INTRODUCCIÓN

Los espacios urbanos y rurales, al igual que las sociedades que los habitan, se transforman a través del tiempo; por ello, las experiencias y testimonios de vida adquieren características particulares según cada contexto. La antropología social estudia precisamente estas formas de organización, relaciones y expresiones culturales mediante las cuales los seres humanos construyen y significan su realidad. En este sentido, la cultura puede entenderse como el conjunto de conocimientos, prácticas, valores y formas de vida que las sociedades producen, reproducen y transmiten para responder a sus necesidades y enfrentar las adversidades que se presentan en la vida cotidiana. Así, las sociedades construyen su realidad a partir de las relaciones y experiencias compartidas, las cuales se desarrollan en diversos espacios y temporalidades.

Las sociedades contemporáneas se encuentran en constante transformación, y con ellas los espacios y temporalidades que organizan la vida cotidiana adquieren nuevos significados a partir de las prácticas de quienes los habitan. Desde la antropología social, la noche constituye una construcción social, en la que se desarrollan formas particulares de sociabilidad, apropiación del espacio y producción de significados. La nocturnidad configura un escenario donde convergen prácticas de ocio, fiesta, deseo, consumo e interacción, mediante las cuales los sujetos construyen maneras particulares de habitar y relacionarse en la ciudad. Dentro de estas dinámicas, la dimensión lúdica de la noche permite aproximarse a las experiencias juveniles, las formas de pertenencia, la expresión de identidades y los significados que las y los jóvenes producen en los espacios nocturnos.

El estudio de la sociabilidad juvenil en la nocturnidad lúdica adquiere relevancia para comprender la dimensión festiva de la vida nocturna y las relaciones que las y los jóvenes construyen en torno a ella. Investigaciones recientes han retomado la relación entre juventudes, nocturnidad y prácticas lúdicas para analizar las experiencias, apropiaciones y formas de

sociabilidad que tienen lugar durante la noche. En este sentido, la nocturnidad lúdica refiere a aquellas prácticas festivas, recreativas y de encuentro mediante las cuales las y los jóvenes establecen relaciones, construyen vínculos, expresan identidades y producen significados compartidos en los espacios que habitan. Esta perspectiva permite situar la fiesta y el disfrute como prácticas sociales que participan en la configuración de experiencias juveniles y en las formas de relacionarse con los otros.

En este escenario, la nocturnidad articula recorridos, desplazamientos y formas de permanencia que conectan distintos espacios de la ciudad y configuran una geografía nocturna con funciones diferenciadas. En Metepec, esta dinámica se expresa en una red de espacios públicos, comerciales y alternativos que forman parte de los itinerarios juveniles, donde las prácticas lúdicas vinculadas con la fiesta, el encuentro y la recreación permiten construir relaciones, expresar identidades y generar sentidos de pertenencia mediante elementos como el estilo, la música, la estética, el cuerpo y la interacción colectiva.

El estudio de la nocturnidad juvenil en Metepec resulta pertinente ante las transformaciones que ha experimentado el municipio en las últimas décadas, particularmente por el crecimiento urbano, el turismo, los servicios y las actividades de consumo. Estos procesos han modificado las relaciones que las juventudes establecen con la ciudad y con los espacios nocturnos, donde los recorridos, encuentros e interacciones adquieren nuevos sentidos. Desde esta perspectiva, la investigación busca describir y analizar cómo la noche se configura como un ámbito de producción social en el que las y los jóvenes de Metepec construyen relaciones, expresan identidades y generan experiencias colectivas dentro de la vida urbana contemporánea.

A pesar de que las juventudes han sido estudiadas con frecuencia como una etapa de transición hacia la adultez, vinculada con la formación, el trabajo y la productividad, estas perspectivas dejan en segundo plano la diversidad de experiencias que configuran las

trayectorias juveniles en los contextos urbanos contemporáneos. La vida cotidiana de las y los jóvenes también se desarrolla en espacios de encuentro, recreación y sociabilidad, donde establecen vínculos, construyen significados y generan formas de pertenencia. En este marco, la nocturnidad lúdica constituye un ámbito de interacción juvenil que permite analizar otras formas de vivir la juventud, relacionarse con los otros y habitar la ciudad.

La problemática que orienta esta investigación surge de la organización de la vida urbana en torno a una temporalidad diurna asociada con el orden, la vigilancia y la productividad. En contraste, las experiencias juveniles desarrolladas durante la noche suelen ser interpretadas desde discursos vinculados con el riesgo, el desorden o la transgresión, dejando en segundo plano las relaciones y procesos sociales que tienen lugar en ella. La nocturnidad constituye también un ámbito de encuentro, convivencia y apropiación del territorio, donde las y los jóvenes construyen vínculos, identidades y formas particulares de habitar la ciudad. En este sentido, la noche posee una organización social propia, expresada en prácticas, códigos y dinámicas que orientan las relaciones entre quienes participan en ella.

En Metepec, estas dinámicas adquieren particular relevancia ante las transformaciones urbanas y sociales que han redefinido los espacios de encuentro juvenil. Durante la noche, distintos lugares de reunión se convierten en escenarios de convivencia, construcción de vínculos y pertenencia, al tiempo que determinadas expresiones juveniles, estilos y formas de ocupar el espacio son atravesados por discursos que los asocian con el peligro, la violencia o la desviación. Estas interpretaciones suelen privilegiar miradas externas y dejan en segundo plano los significados, experiencias y formas de organización, que las y los jóvenes construyen en torno a la vida nocturna.

Desde esta perspectiva, la investigación aborda la nocturnidad juvenil como un fenómeno social complejo, cuya experiencia trasciende el ocio, el consumo y el conflicto. El propósito es comprender cómo las y los jóvenes construyen relaciones, expresan identidades y producen

formas de apropiación simbólica del espacio a partir de sus experiencias nocturnas. Así, la noche se configura como un ámbito privilegiado para analizar las formas contemporáneas de sociabilidad y de habitar la ciudad.

Las problemáticas expuestas permiten delimitar el objeto de estudio de esta investigación: la producción social de la sociabilidad juvenil en la nocturnidad lúdica urbana. El análisis se centra en las prácticas mediante las cuales las y los jóvenes construyen relaciones, significados e identidades en espacios y temporalidades específicas. Desde esta perspectiva, la noche constituye un ámbito de interacción social donde se articulan experiencias juveniles y formas de apropiación del espacio, que participan en la configuración de la vida urbana.

La investigación se desarrolla en el municipio de Metepec, Estado de México, un contexto urbano donde convergen elementos tradicionales asociados a su reconocimiento como Pueblo Mágico y procesos recientes de transformación vinculados con la expansión de los servicios, las actividades comerciales y la oferta de entretenimiento nocturno. Estas dinámicas han favorecido la configuración de diversos espacios de encuentro juvenil, tanto públicos como privados y alternativos, donde la sociabilidad adquiere distintas expresiones durante la noche.

La investigación analiza cómo las juventudes se apropian, recorren y resignifican distintos espacios de la ciudad mediante prácticas como el encuentro entre pares, los recorridos nocturnos, el consumo, la música, la estética corporal y las actividades lúdicas que se extienden del precopeo a la permanencia en bares, antros, afters y raves. Estas prácticas articulan recorridos y puntos de encuentro donde se construyen vínculos, identidades y sentidos de pertenencia que configuran la experiencia juvenil de la noche.

El trabajo se sustenta en un enfoque cualitativo de carácter etnográfico, desarrollado entre abril de 2024 y febrero de 2026. Durante este periodo se realizaron observaciones participantes, recorridos etnográficos nocturnos, entrevistas semiestructuradas y conversaciones

informales con jóvenes vinculados con distintos espacios de la nocturnidad en Metepec. El trabajo de campo permitió aproximarse a sus experiencias y formas de sociabilidad, así como a los procesos de apropiación social del espacio que configuran la vida nocturna del municipio.

Los planteamientos anteriores permiten formular la pregunta central de investigación, que orienta esta investigación:

¿Cómo se produce socialmente la nocturnidad lúdica juvenil en Metepec a partir de la articulación dinámica entre sujetos, espacios y temporalidades, y cómo esta relación configura formas de sociabilidad, pertenencia y reconocimiento de las identidades juveniles presentes en la experiencia nocturna?

La presente investigación se desarrolla desde una perspectiva antropológica, particularmente dentro del campo de la antropología social y urbana, debido a su interés por comprender las prácticas, significados y relaciones que los sujetos construyen en contextos sociales específicos. Bajo esta mirada, la juventud se aborda como una condición social e histórica cuyos sentidos se configuran de acuerdo con los contextos culturales, espaciales y temporales en los que se desarrolla. Asimismo, el enfoque etnográfico permite aproximarse a las experiencias cotidianas de las juventudes, recuperando las formas en que interpretan, habitan y construyen los espacios urbanos nocturnos desde sus propias experiencias.

El interés por estudiar la nocturnidad juvenil surge de la necesidad de ampliar la mirada sobre los espacios y temporalidades que conforman la vida social, ya que gran parte de los análisis sociales han privilegiado aquellos ámbitos asociados con la actividad diurna, la productividad y las instituciones formales. La noche constituye también un escenario donde se desarrollan procesos sociales vinculados con la construcción de vínculos, la expresión de identidades y la apropiación simbólica del territorio. Por ello, su estudio permite aproximarse a

las dinámicas, prácticas y significados que los sujetos construyen alrededor de las experiencias nocturnas.

Hipótesis:

La hipótesis de trabajo que orienta esta investigación sostiene, que la sociabilidad juvenil en la nocturnidad lúdica de Metepec se construye mediante procesos de apropiación social del espacio urbano, a través de los cuales las juventudes resignifican lugares, establecen vínculos y generan formas temporales de pertenencia dentro de la ciudad. Estas prácticas nocturnas permiten comprender cómo los jóvenes producen experiencias colectivas e identidades juveniles a partir de elementos como la música, el consumo, la estética y los encuentros entre pares, configurando maneras particulares de habitar y experimentar la noche.

Objetivos:

General:

Analizar la producción social de la nocturnidad lúdica juvenil en Metepec a partir de la propuesta conceptual del “ciclo de la nocturnidad lúdica”, definido como la articulación dinámica entre sujetos, espacios y temporalidades, para comprender cómo esta relación configura formas de sociabilidad, prácticas de distinción y procesos de construcción de identidades juveniles, contribuyendo a la discusión teórica y etnográfica sobre la producción social de la nocturnidad.

Particulares:

- Construir un marco teórico-conceptual que permita comprender la nocturnidad lúdica como una producción social, mediante el análisis de las categorías de juventud, espacio, sociabilidad y temporalidad desde la antropología social y los estudios urbanos.

- Describir y clasificar los espacios de sociabilidad nocturna en el municipio de Metepec (públicos, semipúblicos, semiprivados y alternativos), identificando a los actores de la nocturnidad lúdica y las prácticas de distinción, apropiación y sociabilidad que los caracterizan, para interpretar antropológicamente los nodos y recorridos que conforman el "ciclo de la nocturnidad" juvenil mediante una propuesta cartoetnográfica.

- Analizar etnográficamente las configuraciones de sociabilidad juvenil en los espacios de la nocturnidad lúdica de Metepec, tanto comerciales regulados (bares, antros y clubes nocturnos) como alternativos (raves, afters y espacios reapropiados), para comprender cómo las y los jóvenes construyen experiencias de interacción, corporalidades, formas de pertenencia y prácticas de distinción en distintos escenarios nocturnos.

- Analizar y reflexionar sobre las experiencias, prácticas y significados de los actores de la nocturnidad en Metepec a partir del corpus etnográfico construido mediante entrevistas formales, semiestructuradas, narrativas y registros de observación participante, con la finalidad de identificar las formas de sociabilidad, apropiación del espacio y construcción de identidades juveniles.

- Describir y analizar la construcción y resignificación de las identidades juveniles en la nocturnidad lúdica, identificando cómo el estilo, las prácticas de consumo y la interacción cotidiana configuran procesos de reconocimiento, diferenciación y pertenencia entre las y los jóvenes.

Metodología:

La metodología utilizada en esta investigación es de carácter cualitativo, con método etnográfico, debido a que busca comprender e interpretar la producción social de la nocturnidad

lúdica juvenil a partir de las experiencias, prácticas, significados y relaciones que los propios actores construyen en los espacios nocturnos de Metepec. Para delimitar a los sujetos principales de la investigación, se consideró un rango de edad de 18 a 29 años, correspondiente a las y los jóvenes que participan en las dinámicas de la nocturnidad lúdica. Asimismo, se contempló la participación de otros actores sociales nocturnos vinculados con estas dinámicas, cuya presencia permitió ampliar la comprensión del fenómeno y de las relaciones que se establecen en los distintos espacios nocturnos. Este enfoque permitió un acercamiento directo al fenómeno en los contextos donde ocurre, atendiendo tanto a los discursos de las y los jóvenes como a las prácticas, interacciones, desplazamientos y formas de apropiación que desarrollan durante la noche. El trabajo de campo se realizó de manera prolongada y sostenida entre abril de 2024 y febrero de 2026, lo que permitió reconocer prácticas recurrentes, variaciones, tensiones y transformaciones en las formas de experimentar la nocturnidad y en los espacios que la conforman.

Las técnicas de investigación utilizadas para la obtención y construcción del dato etnográfico fueron:

Observación participante: se realizó mediante la asistencia y participación en distintos espacios de la nocturnidad lúdica de Metepec, considerando espacios públicos, semipúblicos, semiprivados y alternativos. La participación directa permitió observar las formas de sociabilidad, las prácticas de consumo, las corporalidades, los códigos de vestimenta, las dinámicas de acceso, las relaciones entre los actores y las formas en que las y los jóvenes utilizan, significan y apropian los espacios durante la noche. Asimismo, permitió reconocer las transformaciones de las prácticas y relaciones conforme avanza la temporalidad nocturna.

Entrevistas: se realizaron entrevistas formales, semiestructuradas y narrativas a diversos actores vinculados con la nocturnidad en Metepec, principalmente jóvenes con distintas experiencias y formas de identificación, así como otros actores relacionados con las dinámicas

nocturnas. Estas entrevistas permitieron recuperar las experiencias, recuerdos, significados y expectativas que los actores construyen en torno a la noche, así como sus percepciones sobre los diferentes espacios nocturnos, las personas que los frecuentan, las formas de acceso, las prácticas que en ellos se desarrollan y los recorridos que realizan. Algunas entrevistas se desarrollaron durante el trabajo de campo y otras posteriormente, en espacios que permitieron profundizar en las experiencias observadas durante las jornadas nocturnas.

Recorridos nocturnos: se llevaron a cabo principalmente durante los fines de semana, acompañando a distintos actores en sus desplazamientos por los espacios de la nocturnidad. Estos recorridos permitieron conocer de primera mano los itinerarios, nodos de reunión y circuitos de movilidad que articulan la experiencia nocturna en Metepec, así como las decisiones mediante las cuales las y los jóvenes seleccionan, transitan y abandonan determinados espacios. El acompañamiento permitió identificar la movilidad entre espacios públicos, semipúblicos, semiprivados y alternativos, reconociendo que la experiencia nocturna no se concentra en un único lugar, sino que se desarrolla mediante una secuencia de desplazamientos, encuentros y prácticas.

Recolección de narrativas: se recurrió a la descripción de narrativas de los actores para recuperar sus experiencias nocturnas y comprender los significados que atribuyen a los acontecimientos, encuentros y recorridos que forman parte de su vida nocturna. Estas narrativas permitieron complementar la observación participante y las entrevistas al incorporar la perspectiva de quienes viven y experimentan la nocturnidad, particularmente en relación con las formas de sociabilidad, pertenencia, distinción y construcción de identidades juveniles.

Como estrategia complementaria de análisis y representación espacial, se empleó la **cartoetnografía**, mediante la representación espacial y temporal de la información obtenida durante el trabajo de campo. La elaboración de mapas permitió identificar los nodos de reunión, corredores de movilidad y espacios de prolongación festiva, así como los recorridos realizados

por los actores entre diferentes puntos del municipio. De esta manera, la cartografía permitió comprender la nocturnidad de Metepec como un territorio practicado y significado a través de la movilidad y las experiencias de sus actores.

A partir de la articulación de la información obtenida mediante estas técnicas se construyó la propuesta conceptual del “Ciclo de la Nocturnidad”, definido como la articulación dinámica entre sujetos, espacios y temporalidades. Esta propuesta permitió interpretar la experiencia nocturna como un proceso que inicia en determinados espacios de encuentro, continúa mediante el desplazamiento hacia distintos escenarios de ocio y puede prolongarse hacia otras formas y espacios de la experiencia festiva. El “Ciclo de la Nocturnidad” constituye así una síntesis interpretativa del material etnográfico que permite comprender cómo las y los jóvenes producen y articulan sus experiencias nocturnas y cómo, a través de ellas, configuran formas de sociabilidad, prácticas de distinción y procesos de construcción de identidades juveniles.

El presente trabajo de investigación se dividió en cinco capítulos. El **primer capítulo**, Consideraciones teóricas y conceptuales, está conformado por los antecedentes y las consideraciones teóricas de la investigación, a partir de los ejes temáticos de condición juvenil, espacio, temporalidad, nocturnidad, nocturnidad lúdica y lugares de la nocturnidad, retomando las perspectivas de diversos autores para comprender la noche como una producción social y las formas de sociabilidad que en ella se generan.

El segundo capítulo, La producción de la nocturnidad en Metepec: una etnografía de los espacios de sociabilidad juvenil, se aborda la construcción de la nocturnidad en el municipio a partir de los datos etnográficos obtenidos durante el trabajo de campo y su articulación con los conceptos desarrollados en el capítulo anterior. Asimismo, se identifican y clasifican los espacios públicos, semipúblicos, semiprivados y alternativos que conforman la nocturnidad, así como los actores y las prácticas de sociabilidad, apropiación y distinción que les otorgan significados particulares.

El tercer capítulo, Etnografía de los espacios nocturnos de Metepec, profundiza en el análisis de los escenarios comerciales regulados de la nocturnidad, particularmente el bar, el antro y el club nocturno. A partir del trabajo etnográfico, se examina cómo las y los jóvenes producen territorialidades temporales mediante prácticas de sociabilidad, corporalidad, deseo y distinción, configurando experiencias diferenciadas de la nocturnidad en cada espacio.

El cuarto capítulo, Espacios y lugares alternativos del after, analiza las formas en que la sociabilidad juvenil se prolonga más allá de los espacios comerciales de la nocturnidad. Se aborda el after como una forma de prolongar temporalmente la experiencia nocturna mediante la apropiación de espacios domésticos, así como la espacialidad liminal del rave a partir del caso etnográfico “Chernóbil”, donde las y los jóvenes reapropian infraestructuras en desuso para generar espacios de convivencia, experimentación estética y apropiación colectiva.

Finalmente, el **quinto capítulo**, Las identidades juveniles como categoría de análisis, examina las formas en que las y los jóvenes de Metepec construyen pertenencias y diferenciaciones a través de sus prácticas en la nocturnidad. A partir del trabajo etnográfico, se analizan las identidades rave, gótica, chaka y fresa como procesos dinámicos y relacionales que se expresan mediante el estilo, la música, la estética y las prácticas de consumo, mostrando cómo las y los jóvenes negocian sus formas de pertenencia, distinción y visibilidad en la noche metepequense.

Finalmente, se presentan las conclusiones de la investigación y la bibliografía correspondiente.

Capítulo I. Consideraciones teóricas y conceptuales

1.1 Condición juvenil

La configuración de la juventud como categoría social diferenciada se encuentra estrechamente vinculada al desarrollo de la sociedad burguesa y del capitalismo. Su emergencia responde a transformaciones históricas que redefinieron las formas de organización social, las transiciones entre generaciones y la producción de sujetos diferenciados dentro de la modernidad. En este sentido, la juventud no remite simplemente a un conjunto de individuos definidos por la edad, sino a un actor social históricamente constituido a partir de relaciones de poder, producción y clasificación generacional que otorgaron visibilidad específica a lo juvenil dentro de la organización social moderna.

Como advierte Balardini (2000), la juventud puede entenderse como un producto histórico de la sociedad burguesa, resultado de procesos asociados a las revoluciones modernas, la división del trabajo y la consolidación de instituciones que reorganizaron el curso de vida de los sujetos. Esta lectura permite comprender que la delimitación de lo juvenil responde a condiciones históricas específicas que otorgaron autonomía simbólica y social a este grupo dentro de la estructura moderna, convirtiéndolo en un actor relevante en la producción de prácticas culturales y formas de sociabilidad urbana.

Tal como señala Feixa (1998), la juventud se configura en función de contextos sociales concretos que otorgan sentido a la experiencia de ser joven en cada época. Su definición depende de condiciones históricas y socioculturales específicas, así como de las formas de organización económica, política y simbólica de cada sociedad. Reconocer este carácter histórico y relacional permite situar a la juventud como un actor producido en la modernidad, cuya presencia en determinados espacios urbanos, especialmente aquellos vinculados al ocio y la sociabilidad nocturna, responde a procesos más amplios de transformación cultural y diferenciación generacional.

La construcción histórica de la juventud ha sido objeto de amplios debates dentro de la antropología y las ciencias sociales, particularmente en torno a la manera en que distintas sociedades organizan el tránsito entre infancia y adultez. A inicios del siglo XX, el psicólogo estadounidense G. Stanley Hall (1904) formuló una de las interpretaciones más influyentes al caracterizar la adolescencia como un periodo inevitable de “tempestad y tensión”, atribuyendo sus conflictos a procesos internos del desarrollo individual. Su propuesta contribuyó a consolidar una visión universalista de la adolescencia dentro del pensamiento occidental al concebirla como una fase necesaria para la transición hacia la vida adulta.

Las discusiones en torno a la juventud adquirieron un giro decisivo cuando la antropología comenzó a cuestionar las interpretaciones que pretendían explicar las transiciones generacionales como procesos homogéneos y universales. A partir del relativismo cultural impulsado por Franz Boas (1928), se hizo evidente la necesidad de situar el análisis del curso de vida en contextos históricos y culturales específicos, reconociendo que las formas de transitar entre infancia y adultez no responden a un modelo único, sino a configuraciones sociales diferenciadas. Este desplazamiento teórico permitió problematizar las lecturas universalistas del desarrollo humano y abrió la posibilidad de comprender la juventud como una condición definida por arreglos culturales, económicos y simbólicos particulares.

En este escenario, el trabajo etnográfico de Margaret Mead en Samoa resultó particularmente significativo al mostrar que la experiencia adolescente podía manifestarse de formas diversas según las normas, valores y formas de organización social de cada sociedad (Mead, 1928). Sus observaciones permitieron cuestionar la idea de que la adolescencia constituyera necesariamente un periodo de crisis generalizada y situaron el análisis de las transiciones generacionales en el terreno de la variabilidad cultural. Más allá de las críticas posteriores a sus conclusiones, el debate que se desprendió de estos estudios consolidó una interrogante central para la antropología: en qué medida las formas de convertirse en adulto

responden a supuestos universales del desarrollo humano o, por el contrario, a condiciones históricas y sociales específicas.

A partir de estas discusiones, diversos estudios comparativos evidenciaron que cada sociedad organiza de manera particular la transición entre infancia y adultez, otorgando significados específicos a los cambios biológicos mediante normas, instituciones y prácticas culturales. La delimitación de una etapa juvenil diferenciada surge de las transformaciones sociales, culturales y económicas que han modificado las formas de experimentar y comprender esta etapa de la vida. Estas formas de organización del curso de vida están presentes en las distintas sociedades históricas y se encuentran vinculadas con condiciones económicas, políticas y simbólicas determinadas. En este sentido, la configuración de la juventud como una categoría social reconocible depende de la manera en que cada sociedad organiza la incorporación progresiva de sus miembros a las responsabilidades productivas, reproductivas y sociales que definen la vida adulta. Desde una perspectiva antropológica, la juventud no constituye una etapa universal ni homogénea, sino una construcción cultural situada en el tiempo y el espacio, cuya forma y significado varían según las condiciones históricas y sociales de cada contexto. En este marco, Feixa (1998) sostiene que:

Cada sociedad organiza la transición de la infancia a la vida adulta, aunque las formas y contenidos de esta transición son enormemente variables. Aunque este proceso tiene una base biológica, lo importante es la percepción social de estos cambios y sus repercusiones para la comunidad. No todas las sociedades reconocen un estadio nítidamente diferenciado entre la dependencia infantil y la autonomía adulta. Para que exista la juventud deben existir, por una parte, condiciones sociales, es decir, normas, comportamientos e instituciones que distingan a los jóvenes de otros grupos de edad y, por otra parte, imágenes culturales, es decir, valores, atributos y ritos asociados específicamente a los jóvenes. Tanto unas como otras dependen de

la estructura social en su conjunto, es decir, de las formas de subsistencia, las instituciones políticas y las cosmovisiones ideológicas que predominan en cada tipo de sociedad. (p. 18).

Considerar la juventud desde esta perspectiva permite comprender que su delimitación responde a formas específicas de organización social que varían según cada contexto histórico. Esta lectura resulta fundamental para analizar su presencia en las dinámicas urbanas contemporáneas, donde la visibilidad de las y los jóvenes en ámbitos asociados al ocio y la sociabilidad nocturna se vincula con transformaciones más amplias en la configuración de la ciudad y en las formas de interacción que la atraviesan.

Así, la evidencia histórica y antropológica permite afirmar que la juventud constituye una categoría social cuya forma, duración y significado dependen de la organización económica, política y simbólica de cada sociedad. Su configuración se relaciona con transformaciones estructurales propias de la modernidad y con la producción de sujetos diferenciados en contextos históricos específicos, lo que permite comprender que su presencia en la vida urbana contemporánea responde a procesos sociales y culturales que han redefinido las formas de interacción, sociabilidad y experiencia colectiva en la ciudad.

1.1.1 Juventudes contemporáneas

Las transformaciones sociales y culturales que marcaron el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial contribuyeron a consolidar a la juventud como un actor social visible dentro de las sociedades urbanas contemporáneas. En este contexto, el crecimiento de las ciudades, la expansión de los sistemas educativos y la diversificación de los espacios de sociabilidad otorgaron a las y los jóvenes una presencia cada vez más significativa en la vida pública. Entre las décadas de 1950 y 1970, la juventud comenzó a ser percibida simultáneamente como agente de cambio cultural y como posible fuente de conflicto social, situación que impulsó el desarrollo de investigaciones centradas en las llamadas “bandas juveniles”, la delincuencia y las formas emergentes de sociabilidad urbana. Estos estudios, desarrollados inicialmente en el

ámbito anglosajón desde disciplinas como la sociología, la psicología y la criminología, contribuyeron a posicionar a la juventud como objeto de análisis dentro de las ciencias sociales. Paralelamente, los movimientos culturales y políticos protagonizados por jóvenes en distintos contextos reforzaron su visibilidad como grupo social diferenciado, asociado a prácticas culturales, expresiones musicales y formas específicas de apropiación del espacio urbano. De este modo, la segunda mitad del siglo XX constituye un momento clave en la consolidación de la juventud como actor central de la vida urbana moderna, particularmente en ámbitos vinculados con la sociabilidad y la experiencia nocturna (Cohen, 1955; Fyvel, 1963).

Una de las contribuciones más influyentes dentro de los estudios sobre juventud proviene del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de Birmingham (Centre for Contemporary Cultural Studies, CCCS). Sus investigaciones sobre culturas y contraculturas juveniles marcaron un punto de inflexión en la comprensión de las prácticas culturales desarrolladas por las y los jóvenes en las sociedades urbanas contemporáneas. Desde una perspectiva influida por el marxismo cultural y el pensamiento gramsciano, estos estudios analizaron la manera en que distintos grupos juveniles, particularmente de origen obrero, construían estilos, códigos y prácticas culturales mediante procesos de apropiación y resignificación de los significados dominantes de la cultura hegemónica (Hall & Jefferson, 1976).

Las investigaciones desarrolladas en este marco permitieron comprender las culturas juveniles como formas simbólicas a través de las cuales determinados sectores negociaban su posición dentro de la estructura social. A partir del uso de herramientas etnográficas y del análisis de la cultura popular urbana, los estudios del CCCS mostraron que prácticas como el vestuario, la música, el lenguaje y la ocupación del espacio urbano funcionaban como recursos de expresión y diferenciación social. Estas aproximaciones permitieron reconocer que las culturas juveniles constituían formas de respuesta simbólica frente a las condiciones estructurales de

clase y a las experiencias urbanas características de la segunda mitad del siglo XX (Hall & Jefferson, 1976).

También resulta relevante la participación del Women's Studies Group dentro del propio CCCS, cuyas integrantes señalaron la ausencia de las experiencias femeninas en los primeros estudios sobre subculturas juveniles. Desde la década de 1970, sus aportaciones contribuyeron a cuestionar la aparente homogeneidad con la que se analizaban las culturas juveniles, incorporando una perspectiva de género que permitió visibilizar las formas diferenciadas en que las mujeres jóvenes participaban en la producción de cultura popular y en la construcción de identidades juveniles. Estas discusiones ampliaron el campo de análisis al mostrar que las experiencias juveniles se encuentran atravesadas por relaciones de género, clase y cultura, elementos fundamentales para comprender la complejidad de las prácticas juveniles en contextos urbanos contemporáneos (McRobbie & Garber, 1976).

A partir de estas discusiones, el campo de los estudios sobre juventud se desplazó progresivamente hacia el análisis de las transformaciones sociales y culturales que, desde la década de 1980, modificaron las condiciones de vida y las formas de sociabilidad juvenil en las ciudades contemporáneas. La atención dejó de centrarse exclusivamente en subculturas visibles o en expresiones espectaculares de diferenciación para incorporar preguntas relacionadas con la precarización laboral, la reestructuración económica y la diversificación de los espacios urbanos de interacción. Este giro permitió observar que la experiencia juvenil se encuentra estrechamente vinculada con procesos más amplios de transformación urbana, construcción identitaria y redefinición de los vínculos sociales, dando lugar a nuevas formas de presencia juvenil en la vida cotidiana de la ciudad hacia finales del siglo XX.

De manera paralela, el creciente interés académico por las juventudes se articuló con su reconocimiento como actor estratégico dentro de las agendas políticas internacionales. La proclamación de 1985 como Año Internacional de la Juventud por parte de la Organización de

las Naciones Unidas constituyó un momento significativo en este proceso al posicionar a las y los jóvenes como sujetos fundamentales para el desarrollo social y como actores relevantes para el futuro de las sociedades contemporáneas. Este planteamiento fortaleció una narrativa institucional que concebía a la juventud como una etapa de transición orientada a la integración social, la productividad económica y la participación cívica dentro de marcos nacionales e internacionales de desarrollo, perspectiva que posteriormente se mantuvo y actualizó en distintas agendas globales orientadas al fortalecimiento y participación de las juventudes en el siglo XXI (Organización de las Naciones Unidas [ONU], 2023).

Sin embargo, más de cuatro décadas después de este reconocimiento, las condiciones sociales, económicas y culturales que atraviesan a las juventudes contemporáneas muestran escenarios considerablemente distintos a aquellas expectativas de integración y estabilidad proyectadas en los discursos institucionales de finales del siglo XX. En pleno 2026, las experiencias juveniles se desarrollan en contextos marcados por la precarización laboral, la incertidumbre estructural, la fragmentación urbana y la diversificación de trayectorias identitarias. Estas condiciones obligan a revisar críticamente las definiciones homogéneas de juventud promovidas desde organismos internacionales. Las juventudes contemporáneas aparecen como actores situados en contextos espaciales, temporales y socioculturales específicos, cuyas prácticas, expectativas y formas de sociabilidad se encuentran estrechamente relacionadas con las condiciones concretas de los entornos urbanos que habitan.

Las discusiones actuales sobre juventudes muestran la necesidad de superar aquellas definiciones que durante décadas redujeron lo juvenil a una etapa transitoria del ciclo de vida o a una categoría exclusivamente demográfica. La experiencia de ser joven se configura en condiciones históricas, sociales y espaciales concretas que delimitan de manera diferenciada las posibilidades de participación, reconocimiento y construcción de trayectorias. Esto exige situar el análisis en los espacios de interacción cotidiana donde se producen vínculos, prácticas e

identificaciones, reconociendo que es en estos escenarios donde lo juvenil adquiere visibilidad y se redefine constantemente en relación con coordenadas específicas de tiempo y espacio (Valenzuela, 2021).

La evidencia histórica y de los debates contemporáneos revisados, la juventud adquiere sentido en relación con condiciones sociales, económicas y espaciales específicas. Su configuración como actor social diferenciado responde a procesos de modernización, urbanización y transformación cultural que han redefinido las formas de habitar la ciudad y de experimentar la vida colectiva. Lo juvenil se articula con prácticas, trayectorias y formas de sociabilidad situadas en contextos concretos, lo que orienta la atención hacia los espacios donde dichas experiencias se producen y adquieren visibilidad. Desde esta perspectiva, el espacio urbano constituye una dimensión fundamental para comprender la configuración contemporánea de las identidades y prácticas juveniles, abriendo paso a su análisis como ámbito central de interacción social.

1.2 El espacio como construcción social

A partir de lo expuesto previamente, el desplazamiento hacia el análisis del espacio responde a una exigencia analítica derivada de la configuración histórica y situada de las juventudes contemporáneas. Desde esta perspectiva, el espacio constituye una dimensión central de la vida colectiva, producida y transformada a través de las relaciones sociales que en él se desarrollan. Su relevancia reside en su participación dentro de los procesos mediante los cuales se organizan, estructuran y experimentan las relaciones sociales en contextos específicos. Por ello, se convierte en una categoría analítica indispensable para examinar la manera en que dichas relaciones adquieren forma, significado y materialidad.

El análisis del espacio como construcción social encuentra uno de sus antecedentes teóricos más sólidos en la noción de producción del espacio. Este planteamiento surge como una crítica a las concepciones tradicionales de las ciencias sociales, donde el espacio era concebido

como un soporte pasivo, homogéneo y preexistente a la acción social. Bajo estos enfoques, funcionaba como el escenario donde tenían lugar los procesos sociales, mientras su papel en la constitución de dichos procesos permanecía escasamente problematizado. Frente a ello, Henri Lefebvre (1974/2013) propone una ruptura fundamental al plantear que el espacio es una producción social vinculada a relaciones históricas, económicas y políticas concretas.

La noción de producción del espacio resulta particularmente relevante porque sitúa las configuraciones espaciales como el resultado de procesos históricos específicos en los que convergen prácticas sociales, relaciones de poder y formas de conocimiento. Desde esta perspectiva, el espacio adquiere forma a través de las maneras en que es concebido, organizado y vivido por los actores sociales. Su carácter dinámico remite a procesos permanentes de construcción y transformación que sólo pueden comprenderse en relación con los contextos históricos donde se producen.

Henri Lefebvre plantea que el espacio social debe analizarse como un entramado de relaciones, prácticas y producciones que coexisten de manera simultánea. El espacio participa activamente en la organización de la vida social, al tiempo que articula procesos, objetos y relaciones que adquieren sentido dentro de una misma totalidad. Como señala el autor, “el espacio (social) no es una cosa entre las cosas, un producto cualquiera entre los productos: más bien envuelve a las cosas producidas y comprende sus relaciones en su coexistencia y simultaneidad” (Lefebvre, 1974/2013, p. 128).

Michel de Certeau introduce una distinción entre lugar y espacio que desplaza el análisis hacia el plano de las prácticas. Mientras que el lugar remite a un orden relativamente estable, el espacio se define por las acciones que lo atraviesan, en tanto que “el espacio es un lugar practicado” (2000, p. 129). Desde esta perspectiva, caminar, transitar o reunirse constituyen prácticas mediante las cuales los sujetos producen significados, transforman los usos del entorno y actualizan continuamente las posibilidades de los lugares que habitan. El análisis espacial

requiere, por tanto, atender tanto a las formas de organización como a las prácticas cotidianas que hacen posible su funcionamiento dentro de la vida social.

En el ámbito urbano, estas dinámicas adquieren una complejidad particular debido a que las prácticas espaciales se desarrollan dentro de contextos marcados por la densidad, la diversidad y la proximidad social. Georg Simmel advierte que los fenómenos sociales dependen de las relaciones establecidas entre los sujetos más que de la mera cercanía o distancia física (Simmel, 2001). Desde esta perspectiva, la ciudad puede entenderse como una forma social donde las interacciones adquieren configuraciones específicas y producen modos particulares de convivencia.

La Escuela de Chicago consolidó esta perspectiva al convertir la ciudad en un campo empírico privilegiado para el análisis de la vida social. Robert E. Park señala que el espacio urbano se configura como un “mosaico de pequeños mundos que se tocan sin llegar a penetrarse” (1999, p. 33), expresión que permite observar la coexistencia de múltiples formas de vida dentro de un mismo entorno urbano. Por su parte, Louis Wirth plantea que el urbanismo constituye un modo de vida caracterizado por la diferenciación, la densidad y la heterogeneidad (1938), condiciones que influyen en las formas de relación, agrupamiento y sociabilidad presentes en las ciudades contemporáneas.

Estas aportaciones muestran que la ciudad participa activamente en la organización de la vida social al generar condiciones específicas para la interacción, la diferenciación y la convivencia entre distintos grupos sociales. Su análisis permite comprender cómo determinadas configuraciones urbanas influyen en las formas de relación que caracterizan a la vida contemporánea.

Las configuraciones urbanas se encuentran atravesadas por relaciones de poder que inciden en la distribución de posiciones y en las formas de acceso al espacio. Pierre Bourdieu

señala que el espacio habitado “funciona como una simbolización del espacio social” (1999, p. 120), en la medida en que las jerarquías y distancias sociales se inscriben en él y adquieren una forma tangible.

La distribución diferencial del capital organiza posiciones sociales y delimita las posibilidades de acceso, permanencia y legitimidad dentro de determinados espacios. Habitar implica movilizar disposiciones y competencias que permiten a los sujetos desenvolverse dentro de campos específicos, donde las relaciones de poder se reproducen y adquieren apariencia de normalidad en la vida cotidiana.

La concentración desigual de capital produce centralidades y periferias que estructuran la ciudad más allá de su dimensión material. Estos procesos se sostienen también en tramas simbólicas que contribuyen a estabilizar diferencias y jerarquías sociales. Marc Augé incorpora esta dimensión al señalar que el espacio se configura mediante procesos de significación que lo nombran, clasifican y codifican, influyendo en las formas en que es percibido y experimentado (2008). De esta manera, el espacio urbano puede entenderse como un campo donde convergen relaciones sociales, estructuras de poder y procesos de producción de sentido.

Esta discusión permite observar que el espacio se configura a través de prácticas concretas que le otorgan significado en la experiencia cotidiana. Las prácticas espaciales constituyen, por ello, un elemento fundamental para comprender cómo los sujetos intervienen en su producción, lo habitan y lo actualizan dentro de contextos específicos.

En última instancia, asumir el espacio como una dimensión viva implica reconocer que este participa activamente en la configuración de la vida social al articular prácticas, relaciones y significados. Su abordaje resulta indispensable para comprender cómo se producen las condiciones de interacción, las formas de diferenciación y las posiciones que estructuran el espacio social en contextos históricos determinados.

1.2.1 El espacio social

El espacio, en tanto dimensión constitutiva de la vida social, adquiere una formulación analítica más precisa al ser abordado como espacio social. Este desplazamiento va más allá de una modificación terminológica y responde a la necesidad de comprender las condiciones bajo las cuales se estructuran las relaciones entre los actores. Pensar el espacio en términos sociales implica entenderlo como una estructura relacional donde se organizan posiciones, se establecen jerarquías y se configuran formas diferenciadas de interacción.

El análisis del espacio social permite identificar los principios que regulan dichas relaciones y las condiciones que hacen posibles formas específicas de encuentro, reconocimiento y pertenencia. La sociabilidad deja de aparecer como una categoría abstracta para situarse en contextos concretos, donde las trayectorias, disposiciones y recursos de los actores inciden directamente en sus posibilidades de interacción. El interés radica en comprender de qué manera estas relaciones se encuentran condicionadas por estructuras que delimitan sus formas, alcances y sentidos.

Pierre Bourdieu aporta una herramienta clave para esta lectura al plantear el espacio social como una estructura de posiciones definida por la distribución diferencial de capital. Los individuos se sitúan en este espacio en función de las relaciones que establecen y de los recursos que poseen. De ello se derivan distancias, proximidades y jerarquías que influyen en las formas de interacción. La sociabilidad se encuentra estrechamente vinculada a las posiciones que ocupan los actores, a sus disposiciones y a sus márgenes de acción, de modo que el espacio social organiza las condiciones bajo las cuales dichas relaciones se desarrollan (Bourdieu, 1979).

El espacio social se configura continuamente a partir de las relaciones y disposiciones que atraviesan a los actores. Las formas que adopta responden a condiciones diferenciadas que inciden en la manera en que los individuos se posicionan, interactúan y construyen sentido en su vida cotidiana. En este proceso intervienen dimensiones económicas, culturales, sociales y

simbólicas que operan de manera relacional y estructuran las posibilidades de acción, los modos de acceso y las formas de sociabilidad presentes en distintos contextos.

Como señala Pierre Bourdieu, el espacio social se organiza a partir del “volumen global del capital como conjunto de recursos y poderes efectivamente utilizables”, lo que permite comprender la distribución diferencial de posiciones y las condiciones que estructuran las trayectorias y formas de interacción de los actores (Bourdieu, 1979, p. 113). Esta distribución establece jerarquías y define los márgenes dentro de los cuales los actores actúan, se relacionan y construyen formas de pertenencia.

El espacio social funciona como una estructura relacional dinámica que organiza, condiciona y posibilita las formas de interacción, al tiempo que expresa las diferencias y desigualdades presentes en la vida social. Las relaciones se desarrollan dentro de marcos que orientan las prácticas, delimitan posibilidades y configuran los sentidos de la acción. Desde esta perspectiva, la sociabilidad se encuentra estrechamente vinculada a las condiciones que estructuran el espacio social.

Las desigualdades que atraviesan este espacio inciden en la manera en que los actores se posicionan, circulan y establecen vínculos. Las posibilidades de acceso y permanencia responden a relaciones de poder que estructuran el orden social y configuran formas diferenciadas de interacción. El espacio social participa activamente en estos procesos al contribuir a la producción y reproducción de diferencias que adquieren sentido dentro de contextos específicos.

La sociabilidad puede entenderse como una expresión de estas condiciones. Las formas de relación responden a configuraciones que delimitan posibilidades, reglas y modos de interacción. El espacio se transforma a través de las prácticas de quienes lo habitan, aunque

dichas transformaciones se desarrollan dentro de marcos sociales que orientan las relaciones y los usos posibles del entorno.

Entre los jóvenes, estas formas de sociabilidad se despliegan en los espacios que la ciudad ofrece como escenarios de interacción, donde se actualizan prácticas y relaciones vinculadas a la vida cotidiana. En contextos asociados a la nocturnidad, estas dinámicas adquieren características particulares, ya que la acción social se organiza alrededor de formas específicas de encuentro, convivencia y uso del espacio.

El espacio social participa en la configuración de las formas de sociabilidad al establecer los marcos dentro de los cuales los actores se relacionan, se reconocen y construyen sentidos compartidos. Comprender esta relación resulta fundamental para analizar los procesos mediante los cuales se producen las interacciones sociales y las formas de convivencia que estructuran la vida colectiva.

1.2.2 La sociabilidad como dimensión de la vida social

El análisis de la vida social ha transitado por distintas formas de comprender las relaciones entre los individuos. En un primer momento, diversas corrientes privilegiaron nociones más abstractas, como la socialidad, entendida como una condición general de lo social o como una dimensión inherente a la existencia colectiva. Bajo este enfoque, lo social se concebía como un principio amplio asociado a la capacidad de compartir significados, valores o formas de vida, sin prestar suficiente atención a las condiciones concretas en las que dichas relaciones se desarrollan. Como señala Georg Simmel, la sociedad se constituye a partir de “las acciones recíprocas entre individuos”, a través de las cuales se producen influencias mutuas que dan lugar a formas de socialización (Simmel, 1908/2002, p. 17). Sin embargo, este nivel de abstracción dificulta comprender las formas específicas que adoptan las relaciones en contextos situados. La noción de sociabilidad permite dirigir la atención hacia las prácticas, los encuentros y las

dinámicas concretas mediante las cuales los actores se relacionan bajo condiciones históricas, culturales y espaciales determinadas.

La sociabilidad puede entenderse como el conjunto de formas mediante las cuales los individuos establecen vínculos, construyen pertenencias y generan sentidos compartidos en su vida cotidiana. Se configura como un proceso situado que adquiere características particulares según las condiciones en las que se desarrolla y que se transforma a lo largo del tiempo. Estas formas de relación se encuentran atravesadas por dimensiones económicas, culturales y simbólicas, así como por transformaciones históricas que modifican los modos de interacción y agrupamiento. Como señala Pierre Bourdieu, las prácticas sociales se estructuran en función de "la lógica específica del campo" y del capital que los actores pueden movilizar, el cual adquiere valor según las condiciones en que se produce y reproduce, condicionando sus posibilidades de interacción y sus formas de relación (Bourdieu, 1979, p. 111). Desde esta perspectiva, las formas colectivas pueden comprenderse como configuraciones dinámicas que responden a condiciones históricas y sociales específicas.

Entre los jóvenes, estas dinámicas adquieren una expresión particular a partir de la centralidad del grupo de pares como espacio de interacción, reconocimiento y construcción de identidad. La convivencia colectiva constituye una constante en sus formas de relación, más allá de las diferencias sociales o de género, aunque dicha agrupación no siempre responde a proyectos colectivos estructurados. Con frecuencia se organiza mediante encuentros flexibles, muchas veces efímeros, donde la experiencia compartida adquiere un papel central. Como señala Michel Maffesoli, en las sociedades contemporáneas se observa la emergencia de "actitudes grupales" en las que el individuo pierde centralidad frente a formas de pertenencia colectiva que estructuran la vida social (Maffesoli, 1990, p. 82). Estos encuentros se sostienen en distintos ámbitos de la vida cotidiana, como la escuela, el barrio o el tiempo libre, espacios que favorecen determinadas formas de sociabilidad. Así, la sociabilidad permite comprender

cómo los actores organizan su vida social, construyen sentidos de pertenencia y configuran sus relaciones en contextos específicos.

Como se ha discutido anteriormente, el espacio y la sociabilidad mantienen una relación estrecha, ya que las formas de interacción social se producen en contextos situados. El espacio constituye una dimensión socialmente producida donde se articulan elementos materiales, simbólicos y relacionales que intervienen en la configuración de los encuentros y las prácticas cotidianas. Estas dinámicas también se encuentran atravesadas por una dimensión temporal que influye en los usos, significados y formas de apropiación del espacio. La sociabilidad se desarrolla, por tanto, en una relación espacio-temporal donde las prácticas adquieren características particulares según los momentos en que se producen. Reconocer esta articulación permite advertir que no todos los tiempos sociales generan las mismas formas de interacción, cuestión que conduce al análisis de temporalidades específicas como las asociadas a la noche.

1.2.3 Temporalidad del espacio

El espacio social se configura a través de la interacción entre sus condiciones materiales y las dinámicas sociales que lo atraviesan. Como señala Henri Lefebvre, el espacio se relaciona estrechamente con la vida cotidiana y el “uso del tiempo”, lo que permite comprender que las prácticas sociales se desarrollan en una articulación constante entre temporalidades y formas espaciales (Lefebvre, 1974/2013, p. 15). Los espacios no son estáticos; se transforman según los momentos en que son habitados, dando lugar a configuraciones diferenciadas de la sociabilidad.

Las prácticas sociales dependen del espacio en el que se desarrollan y de los tiempos en que tienen lugar. En el contexto urbano, esta relación se hace visible en la transición entre el día y la noche, cuando los espacios públicos y privados modifican sus usos, dinámicas y formas de interacción. La sociabilidad adquiere características particulares según las temporalidades en las

que se despliega. Desde esta perspectiva, resulta relevante atender aquellos momentos en que las relaciones sociales adoptan formas específicas, como ocurre en los contextos vinculados con la vida nocturna.

1.3 Configuración social de la nocturnidad

La vida nocturna urbana constituye un ámbito específico de producción de la experiencia social en el que se reconfiguran las condiciones de interacción, visibilidad y organización de la vida colectiva. La nocturnidad articula actores, prácticas, espacios y temporalidades que adquieren formas particulares durante la noche. En este marco, la presencia juvenil forma parte de un entramado social que organiza formas de apropiación del espacio, producción de sentido y construcción de vínculos. La nocturnidad se configura como un campo en el que convergen procesos relacionados con la regulación, el consumo, el trabajo y la sociabilidad, dando lugar a escenarios urbanos donde las relaciones sociales adquieren características específicas.

Este capítulo construye un marco analítico orientado a comprender la configuración social de la nocturnidad a partir de la relación entre juventud, espacio, sociabilidad y temporalidad. Para ello, se examina la constitución histórica de la juventud como actor social diferenciado, la producción del espacio como condición de la vida colectiva y la sociabilidad como una dimensión a través de la cual se estructuran las relaciones entre distintos actores sociales. En este entramado, la noche se aborda como una temporalidad que reorganiza las condiciones de interacción y que habilita formas específicas de experiencia social. El análisis se centra en las relaciones que articulan estas dimensiones con el fin de comprender cómo se producen las formas de sociabilidad juvenil en entornos nocturnos. La selección de estas categorías busca delimitar un campo analítico capaz de dar cuenta de la complejidad de la experiencia nocturna en contextos urbanos situados, particularmente en Metepec, Estado de México.

1.3.1 Nocturnidad

La nocturnidad constituye una configuración social vinculada con formas particulares de interacción, experiencia y organización de la vida colectiva. La oscuridad y la noche han sido tematizadas desde distintos campos del pensamiento como vías para comprender la relación del ser humano con el mundo. La distinción entre luz y oscuridad ofrece un punto de partida para situar algunos antecedentes de la noche como fenómeno social. En la tradición filosófica, particularmente en Platón, la oscuridad no aparece como una ausencia total de luz, sino como un ámbito de penumbra en el que, a partir de una fuente lumínica interna, se proyectan sombras que producen una experiencia mediada por apariencias y relaciones entre los sujetos (Platón, 1988).

Martin Heidegger, en "*The Essence of Truth*" (2002), retoma esta problemática al comprender la verdad como desocultamiento ("aletheia") en tensión con el ocultamiento (lethe). Desde esta perspectiva, la existencia humana transcurre en un campo donde lo visible y lo no visible coexisten. La oscuridad aparece entonces como una condición de ocultamiento en la que se producen múltiples interpretaciones, interacciones y formas de relación. Estas reflexiones desplazan la comprensión de la noche como un dato exclusivamente natural y abren la posibilidad de examinar sus dimensiones sociales.

La distinción entre luz y oscuridad adquiere una dimensión estructurante en diversas tradiciones simbólicas. En el relato bíblico del Génesis se enuncia: "Y dijo Dios: 'Sea la luz'; y fue la luz. Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas" (Génesis 1:3–4). Esta diferenciación ha sido interpretada como una forma de ordenamiento simbólico que establece distinciones entre lo visible y lo oculto. La oscuridad se asocia así con oposiciones como la de lo sagrado y lo profano, operando como un principio de clasificación que organiza la experiencia y orienta las prácticas sociales.

Estas elaboraciones encuentran expresiones históricas concretas. Durante la Edad Media, la noche puede entenderse como un campo sociohistórico en el que se producen formas diferenciadas de interacción según la posición social. En los espacios nobiliarios, la vida nocturna se institucionaliza en salones y recintos palaciegos mediante prácticas ritualizadas como banquetes, música y danza, sostenidas por fuentes de iluminación como el fuego y las velas, que generaban condiciones de visibilidad controlada asociadas al poder y la distinción. Entre los sectores populares, la taberna constituía un espacio de sociabilidad donde el consumo de cerveza, el canto y las interacciones colectivas articulaban formas de comunidad y pertenencia. La noche medieval aparece, así como un campo social diferenciado en el que la oscuridad participa activamente en la organización de la vida social (Le Goff, 1987).

Esta relación experimenta una transformación decisiva con los procesos asociados a la Revolución Industrial, particularmente con el desarrollo de la iluminación artificial. Mientras que en etapas previas la oscuridad imponía límites materiales sobre la duración del trabajo y las actividades sociales, la introducción de nuevos sistemas de alumbrado modificó las condiciones de visibilidad y reorganizó el tiempo social. Wolfgang Schivelbusch (1988) advierte que la iluminación artificial “emancipó la jornada laboral de su dependencia de la luz natural” (p. 8, traducción propia), favoreciendo la extensión del trabajo más allá del amanecer y el anochecer, así como la integración de los procesos productivos en esquemas continuos. De manera paralela, las formas de encuentro y sociabilidad se desplazaron hacia la noche, consolidándose como un rasgo distintivo de la vida urbana. La noche dejó de funcionar exclusivamente como un límite temporal para convertirse en un ámbito cada vez más disponible para el trabajo, el encuentro y la vida social.

Los registros etnográficos muestran la presencia de interacciones que se desarrollan en contextos de intimidad y cercanía asociados a condiciones de nocturnidad, aunque rara vez

fueron tematizadas como tales. En el estudio de la vida social entre los Azande, Evans-Pritchard (1976) describe que:

"Con mayor frecuencia, los malos sentimientos se mantienen bajo la superficie, manifestándose en difamación y bromas orales, cuchicheos alrededor del fuego de la noche, en la intimidad de la choza o delante de un amigo en la maleza. A veces el rencor brota tan incontrolablemente que, con uno u otro pretexto, el hombre presenta una queja en la corte del príncipe". (p. 116)

El pasaje muestra que determinadas formas de interacción social no transcurren en los registros más visibles de la vida colectiva, sino en ámbitos donde la reducción de la exposición pública y la proximidad entre los actores favorecen la circulación de afectos, tensiones y conflictos que permanecen contenidos en otros contextos. Los cuchicheos alrededor del fuego, la intimidad de la choza o los encuentros en la maleza remiten a situaciones sociales en las que la disminución de la visibilidad modifica las condiciones de enunciación y favorece formas indirectas de confrontación, rumor y expresión de hostilidades. Bajo estas condiciones, la noche adquiere relevancia en la producción de la sociabilidad al propiciar modos de interacción donde lo implícito, lo insinuado y lo no dicho ocupan un lugar central.

Este tipo de registros permite advertir un límite en la tradición clásica de la antropología social. Aunque la nocturnidad aparece de manera recurrente en numerosas descripciones etnográficas, pocas veces fue tratada como una dimensión analítica en sí misma. En el trabajo etnográfico desarrollado por Bronislaw Malinowski en las islas Trobriand, particularmente en sus descripciones sobre la organización social y las prácticas cotidianas (Malinowski, 1926), las referencias a la noche aparecen asociadas a situaciones específicas como la vigilancia, el peligro o la transgresión, tal como ocurre en el episodio del arponeamiento nocturno de un hechicero, sin que ello derive en una problematización sistemática de las condiciones sociales asociadas a esa temporalidad. Incluso en sus escritos personales es posible advertir que los momentos

nocturnos, marcados por la disminución de la actividad colectiva, producen experiencias diferenciadas tanto para los actores como para el propio etnógrafo. Estos registros sugieren que la noche reorganiza no sólo las prácticas sociales, sino también las condiciones de percepción y reflexividad. La escasa atención otorgada a la nocturnidad dentro de la tradición antropológica no responde a su ausencia en la vida social, sino a un sesgo analítico que ha privilegiado los espacios y tiempos de mayor visibilidad.

Entre los desarrollos clásicos que sentaron las bases para el análisis de la vida social, Émile Durkheim, considerado una figura fundacional de las ciencias sociales y particularmente influyente en la antropología, plantea en *Las formas elementales de la vida religiosa* (2012) que la vida colectiva alcanza momentos de especial intensidad en contextos rituales, donde la interacción se densifica y los significados se producen de manera concentrada. Su planteamiento permite reconocer que los tiempos sociales no son equivalentes y que existen momentos especialmente significativos para la condensación de la experiencia colectiva. Desde esta perspectiva, la noche adquiere interés analítico como una temporalidad que transforma las condiciones de visibilidad, interacción y participación.

Esta cualidad se observa en registros etnográficos como los de Lévi-Strauss (1955/1988) en *Tristes trópicos*, donde describe cantos rituales que se prolongan hasta el alba y prácticas religiosas desarrolladas predominantemente durante la noche. Estas actividades reorganizan los ritmos cotidianos y desplazan el descanso hacia el día. La noche aparece así como una temporalidad socialmente organizada en la que se concentran prácticas colectivas y producciones simbólicas recurrentes en distintos contextos etnográficos.

La escasa atención otorgada a la noche dentro de la tradición antropológica no responde a su irrelevancia empírica, sino a una orientación analítica que históricamente ha privilegiado los contextos de mayor visibilidad. Esta limitación es señalada de manera explícita por Galinier et al. (2010) en "*Anthropology of the Night: Cross-Disciplinary Investigations*", donde proponen

constituir la noche como un campo legítimo de investigación y cuestionan su tratamiento como una simple prolongación del ciclo diurno. Su propuesta articula la antropología con la psicofisiología para examinar las transformaciones corporales y culturales que intervienen en la experiencia nocturna. Desde esta perspectiva, la noche se entiende como un ámbito espaciotemporal con dinámicas propias, capaz de producir formas específicas de organización social que no pueden explicarse únicamente a partir de las dinámicas diurnas.

1.3.2 Orden nocturno

La noche deja de entenderse como un intervalo subordinado y pasa a analizarse como un régimen particular de producción de la experiencia social. Lo distintivo de la nocturnidad reside en las transformaciones que experimentan los regímenes de visibilidad, las formas de interacción y los procesos de producción de sentido que atraviesan prácticas, espacios y actores. En este marco, la nocturnidad aparece como un campo diferenciado donde coexisten lo visible y lo oculto, se tensionan lo legítimo y lo marginal, y se entrelazan dimensiones como el consumo y el trabajo. La ciudad nocturna no prolonga simplemente el orden diurno, sino que lo reorganiza bajo condiciones específicas que modifican su composición social, redistribuyen a los actores y amplían posibilidades de acción restringidas en otros momentos.

La oposición entre día y noche resulta insuficiente para comprender estas dinámicas. Lo que emerge es un entramado relacional en el que se rearticulan simultáneamente órdenes espaciales, normativos y subjetivos. Las distinciones entre lo público y lo privado, lo legal y lo clandestino, o el control y el exceso, no operan como categorías fijas, sino como tensiones que se actualizan en la práctica. La nocturnidad aparece, así como un campo heterogéneo y estratificado donde convergen prácticas de ocio, trabajo, intimidad y precariedad, dando lugar a escenarios urbanos en los que las fronteras entre lo permitido y lo prohibido, así como entre lo visible y lo oculto, adquieren mayor flexibilidad.

La especificidad de este campo se aprecia con mayor claridad al considerar su dimensión temporal. Melbin (1978) plantea que “una frontera puede desarrollarse en la dimensión del tiempo” (p. 6, traducción propia), idea que permite comprender la nocturnidad como un espacio progresivamente ocupado por actividades, actores y formas de interacción. En una línea semejante, Margulis (1994) señala que la nocturnidad implica “situarse en el tiempo opuesto […] en que los poderes que importan […] están físicamente alejados y con la conciencia menos vigilante” (Melbin, 1978, p. 15), destacando que esta reorganización temporal favorece prácticas y significados que difícilmente emergen bajo las condiciones del día. La nocturnidad articula de manera particular tiempo, espacio y prácticas sociales, produciendo dinámicas que no pueden explicarse únicamente a partir de la lógica diurna.

Esta transformación también se expresa en la dimensión espacial. La disminución de la luz no sólo modifica el entorno físico, sino que altera los regímenes de percepción y las condiciones de interacción, favoreciendo formas diferenciadas de encuentro, resguardo y relación entre los actores. La ciudad cambia de ritmo, de densidad y de formas de ocupación. En este contexto, la nocturnidad adquiere relevancia para comprender la producción de identidades, sentidos de pertenencia y formas de participación, particularmente entre los jóvenes, cuya presencia en estos espacios excede una lógica exclusivamente asociada al consumo y se inscribe en prácticas situadas mediante las cuales construyen sentidos y formas de sociabilidad (Feixa, 1998).

1.3.3 Nocturnidad lúdica

La nocturnidad adopta formas diferenciadas asociadas a condiciones específicas de regulación, uso del espacio y organización de la vida social, en las que convergen ámbitos laborales, domésticos y marginales. Dentro de este entramado emerge un conjunto de prácticas orientadas al encuentro, el goce y la intensificación de la experiencia. Estas prácticas organizan la acción social mediante disposiciones corporales, modos de relación y formas de apropiación

del espacio en las que la interacción adquiere centralidad. Categorías como nocturnidad recreativa o nocturnidad del ocio resultan limitadas para comprender estas dinámicas, ya que las circunscriben a la suspensión de la obligación productiva y dejan en segundo plano la complejidad de los procesos sociales involucrados. En ellas convergen relaciones, tensiones y formas específicas de sociabilidad que exceden una lectura centrada exclusivamente en el tiempo libre.

La noción de lo lúdico se inscribe en una tradición teórica consolidada dentro de las ciencias sociales que ha reconocido el juego, la interacción y la experiencia como dimensiones fundamentales de la vida social. Desde los planteamientos de Johan Huizinga (2007), el juego ocupa un lugar constitutivo dentro de la cultura, en tanto produce órdenes simbólicos, delimita espacios de acción y establece reglas propias que organizan la interacción social. En esta misma línea, Roger Caillois (1986) advierte que las prácticas lúdicas responden a estructuras específicas en las que coexisten regulación, incertidumbre y transgresión. Esta perspectiva se amplía con los aportes de Michel Maffesoli (1990), quien sitúa lo lúdico en el centro de las formas contemporáneas de sociabilidad y destaca su papel en la construcción de vínculos colectivos y experiencias compartidas en contextos urbanos. A su vez, Víctor Turner (1969) analiza estas prácticas como espacios de liminalidad donde se suspenden parcialmente las normas ordinarias, dando lugar a formas de interacción que reorganizan temporalmente el orden social, mientras que Erving Goffman (2006) aporta una lectura de la interacción como puesta en escena, en la que los sujetos gestionan su presencia y sus formas de relación en contextos situados. En conjunto, estas perspectivas muestran que lo lúdico excede la noción de ocio entendida únicamente como tiempo libre y constituye una forma particular de organización de la experiencia social.

En el marco de las sociedades urbanas contemporáneas, particularmente en contextos occidentales, diversas investigaciones han retomado esta dimensión para analizar las prácticas

juveniles, reconociendo que las relaciones sociales desarrolladas en la nocturnidad se encuentran profundamente atravesadas por dinámicas lúdicas. La noción de nocturnidad lúdica alude a una experiencia situada en la que el ocio nocturno adquiere centralidad como espacio para la experimentación, la construcción de vínculos y la producción de sentidos. Estas prácticas favorecen formas de sociabilidad con un alto valor simbólico que difícilmente se reproducen en otras temporalidades y ámbitos de la vida social. La nocturnidad lúdica refiere, así, a una forma particular de organización de la experiencia juvenil en la que tiempo, espacio y prácticas sociales convergen en la producción de vínculos, significados y formas de pertenencia.

1.3.4 Sociabilidad nocturna

La centralidad de la nocturnidad lúdica se manifiesta con particular intensidad entre los jóvenes, quienes participan en estos espacios y, al mismo tiempo, los producen mediante prácticas que contribuyen a la construcción de identidades, vínculos y posiciones dentro del entramado social. Estas dinámicas se inscriben en formas diferenciadas de apropiación del espacio urbano, donde los actores intervienen activamente en la producción de lugares a través de recorridos e interacciones. La ciudad nocturna se organiza en circuitos y territorios definidos por usos sociales específicos (Melgar Bao, 1999), que funcionan como referentes de identidad y pertenencia (Aguirre Aguilar, 2000) y son constantemente resignificados mediante trayectorias y experiencias (Valenzuela, 2009). Las tensiones que atraviesan la nocturnidad impiden comprenderla como un ámbito homogéneo, ya que en ella convergen y se superponen distintas lógicas de acción. La nocturnidad lúdica, eje de este análisis, mantiene vínculos estrechos con otras formas de organización nocturna, particularmente aquellas asociadas al trabajo, dando lugar a formas complejas de sociabilidad producidas en la intersección de prácticas con finalidades diversas. Las representaciones que la reducen al disfrute resultan insuficientes frente a un escenario atravesado también por dinámicas de riesgo, exclusión y vulnerabilidad. Se trata

de un campo social dinámico donde se producen y disputan sentidos, prácticas y formas de participación en contextos urbanos contemporáneos.

La experiencia nocturna se organiza a partir de relaciones marcadas por la rapidez y el carácter efímero, donde los lugares, los recorridos y las formas de interacción se transforman constantemente en función de las prácticas de los actores y de intervenciones externas que modifican el uso del espacio, generando desplazamientos, adaptaciones y nuevas formas de ocupación. A ello se suma la producción de formas específicas de relación social en las que el anonimato adquiere un papel relevante, ya que los actores intervienen activamente en la construcción de su propia presencia, modulando identidades, atributos y formas de interacción que no necesariamente corresponden con aquellas que sostienen en otros ámbitos. Este proceso convive con distintas formas de participación en las que se entrecruzan prácticas orientadas al encuentro y la experiencia con otras vinculadas al trabajo. La nocturnidad aparece, así como un entramado donde convergen múltiples lógicas de acción que estructuran la experiencia nocturna.

En términos espaciales, estas dinámicas se expresan en formas diferenciadas de apropiación del entorno urbano que remiten tanto a espacios públicos como a espacios privados, distinguidos por sus condiciones de acceso, circulación y regulación. Mientras los primeros se caracterizan por la apertura y la diversidad de actores, los segundos implican mecanismos de selección, pertenencia y reconocimiento que organizan las interacciones. Esta distinción permite comprender cómo las prácticas, los códigos y las disposiciones de los actores participan en la organización de la vida nocturna. En este marco, el espacio deja de aparecer como un soporte neutral para entenderse como una producción social atravesada por relaciones, usos y formas diferenciadas de apropiación (Lefebvre, 1974/2013). El ocio ocupa un lugar relevante en el desarrollo de prácticas, relaciones e identidades, al constituir una esfera diferenciada de otras dimensiones de la vida cotidiana, como las actividades académicas, laborales o familiares. Esta condición adquiere una densidad particular en la nocturnidad lúdica, ya que ofrece a los jóvenes

márgenes de disponibilidad temporal y flexibilidad social desde los cuales despliegan experiencias que difícilmente encuentran cabida en otros momentos de su vida cotidiana. En estos espacios experimentan formas de interacción, ensayan estilos de vida y construyen referencias identitarias situadas.

La noche, como temporalidad social diferenciada, reorganiza las condiciones bajo las cuales se estructuran las relaciones sociales. Esta reorganización no depende únicamente del horario, sino también de modificaciones en los regímenes de visibilidad, control y regulación que inciden en la forma en que los actores interactúan y se posicionan. La flexibilización relativa de ciertas normas favorece la aparición de prácticas y experiencias que difícilmente se desarrollan bajo las condiciones del orden diurno, dando lugar a formas de interacción que combinan regulación y transgresión dentro de marcos normativos específicos. La experiencia nocturna constituye un escenario de exploración, reconocimiento y diferenciación en el que los jóvenes participan activamente en la construcción de sus trayectorias y posicionamientos sociales. Estas dinámicas adquieren una expresión concreta en el espacio urbano, donde la nocturnidad se despliega en escenarios específicos como el barrio, la colonia, las calles y los corredores nocturnos. Estos espacios no funcionan únicamente como localizaciones físicas, sino como ámbitos socialmente producidos en los que se construyen formas de pertenencia, reconocimiento y diferenciación.

Las formas de sociabilidad que se desarrollan durante la noche se encuentran estrechamente vinculadas a los espacios donde tienen lugar. Los encuentros, las trayectorias y las prácticas que configuran la experiencia nocturna se producen en escenarios concretos que son apropiados, recorridos y dotados de significado por quienes participan en ellos. La nocturnidad adquiere así una expresión espacial reconocible a través de lugares que concentran determinadas formas de interacción, favorecen ciertos vínculos y organizan modos específicos de presencia en la ciudad. La atención a estos espacios permite observar cómo las relaciones

sociales se inscriben en el entorno urbano y cómo los actores construyen referencias de pertenencia, reconocimiento y diferenciación mediante su uso cotidiano. Examinar los lugares de la nocturnidad permite, por tanto, comprender una dimensión fundamental de la experiencia nocturna: aquella que remite a las condiciones espaciales donde se producen y adquieren sentido las prácticas que articulan la vida social durante la noche.

1.3.5 Lugares de la nocturnidad

La experiencia nocturna se desarrolla en espacios concretos de la ciudad. Es la presencia de los actores, la reiteración de sus prácticas y los significados construidos a lo largo del tiempo lo que convierte esos espacios en lugares socialmente relevantes. Cada encuentro, recorrido o forma de convivencia incorpora nuevas referencias que hacen posible reconocer un espacio como propio y distinguirlo de otros escenarios urbanos. La nocturnidad se despliega, así, en lugares donde las relaciones sociales encuentran continuidad y donde las experiencias compartidas adquieren un sentido para quienes participan en ellas.

Marc Augé (2008) distingue el lugar antropológico del no lugar a partir del tipo de relaciones que los sujetos establecen con el espacio. Mientras el lugar antropológico posee un carácter identitario, relacional e histórico, el no lugar remite a espacios asociados al tránsito, la circulación y el anonimato. En palabras del autor: "Si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico, definirá un no lugar" (Augé, 2008, p. 83). Esta propuesta orienta la mirada hacia la experiencia social del espacio y permite reconocer que un mismo escenario urbano puede adquirir significados distintos según las prácticas que allí se desarrollan.

Augé (2008) señala además que el lugar "se cumple por la palabra, el intercambio alusivo de algunas palabras de pasada, en la connivencia y la intimidad cómplice de los hablantes" (p. 83). La afirmación sitúa el origen del lugar en la interacción cotidiana. Las conversaciones, los encuentros reiterados, el reconocimiento entre quienes comparten un mismo espacio y la

construcción de memorias comunes producen vínculos que otorgan sentido a la permanencia y favorecen procesos de identificación colectiva.

La discusión adquiere especial relevancia para comprender la nocturnidad juvenil. Los espacios urbanos modifican sus usos conforme cambian las temporalidades de la ciudad. Una banqueta, una plaza o un parque forman parte de la vida cotidiana durante el día; al llegar la noche pueden convertirse en puntos de reunión donde las y los jóvenes conversan, permanecen, establecen vínculos y producen formas de reconocimiento mutuo. La repetición de estas prácticas transforma la experiencia del espacio y le confiere un significado compartido para quienes participan en ella.

Una dinámica semejante puede observarse en bares, clubes nocturnos y otros establecimientos de carácter semipúblico o semiprivado. Estos espacios concentran relaciones, experiencias y códigos que se fortalecen con la frecuencia de los encuentros. La convivencia reiterada favorece el reconocimiento entre los asistentes, consolida memorias compartidas y genera referencias que orientan la vida nocturna de quienes los frecuentan. Los lugares de la nocturnidad emergen de estos procesos de apropiación social, donde espacio, temporalidad y experiencia colectiva se articulan para producir escenarios significativos dentro de las trayectorias juveniles.

Capítulo II. La producción de la nocturnidad en Metepec: una etnografía de los espacios de sociabilidad juvenil

2.1 Configuración territorial y construcción del campo etnográfico

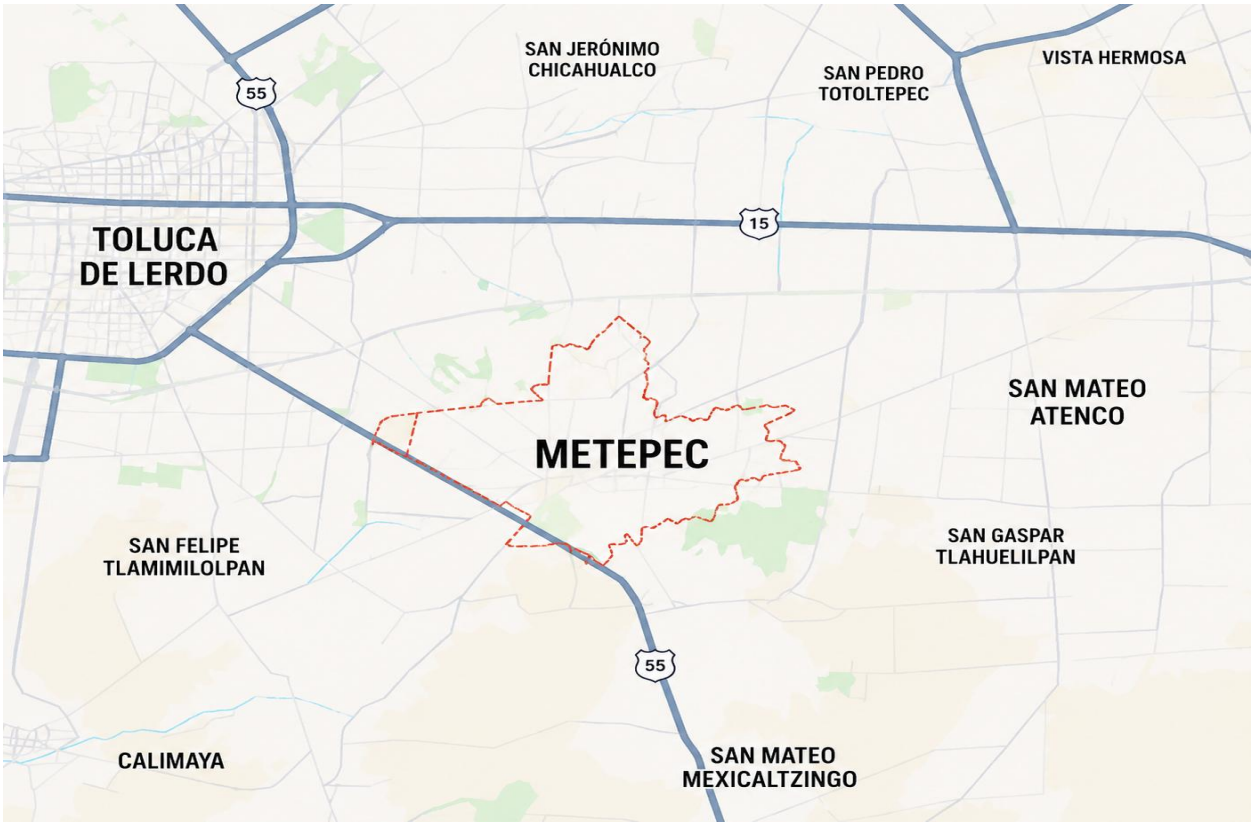
El análisis se sitúa en los espacios donde se despliegan las prácticas que estructuran la vida nocturna, atendiendo a las formas de interacción, los recorridos y las modalidades de apropiación del entorno urbano que los actores ponen en juego. El interés se orienta a comprender cómo estas dinámicas se organizan en contextos específicos y bajo qué condiciones adquieren sentido como formas de sociabilidad diferenciada, particularmente entre las y los jóvenes.

El municipio de Metepec, Estado de México, se localiza en la región central del Valle de Toluca, a aproximadamente siete kilómetros al sur de la capital estatal, con la cual mantiene una relación directa en términos de movilidad e integración urbana. Su emplazamiento geográfico se articula con referentes naturales como el volcán Xinantecátl y el Cerro de los Magueyes, este último reconocido como área natural protegida, lo que da cuenta de una configuración territorial en la que convergen elementos ecológicos, históricos y urbanos. Desde el punto de vista territorial, Metepec presenta una estructura de tipo satelital, en la que distintos centros poblacionales se organizan en torno a un núcleo de mayor escala. El municipio colinda al norte y oeste con Toluca, al este con San Mateo Atenco, al sureste con Chapultepec y al sur con Mexicaltzingo y Calimaya, configurando un espacio inserto en dinámicas metropolitanas más amplias que inciden en la circulación de población, la expansión urbana y la articulación de servicios en el conjunto regional.

En términos demográficos, para el año 2020 el municipio registraba una población de 242,307 habitantes, con una concentración significativa en la cabecera municipal (Instituto Nacional de Estadística y Geografía [INEGI], 2020). Esta dinámica se sustenta en una economía con fuerte presencia del sector servicios, lo que ha implicado una transformación progresiva del

espacio urbano. En este proceso, se observan tensiones entre la conservación del patrimonio histórico y la expansión de desarrollos habitacionales y comerciales que reconfiguran las formas de ocupación del territorio.

Mapa 1. Ubicación del municipio de Metepec, Estado de México.



Fuente: elaboración propia a partir de información cartográfica de Google Maps (2026).

La organización interna del municipio se estructura a partir de su cabecera municipal y un conjunto de localidades con trayectorias históricas diferenciadas. Entre ellas se encuentran barrios y pueblos como Espíritu Santo, Santiaguito, San Miguel, Santa Cruz, San Mateo, La Asunción Coaxustenco, San Miguel Totocuitlapilco, San Bartolomé Tlaltelulco, San Francisco Coaxusco, San Jerónimo Chicahualco, Santa María Magdalena Ocotitlán y San Felipe

Tlalmimilolpan, los cuales configuran un entramado territorial heterogéneo donde se articulan prácticas cotidianas, formas de interacción y dinámicas sociales que adquieren relevancia en la configuración de la vida nocturna.

La presente investigación se fundamenta en un trabajo de campo desarrollado de manera continua entre abril de 2024 y febrero de 2026, lo que permitió un involucramiento sostenido en los espacios y dinámicas que configuran la vida nocturna en Metepec. Esta temporalidad posibilitó reconocer variaciones, tensiones y formas diferenciadas de interacción que emergen en contextos específicos. Más que un registro puntual, el trabajo de campo implicó un proceso de aproximación progresiva a los actores y a sus formas de relación, a partir del cual fue posible identificar los modos en que la nocturnidad se produce, se organiza y adquiere sentido en la experiencia cotidiana. Con el propósito de resguardar la identidad de los establecimientos y de algunos actores vinculados a los espacios de ocio nocturno, los nombres de bares, clubes nocturnos, centros de entretenimiento nocturno y otros espacios de sociabilidad mencionados en esta investigación fueron sustituidos por seudónimos. Esta decisión metodológica responde a criterios de confidencialidad propios del trabajo etnográfico y se sustenta en que el objeto de estudio no radica en la identificación de lugares particulares, sino en el análisis de los procesos sociales, las prácticas espaciales y las formas de sociabilidad mediante las cuales se produce y experimenta la nocturnidad.

2.2 Producción histórica y configuración territorial de Metepec

Para comprender la configuración actual del municipio de Metepec y las formas en que se desarrollan sus dinámicas sociales, resulta fundamental considerar los procesos históricos que han incidido en la transformación de su estructura territorial. Lejos de constituir un desarrollo lineal, el municipio ha atravesado una serie de reconfiguraciones que modificaron tanto sus funciones económicas como sus formas de organización espacial. El análisis histórico permite

identificar las condiciones bajo las cuales se ha producido el espacio y se han configurado las prácticas sociales contemporáneas (García, 2004; Jarquín, 1990).

La base tradicional del municipio de Metepec se sustenta en una configuración histórica de raíces prehispánicas y coloniales, en la que el territorio ha funcionado como un eje de organización social, simbólica y productiva. El Cerro de los Magueyes ocupa un lugar central dentro de esta trayectoria histórica. Además de constituir un referente geográfico, ha sido un espacio de significación vinculado a prácticas rituales y funerarias desde el periodo prehispánico. La presencia actual de la Capilla del Calvario, edificada en el siglo XVIII, mantiene vigente esta centralidad simbólica y refuerza la relación entre paisaje, memoria e identidad. Durante la época colonial, el asentamiento se organizó mediante criterios espaciales que definieron una traza urbana con un núcleo claramente delimitado, donde se concentraban las funciones políticas y religiosas. De esta manera se consolidó una estructura territorial cuyos rasgos aún permanecen visibles en el municipio contemporáneo.

La vida social se articuló a partir de barrios y pueblos que funcionaban como unidades territoriales con identidad propia, donde la interacción cotidiana se desarrollaba principalmente en la calle, la plaza y el templo. Estas formas de organización favorecieron la consolidación de vínculos comunitarios sustentados en la cercanía, el sentido de pertenencia y la reproducción de prácticas compartidas. En este contexto, la alfarería se consolidó como uno de los pilares fundamentales de la economía y de la identidad local. Sus antecedentes se remontan al periodo prehispánico y, con el paso del tiempo, la actividad artesanal se convirtió en un medio para transmitir conocimientos, técnicas y significados culturales entre generaciones. La incorporación de elementos coloniales dio lugar a nuevas formas de producción, entre las que destaca el Árbol de la Vida, pieza que actualmente simboliza la identidad artesanal del municipio (Gómez Carmona, 2016; H. Ayuntamiento de Metepec, 2012).

Estas prácticas contribuyeron a definir tanto la organización económica como las formas de apropiación del espacio. La actividad artesanal, el uso de los espacios públicos y la centralidad de lo religioso dieron forma a una manera de habitar en la que el territorio era experimentado como un espacio compartido y las relaciones sociales se construían mediante una interacción constante entre los habitantes. En el contexto contemporáneo, este entramado ha comenzado a experimentar tensiones derivadas de las transformaciones en el uso del espacio. La reorganización del centro histórico bajo criterios asociados al turismo y al consumo ha implicado la reubicación de talleres y la revalorización del territorio como un espacio orientado hacia nuevas lógicas económicas. Este proceso ha generado disputas en torno a la permanencia de prácticas tradicionales y a los significados atribuidos a determinados espacios. A pesar de estas transformaciones, el componente religioso conserva un papel central en la vida colectiva y continúa funcionando como uno de los principales referentes de identidad. Festividades como el Paseo de San Isidro Labrador o las celebraciones de Semana Santa permiten reproducir prácticas que fortalecen el sentido de pertenencia y dan continuidad a formas de vida que permanecen presentes, aunque bajo condiciones distintas a las del pasado.

Estas formas de organización establecieron durante largo tiempo las bases de las dinámicas sociales del municipio y orientaron las maneras en que el espacio era habitado y significado. Sin embargo, este modelo comenzó a transformarse conforme se intensificaron los procesos de urbanización y expansión regional, particularmente a partir de la segunda mitad del siglo XX. En ese periodo, Metepec dejó de ser exclusivamente un espacio de base agrícola y artesanal para incorporarse a dinámicas metropolitanas de mayor escala. Este cambio produjo modificaciones en el uso del suelo, en la estructura urbana y en las formas de interacción social, marcando un punto de inflexión en la transformación del territorio y en las prácticas que se desarrollaban en él.

2.3 Transformaciones socioespaciales y reconfiguración urbana de Metepec (1960-2010)

A partir de la segunda mitad del siglo XX, el municipio de Metepec experimentó cambios estructurales que redefinieron tanto su organización territorial como las formas de habitar el espacio. Este proceso estuvo estrechamente vinculado a su integración en la dinámica metropolitana de Toluca y, de manera indirecta, a la influencia ejercida por la Ciudad de México. Desde finales de la década de 1960, con la autorización de los primeros fraccionamientos como Los Pilares (1960), Fuentes de San Gabriel (1968) y Unidad Victoria (1968), se inició un proceso de urbanización que marcó el tránsito de un espacio predominantemente agrícola hacia un entorno urbano en expansión. Durante la década de 1970, la consolidación del corredor industrial Toluca-Lerma impulsó la demanda de vivienda (Gómez Carmona, 2016), favoreciendo la construcción de unidades habitacionales de interés social como Izcalli Cuauhtémoc en sus distintas etapas y los conjuntos Infonavit San Francisco y San Gabriel. Paralelamente, comenzaron a desarrollarse espacios residenciales de nivel medio y alto, entre ellos San Carlos (1971), La Virgen (1972) y La Asunción (1980), lo que evidenciaba una diferenciación socioespacial cada vez más marcada en el uso del territorio (Aguilera y Corral, 1992).

Durante la década de 1980, el crecimiento urbano se intensificó como resultado de la creciente articulación de Metepec con la dinámica metropolitana del Valle de Toluca, en el marco de un proceso de expansión regional que integró a diversos municipios del Estado de México a una lógica urbana de mayor escala. Este proceso favoreció la consolidación del municipio como un espacio estratégico de residencia y servicios dentro del sistema urbano regional. La construcción del Aeropuerto Internacional de Toluca a inicios de la década actuó como un factor relevante en la aceleración del crecimiento urbano, al facilitar la incorporación de suelo agrícola al desarrollo habitacional e industrial (Aguilera y Corral, 1992). A ello se sumó el impacto de los sismos de 1985 en la Ciudad de México, los cuales propiciaron un flujo migratorio significativo hacia diversos municipios del Estado de México. En el caso de Metepec, este fenómeno

contribuyó al aumento poblacional y fortaleció su transición hacia un entorno predominantemente urbano.

Estas dinámicas territoriales estuvieron acompañadas por una transformación demográfica significativa, reflejada en un crecimiento acelerado de la población y en una recomposición profunda de su estructura social. El municipio pasó de poco más de treinta mil habitantes en 1970 a más de doscientos mil en 2010. Este incremento, derivado principalmente de los flujos migratorios provenientes de la Ciudad de México tras los sismos de 1985, consolidó una población diversa en términos de origen y trayectoria social. Este proceso contribuyó a la configuración de Metepec como una ciudad dormitorio donde comenzaron a converger sectores medios y altos vinculados a circuitos laborales metropolitanos, junto con una población oriunda cuyas formas tradicionales de vida se vieron transformadas por la rápida inserción en el tejido urbano regional.

En este contexto de crecimiento poblacional y expansión urbana, durante la década de 1990 el municipio experimentó cambios profundos en su estructura económica y territorial. El uso del suelo comenzó a orientarse crecientemente hacia actividades comerciales y de servicios, mientras la base agrícola y artesanal perdía peso dentro de la economía local. Esta modificación sustancial en la vocación productiva del territorio se refleja al contrastar las dinámicas ocupacionales: mientras que en 1970 cerca del 45% de la población ocupada se dedicaba a actividades agrícolas, para 2010 esta proporción se redujo a poco más del 1%. En contraste, el sector servicios mantuvo un crecimiento sostenido hasta convertirse en el eje dominante de la economía local. Como resultado, emergió una fisonomía urbana caracterizada por la expansión de desarrollos habitacionales y por la consolidación de espacios destinados al consumo. La terciarización de la economía incidió tanto en el crecimiento urbano como en las formas de interacción social, en consonancia con procesos más amplios asociados a la metropolización y

a las transformaciones derivadas del modelo neoliberal (De Mattos, 1999; Gómez Carmona, 2016)

La expansión de la mancha urbana incorporó progresivamente tierras de alta productividad agrícola y localidades tradicionales a un continuo urbano cada vez más amplio. El municipio pasó de una estructura basada en una cabecera municipal y diez pueblos antiguos a un sistema integrado por cientos de unidades urbanas, entre fraccionamientos, condominios y conjuntos habitacionales. Este crecimiento produjo un territorio caracterizado por procesos de fragmentación y segregación socioespacial, donde conjuntos residenciales cerrados y desarrollos de alta gama coexistían con espacios tradicionales de larga trayectoria histórica. Tales contrastes incidieron en las formas de habitar y en las dinámicas de convivencia cotidiana. Al mismo tiempo, la proliferación de espacios residenciales privatizados modificó la morfología urbana y alteró las relaciones sociales al redefinir los límites entre lo público y lo privado (Gómez Carmona, 2016; H. Ayuntamiento de Metepec, 2012).

La aparición de nuevos espacios comerciales y de consumo desempeñó un papel central en este proceso. La consolidación de plazas como Galerías Metepec, Plaza Las Américas y Pabellón Metepec marcó el surgimiento de nuevas centralidades orientadas al consumo, desplazando parte de las formas tradicionales de sociabilidad asociadas a la plaza pública y al mercado. Estos espacios reorganizaron la actividad económica y adquirieron relevancia como escenarios de encuentro, interacción y ocio (Gómez Carmona, 2016). Asimismo, la concentración de bares, restaurantes y centros nocturnos en complejos comerciales y corredores viales vinculados a zonas residenciales de alta plusvalía permite observar cómo el consumo participa en la organización de nuevas formas de sociabilidad. Esto se manifiesta particularmente entre la población joven, mediante circuitos de entretenimiento diferenciados por las posibilidades de acceso y gasto.

Las transformaciones descritas incidieron directamente en las formas de sociabilidad presentes en el municipio. La consolidación de nuevas centralidades comerciales, la fragmentación territorial y la transición hacia una economía basada en el consumo generaron condiciones específicas para la emergencia de prácticas sociales diferenciadas, particularmente entre la población joven. Los espacios de ocio, entretenimiento y consumo pueden entenderse como el resultado de procesos históricos que redefinieron la manera en que el territorio es habitado, transitado y significado, constituyendo el escenario en el que se inscribe la vida nocturna contemporánea en Metepec.

La configuración actual del municipio es resultado de la convergencia de transformaciones económicas, territoriales y sociales que modificaron las formas de habitar y significar el espacio. La expansión urbana, la consolidación de nuevas centralidades y la transición hacia una economía orientada al consumo alteraron las prácticas cotidianas y las modalidades de interacción entre distintos grupos sociales. Estas condiciones permiten dirigir el análisis hacia la dimensión contemporánea del municipio, centrando la atención en la organización del espacio urbano, los actores que lo habitan y las prácticas que en él se desarrollan, especialmente en aquellos escenarios donde emergen formas actuales de sociabilidad.

2.4 Configuración contemporánea del espacio urbano y dinámicas metropolitanas en Metepec

La configuración contemporánea del espacio urbano en Metepec es resultado de procesos históricos de transformación territorial, económica y social que han redefinido las formas de habitar el municipio. Las condiciones actuales responden a la continuidad de procesos de urbanización que han modificado tanto el uso del suelo como las formas de interacción social. En este marco, el espacio urbano se presenta como un entramado donde convergen prácticas cotidianas, lógicas de consumo y formas diferenciadas de apropiación, dando lugar a una organización territorial caracterizada por la coexistencia de múltiples temporalidades, actores y

usos del espacio. La cabecera municipal mantiene su papel como núcleo histórico y simbólico; sin embargo, parte de sus funciones se ha desplazado hacia zonas orientadas al comercio y los servicios, situación visible en corredores como la avenida Comonfort y en la consolidación de nuevas centralidades vinculadas a procesos metropolitanos (Lefebvre, 1974/2013; De Certeau, 2000).

La proximidad geográfica entre Metepec y la ciudad de Toluca ha favorecido la consolidación de procesos metropolitanos que inciden directamente en la organización contemporánea del municipio. Dentro de estas transformaciones, la expansión de instituciones de educación superior, tanto públicas como privadas, constituye un elemento relevante en la producción de nuevas formas de movilidad y ocupación del territorio. La presencia de universidades como la Universidad del Valle de México (UVM), el Tecnológico de Monterrey Campus Toluca (TecMilenio), la Universidad IUEM, la Universidad Interamericana para el Desarrollo (UNID), la Universidad Latinoamericana (ULA) y el Instituto Tecnológico de Toluca ha propiciado la llegada constante de población estudiantil proveniente de distintos municipios, estados e incluso del extranjero, contribuyendo a la diversificación social y cultural del municipio.

La concentración de estos centros educativos en zonas estratégicas, particularmente sobre ejes de alta circulación como la avenida Estado de México, la avenida Ignacio Comonfort, la avenida Tecnológico y la carretera Toluca–Tenango del Valle, ha incidido en la transformación de los usos del suelo, favoreciendo la expansión residencial, la apertura de servicios y la consolidación de espacios orientados al consumo y al ocio. Este proceso ha intensificado la movilidad cotidiana, la circulación de jóvenes y las formas de apropiación urbana asociadas a nuevas modalidades de sociabilidad. Asimismo, ha contribuido a la consolidación de prácticas nocturnas vinculadas a la recreación, el entretenimiento y la interacción social. Metepec se configura, así como un entorno donde convergen formas tradicionales de organización social y lógicas urbanas contemporáneas, evidenciando procesos asociados a la metropolización y a la

creciente presencia de población juvenil, en los que el espacio es producido y resignificado a través de las prácticas sociales que lo atraviesan (Lefebvre, 1974/2013).

La designación de Metepec como Pueblo Mágico, otorgada el 14 de septiembre de 2012 por la Secretaría de Turismo, constituye un elemento central en las transformaciones recientes del municipio al posicionarlo como un nodo turístico, cultural y comercial dentro de la región. Este reconocimiento se sustenta en la continuidad de su tradición artesanal, particularmente la alfarería y la producción del Árbol de la Vida, así como en su patrimonio histórico y arquitectónico. Estos elementos han favorecido la consolidación de una imagen urbana estrechamente vinculada a la identidad cultural y al consumo. En este contexto, el centro histórico y espacios como la Plaza Juárez adquieren relevancia como puntos de concentración donde confluyen prácticas sociales, circulación de visitantes y actividades comerciales (Secretaría de Cultura y Turismo del Estado de México, s. f.).

La incorporación de Metepec al programa de Pueblos Mágicos forma parte de políticas públicas orientadas al turismo cultural que han incidido en la reorganización de los usos urbanos y en la consolidación de centralidades asociadas al ocio, el comercio y los servicios. Este proceso ha incrementado la circulación de población y fortalecido la articulación del municipio con la ciudad de Toluca y otros espacios metropolitanos. Como resultado, se configura un entorno donde coexisten prácticas tradicionales y formas de vida urbanas contemporáneas. Desde esta perspectiva, la categoría de Pueblo Mágico participa en la producción del espacio urbano al redefinir funciones, orientar actividades económicas y modificar formas de interacción social.

La implementación del Tren Interurbano México–Toluca en 2023, particularmente en el tramo Zinacantepec–Lerma, introdujo cambios relevantes en los patrones de movilidad regional al reducir tiempos de traslado y fortalecer la conectividad intrametropolitana. Aunque esta infraestructura no atraviesa directamente el territorio de Metepec, su proximidad funcional dentro de la Zona Metropolitana de Toluca incide en la articulación de los principales ejes viales que

conectan con el municipio, favoreciendo el acceso a corredores de alta circulación y facilitando la vinculación con nodos estratégicos de transporte.

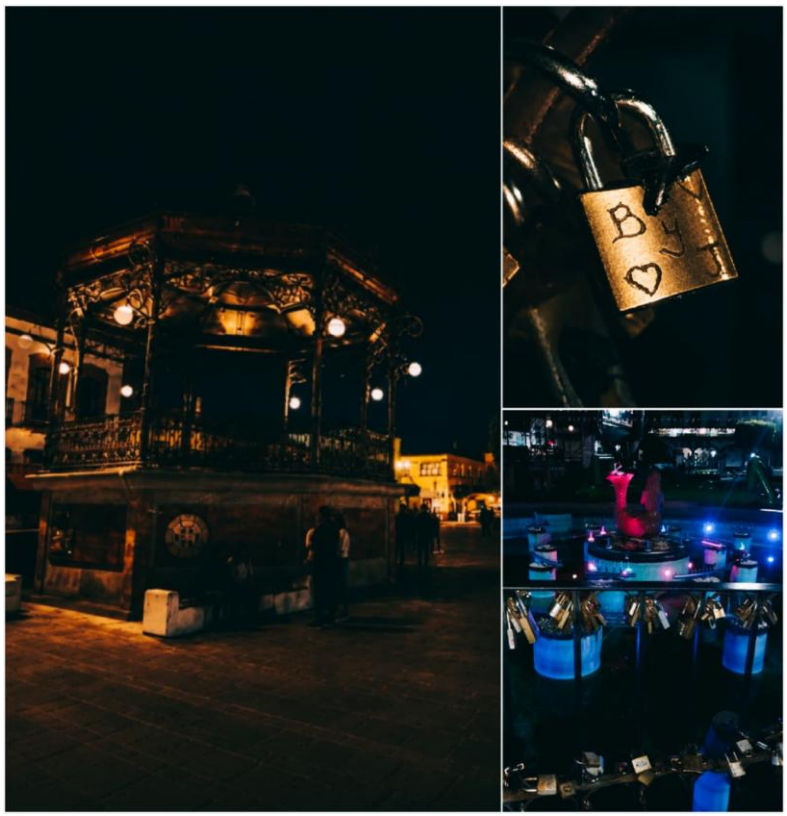
Metepec se integra a estas dinámicas de movilidad ampliada, situación que contribuye a la intensificación de flujos poblacionales y a la reorganización de actividades económicas y sociales relacionadas con el consumo, la circulación y el entretenimiento. Diversos estudios sobre la región han señalado la relación existente entre movilidad, crecimiento urbano y transformación de los usos del espacio (Aguirre Hernández, 2019). Bajo estas condiciones, el incremento de la accesibilidad no sólo impacta en las actividades diurnas, sino que también favorece la extensión de los tiempos y espacios de interacción asociados a la nocturnidad.

Los significados atribuidos al espacio urbano varían en función de las temporalidades en las que éste es habitado. En zonas como la Plaza Juárez, así como en corredores urbanos como la avenida Estado de México y la avenida Comonfort, se observa una transformación marcada entre el día y la noche, donde cambian los actores sociales presentes, las prácticas desarrolladas y las formas de interacción. Durante el día, estos espacios funcionan como ámbitos de convivencia familiar y actividad comercial en los que predominan familias locales, artesanos y visitantes. Las interacciones se articulan principalmente en torno al consumo de productos tradicionales, el tránsito peatonal y la permanencia en espacios públicos bajo un ambiente relativamente ordenado.

Las prácticas observadas muestran que la organización contemporánea del espacio urbano en Metepec se encuentra estrechamente vinculada a los usos y significados que los actores construyen cotidianamente. La coexistencia de distintas centralidades, la diversificación de los usos del suelo y la articulación entre consumo, movilidad y sociabilidad conforman un escenario donde el espacio público funciona como un punto de encuentro, tránsito y negociación entre diversos grupos sociales.

Durante la noche, estos procesos adquieren características particulares asociadas a la apropiación juvenil, la activación económica y la transformación de las formas de interacción. El espacio público se convierte en un territorio de experiencia donde convergen prácticas de ocio, consumo y socialización que se extienden hacia otros ámbitos de ocupación urbana y articulan distintos escenarios de la vida nocturna.

Fotografía 1. Apropiaciones juveniles y significados afectivos en Plaza Juárez, Metepec.[1]



Fuente: elaboración propia (trabajo de campo, 2025).

En Metepec, la noche también se expresa a través de manifestaciones tradicionales que continúan organizando la vida comunitaria en el municipio y sus delegaciones. Celebraciones

[1] *Nota:* El kiosco de Plaza Juárez constituye uno de los principales puntos de encuentro juvenil en Metepec. A la derecha se observan candados colocados sobre el puente que rodea la Fuente de la Tlanchana, práctica mediante la cual algunas parejas simbolizan vínculos afectivos y procesos de apropiación del espacio público.

como la fiesta patronal en honor a San Juan Bautista, realizada el 24 de junio, y la feria dedicada a San Isidro Labrador, el 15 de mayo, constituyen momentos de alta concentración social en los que la música, los cohetes y diversas actividades festivas prolongan la vida colectiva hacia horas nocturnas, configurando una temporalidad asociada a lo ritual y lo comunitario. La permanencia de estas celebraciones evidencia la vigencia de formas tradicionales de sociabilidad que continúan orientando el uso y la apropiación del espacio en distintos barrios y localidades.

Las prácticas nocturnas se desarrollan mediante una circulación constante entre calles, plazas, corredores comerciales y establecimientos de diversa naturaleza. Esta movilidad genera una continuidad espacial en la experiencia nocturna, donde las fronteras entre lo público y lo privado se vuelven más flexibles y permeables. El tránsito entre estos ámbitos implica ajustes en los códigos de interacción, en las formas de sociabilidad y en las maneras de habitar el espacio, produciendo experiencias diferenciadas según los contextos y los actores involucrados.

Estas condiciones permiten observar que la nocturnidad se articula a partir de relaciones que conectan distintos espacios, actores y temporalidades dentro del municipio. La circulación entre ámbitos abiertos y espacios de acceso regulado constituye uno de los elementos centrales en la organización de la vida nocturna contemporánea, aspecto que permite dirigir la atención hacia aquellos escenarios donde las formas de interacción se encuentran mediadas por criterios específicos de acceso, permanencia y participación.

2.5 Espacios privados nocturnos y formas de sociabilidad regulada en Metepec

Los espacios privados de uso colectivo articulan una parte significativa de la vida urbana contemporánea y de las dinámicas juveniles. Aunque jurídicamente pertenecen al ámbito privado, su funcionamiento cotidiano los convierte en puntos de encuentro donde convergen múltiples actores bajo condiciones específicas de acceso, permanencia e interacción. Bares, antros y clubes nocturnos representan expresiones claras de esta configuración espacial,

caracterizada por formas de participación reguladas mediante normas explícitas e implícitas que organizan la presencia de los sujetos dentro del espacio.

El ingreso a estos establecimientos rebasa la lógica del gasto económico. El consumo constituye un elemento estructurante de la experiencia, pero se encuentra acompañado por mecanismos simbólicos de selección social. La apariencia, la vestimenta, la edad, el género y las formas de comportamiento inciden directamente en las posibilidades de acceso, estableciendo criterios de pertenencia que delimitan quiénes participan y bajo qué condiciones. Cruzar la puerta de estos espacios implica atravesar un proceso de validación social mediante el cual los sujetos son ubicados, clasificados y diferenciados a partir de códigos culturales que operan como formas de distinción dentro del espacio social (Bourdieu, 1979).

La nocturnidad en Metepec despliega formas específicas de interacción sustentadas en códigos compartidos. Las prácticas sociales responden a esquemas que orientan la manera en que los sujetos se presentan, se relacionan y se posicionan frente a otros. Se configura así un campo delimitado por reglas implícitas que establecen lo esperado, lo aceptado y aquello que puede ser interpretado como una transgresión. Estas pautas se adquieren mediante la experiencia, la participación y la pertenencia a determinados grupos, permitiendo a los individuos negociar su lugar dentro del entorno nocturno y construir formas de inclusión, exclusión y diferenciación social (Margulis, 1994).

La dinámica interna de estos espacios combina mecanismos de control con oportunidades constantes de interacción colectiva. La experiencia nocturna incorpora una dimensión performativa en la que los sujetos construyen y negocian su identidad a través de su presencia, su comportamiento y su capacidad de adecuación a las normas del lugar. Además de organizar actividades de ocio y entretenimiento, estos espacios producen formas particulares de sociabilidad en las que la interacción cotidiana adquiere la forma de una puesta en escena

mediante la cual los individuos gestionan las impresiones que proyectan frente a los demás (Goffman, 2006).

La organización de estas dinámicas responde a códigos compartidos que orientan el comportamiento de los participantes. Los horarios de llegada, las trayectorias previas dentro de la noche, las formas de vestir, las maneras de interactuar con otros grupos y los consumos asociados al espacio constituyen elementos que permiten reconocer los límites de lo aceptado y ajustar la participación dentro del entorno nocturno. Prácticas como el precopeo muestran que parte de estas disposiciones comienzan a construirse antes del ingreso a los establecimientos y continúan desarrollándose durante la experiencia nocturna. Tales códigos funcionan como mecanismos de regulación social que organizan la experiencia colectiva y contribuyen a la producción de formas particulares de pertenencia (Margulis, 1994).

El espacio público abierto mantiene una relación constante con estos ámbitos de acceso regulado. La Plaza Juárez y las calles aledañas concentran durante la noche una diversidad de actores, trayectorias e intereses que se articulan con lugares de acceso condicionado como bares, antros y otros establecimientos de ocio nocturno. Aunque responden a lógicas diferenciadas de acceso y permanencia, ambos tipos de espacios forman parte de una misma experiencia urbana. La circulación entre escenarios abiertos y regulados permite construir recorridos, establecer vínculos y participar en distintas modalidades de interacción a lo largo de la noche.

Los espacios privados nocturnos de uso colectivo forman parte de una configuración más amplia de la experiencia nocturna juvenil. La estructuración de códigos, prácticas y formas de interacción que se despliegan en bares, antros y clubes nocturnos se encuentra vinculada con otros escenarios que anteceden, complementan y prolongan dichas dinámicas. La nocturnidad se produce en los desplazamientos, en las trayectorias y en las conexiones que los sujetos establecen entre distintos lugares a lo largo de la noche.

La sociabilidad nocturna juvenil puede comprenderse a partir de esta red de espacios interconectados donde convergen formas diferenciadas de acceso, permanencia e interacción. La coexistencia entre ámbitos abiertos y regulados muestra que la experiencia nocturna se construye mediante recorridos que atraviesan distintos escenarios urbanos, produciendo formas diversas de encuentro, participación y pertenencia según los contextos, los actores y las condiciones que organizan cada espacio.

2.6 Espacios de ocio comercial nocturno juvenil

Diversos estudios han señalado que los espacios de ocio comercial constituyen escenarios relevantes en las prácticas contemporáneas de las y los jóvenes, al articular dinámicas de consumo, socialización e interacción cotidiana. En particular, los centros comerciales han adquirido una posición destacada como lugares de encuentro debido a su carácter semipúblico, su accesibilidad relativa y la diversidad de servicios que concentran, entre ellos tiendas, restaurantes, cafeterías y salas de cine. Estos espacios permiten la permanencia y el tránsito de distintos grupos sociales, al tiempo que ofrecen condiciones de resguardo y una percepción de seguridad valorada tanto por las y los jóvenes como por las familias que participan indirectamente en la regulación de sus desplazamientos (Leahy Laughlin & Johnson, 2011).

Los centros comerciales operan como espacios de autonomía protegida, en los que las y los jóvenes interactúan fuera de la supervisión directa del entorno familiar, aunque dentro de marcos institucionales regulados por sistemas de vigilancia, personal de seguridad y normas de comportamiento. Estas condiciones favorecen que se conviertan, particularmente durante los fines de semana, en puntos de encuentro para la construcción de vínculos sociales y la consolidación de sentidos de pertenencia entre pares. En Metepec, espacios como Galerías Metepec, Town Square Metepec, Pabellón Metepec y Plaza Las Américas funcionan como referentes locales donde las y los jóvenes construyen formas de identificación y pertenencia a través de la interacción con otros sujetos y con el entorno urbano.

Fotografía 2. Principales centros comerciales en el municipio de Metepec, Estado de México.



Fuente: elaboración propia (trabajo de campo, 2025).

Dentro de los complejos comerciales del municipio y sus inmediaciones se localizan diversos establecimientos vinculados al ocio nocturno juvenil. En las inmediaciones del centro comercial *Town Square* Metepec opera Anti Social Club, un club nocturno frecuentado por las y los jóvenes del municipio. Por su parte, en el centro comercial Pabellón Metepec se ubican La Terraza y El Mesón, ambos antros. El acceso a estos espacios se organiza mediante reservaciones, consumo mínimo y segmentación por zonas, mecanismos que regulan la participación de los asistentes y producen formas diferenciadas de inclusión asociadas a la capacidad de consumo, la apariencia y el dominio de determinados códigos de comportamiento.

Los espacios de ocio comercial nocturno juvenil configuran escenarios donde la apertura aparente convive con procesos de clasificación social. Aunque se presentan como espacios

accesibles, su funcionamiento cotidiano evidencia criterios que delimitan la participación de los sujetos y reproducen diferencias vinculadas al estatus y al consumo. Estas dinámicas permiten observar cómo la nocturnidad juvenil se organiza en entornos donde el acceso se encuentra simultáneamente habilitado y regulado, dando lugar a formas específicas de sociabilidad estructurada.

La experiencia de las y los jóvenes en los centros comerciales trasciende la adquisición de bienes y servicios. La presencia de bares, clubes nocturnos y otros espacios de entretenimiento amplía las posibilidades de uso y permite articular distintas prácticas dentro de un mismo entorno. La circulación entre tiendas, restaurantes y espacios de ocio favorece la construcción de recorridos compartidos en los que el encuentro, la permanencia y la interacción adquieren un papel central. El consumo funciona como una condición que posibilita determinadas experiencias, pero también como un elemento que organiza formas de convivencia y apropiación del espacio.

Estas trayectorias implican formas particulares de mediación frente a las figuras de autoridad, especialmente dentro del ámbito familiar. Expresiones como “ir de compras”, “ir al cine” o “salir con amigos” operan como marcos de legitimación que facilitan la presencia juvenil en estos espacios y permiten la articulación de otras prácticas vinculadas con la vida nocturna. El centro comercial se configura, así como un entorno donde la regulación institucional convive con márgenes de acción reconocidos y aprovechados por las y los jóvenes, quienes negocian continuamente las posibilidades de uso del espacio.

En el centro comercial *Town Square* Metepec, durante un fin de semana en horario nocturno, una joven de 18 años, identificada como Carol para efectos de anonimato, se encontraba en compañía de un grupo de amistades de edades cercanas, algunas de ellas menores de edad. La interacción se desarrollaba en las áreas comunes del complejo, en un contexto caracterizado por la circulación constante de personas, iluminación controlada y

presencia visible de dispositivos de vigilancia. Al referirse a los motivos de su estancia y a la dinámica de la salida, expresó:

"Desde días antes nos ponemos de acuerdo por *WhatsApp* y por *Instagram*. Ahí hablamos entre amigas de mi escuela y también con otras chavas que estudian en otros colegios para ver quién va a ir y a qué hora nos vemos. Les dije a mis papás que veníamos de compras, que íbamos a ir al cine y después a cenar, porque así se quedan más tranquilos y me dan permiso de salir. Ellos saben que aquí, en *Town Square*, hay seguridad, cámaras y siempre hay mucha gente, entonces sienten que estamos en un lugar seguro. Ahorita estamos esperando a otra amiga y ya de ahí nos vamos a ir caminando a "Anti Social Club" para pasar un buen rato. Casi siempre hacemos eso: primero nos reunimos aquí y cuando ya estamos todas juntas nos vamos al club. Mis papás piensan que seguimos en el centro comercial, pero realmente ya habíamos acordado desde antes encontrarnos aquí para después ir a "Anti Social Club". Aquí es más fácil decirles que vamos a venir porque conocen el lugar y eso les da confianza." (Carol, entrevista, 2025).

El relato de Carol muestra que el centro comercial Town Square Metepec funciona como uno de los principales puntos de encuentro desde los cuales las y los jóvenes organizan sus recorridos nocturnos. Antes de dirigirse a bares, antros o clubes nocturnos, este espacio es utilizado para reunirse, esperar la llegada de amistades y definir colectivamente los desplazamientos que realizarán durante la noche. A partir de estas prácticas, el centro comercial deja de ser únicamente un espacio destinado al consumo para convertirse en un lugar donde se articulan los primeros momentos de la experiencia nocturna juvenil. Desde la propuesta de De Certeau (2000), estos recorridos y formas de apropiación cotidiana muestran cómo el espacio adquiere significado a través de las prácticas de quienes lo habitan.

La percepción de seguridad asociada al centro comercial Town Square Metepec genera entre madres, padres y tutores la confianza suficiente para autorizar la salida de las y los jóvenes,

bajo la idea de que permanecerán en un entorno vigilado y socialmente reconocido. Las y los jóvenes aprovechan esa confianza para organizar sus encuentros e iniciar desde ahí sus recorridos hacia otros espacios de la nocturnidad. La movilidad nocturna aparece, así como el resultado de acuerdos construidos antes de la salida, donde la comunicación entre pares y la negociación con las figuras de autoridad familiar forman parte de un mismo proceso. Aunque la experiencia presentada corresponde a un caso particular, durante el trabajo de campo fue posible identificar dinámicas semejantes en el centro comercial Galerías Metepec y en el centro comercial Pabellón Metepec, donde estos espacios también funcionan como puntos de reunión desde los cuales las y los jóvenes organizan sus desplazamientos y construyen parte de sus recorridos nocturnos.

2.6.1 Música, consumo y elección de espacios nocturnos

La elección de los espacios nocturnos por parte de las y los jóvenes se configura a partir de factores culturales, económicos y relacionales que intervienen en la organización de cada salida. Aspectos como la ubicación, la accesibilidad, las trayectorias previas, las afinidades construidas entre los participantes y las expectativas sobre la noche participan de manera conjunta en la selección de determinados establecimientos. Dentro de este proceso, la música ocupa un lugar central al orientar la identificación con ciertos ambientes, grupos y formas de sociabilidad (Margulis, 1994; Maffesoli, 1990).

Los bares suelen concentrar una oferta musical diversa en la que convergen géneros como banda, cumbia, salsa, reguetón, rock nacional y rock alternativo, además de repertorios construidos a partir de canciones de amplia circulación o actividades como el karaoke. Estas características favorecen espacios donde la conversación, la convivencia prolongada y el encuentro entre grupos adquieren una relevancia particular. La música acompaña la interacción cotidiana y contribuye a la construcción de ambientes que propician la permanencia y el intercambio social.

En los antros, la programación musical se orienta principalmente hacia el baile y la interacción corporal. Predominan géneros como el reguetón en sus distintas temporalidades, desde producciones consideradas *old school* hasta propuestas contemporáneas, así como expresiones vinculadas a la música electrónica de carácter comercial agrupadas comúnmente bajo la categoría EDM (*Electronic Dance Music*). A ello se suman corrientes como la guaracha, el *dembow* y diversas variantes del denominado perreo mexicano. La intensidad sonora y el ritmo participan activamente en la configuración de estos escenarios, influyendo en las formas de ocupación del lugar y en las modalidades de interacción entre los asistentes.

Los clubes nocturnos, por su parte, se inclinan hacia propuestas musicales más especializadas, donde la música electrónica constituye el eje principal de la atmósfera. En estos espacios es posible encontrar géneros como *techno*, *house*, *minimal, tech house* o *hardstyle,* entre otras variantes. La continuidad del set musical, la inmersión sensorial y la permanencia prolongada en la pista de baile adquieren una importancia significativa dentro de la vivencia colectiva. Bajo estas condiciones, la música se convierte en uno de los principales elementos organizadores de la sociabilidad y de las formas de apropiación del espacio.

La selección de un establecimiento también se asocia a las condiciones de consumo disponibles en cada lugar. El tipo de bebidas ofrecidas, los precios, las promociones y las modalidades de venta influyen directamente en la organización de las salidas nocturnas. Estrategias comerciales como descuentos, paquetes promocionales o dinámicas de consumo específicas en determinados días de la semana orientan la afluencia de jóvenes hacia ciertos espacios y participan en la construcción de patrones recurrentes de asistencia.

Las decisiones sobre dónde salir suelen construirse de manera colectiva. La elección de un establecimiento implica negociaciones relacionadas con las preferencias musicales, la disponibilidad económica, las expectativas compartidas y las experiencias previas de los integrantes del grupo. La configuración de los recorridos nocturnos responde así a acuerdos

situados que articulan intereses individuales y decisiones colectivas, dando forma a circuitos de movilidad que conectan distintos espacios a lo largo de la noche.

La elección de los espacios nocturnos por parte de las y los jóvenes evidencia la coexistencia de múltiples formas de participación, apropiación e interacción que se articulan a partir de preferencias musicales, condiciones económicas, trayectorias grupales y expectativas compartidas sobre la experiencia nocturna. Dentro de estos circuitos aparecen bares, antros, clubes nocturnos, reuniones domésticas, encuentros posteriores al cierre de establecimientos y otras configuraciones que forman parte de la experiencia juvenil observada durante el trabajo de campo. La diversidad de espacios disponibles produce recorridos, puntos de encuentro y desplazamientos que conectan distintos escenarios a lo largo de la noche. Comprender cómo se distribuyen estas dinámicas dentro del municipio permite reconocer las zonas de concentración, los nodos de reunión y las trayectorias que estructuran la vida nocturna en Metepec.

2.7 Cartoetnografía de la nocturnidad en Metepec

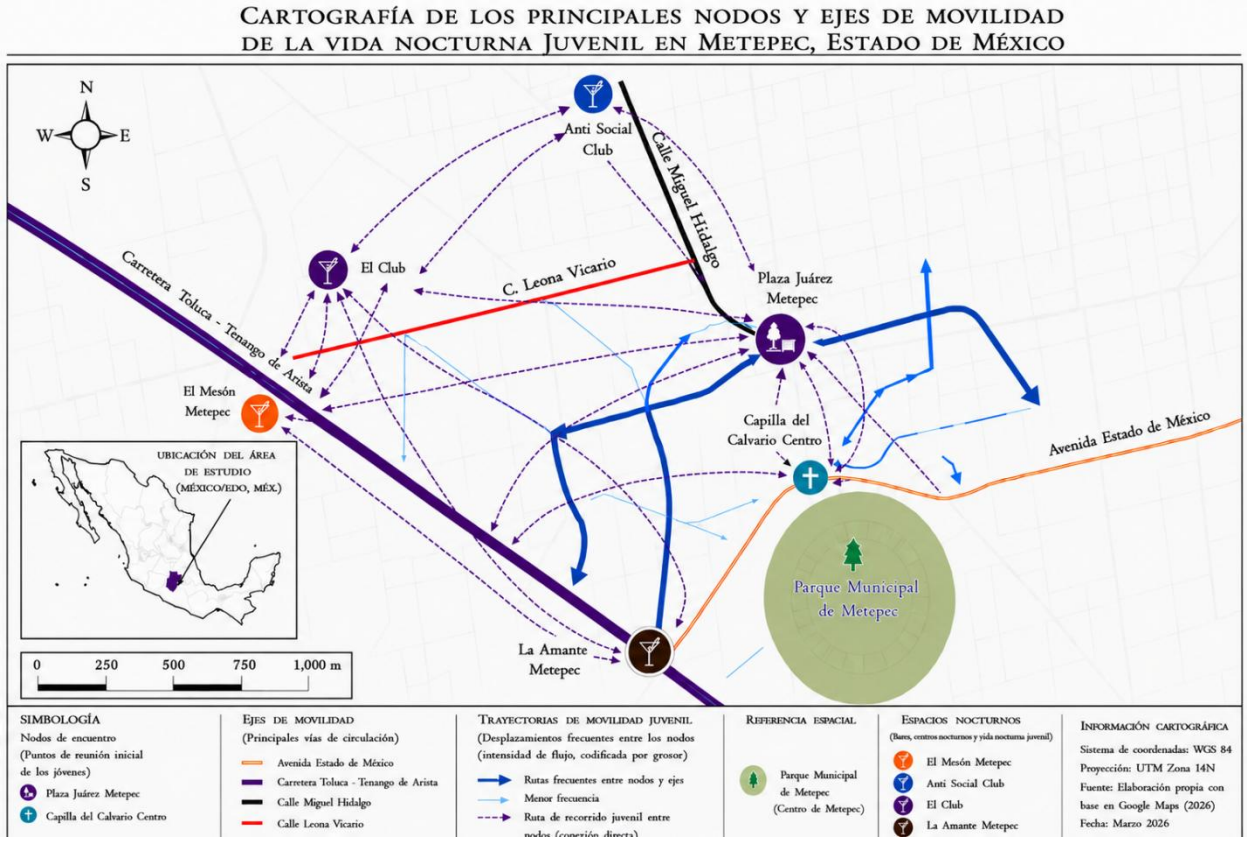
La organización semanal de la vida nocturna en Metepec presenta variaciones tanto en la intensidad de las prácticas recreativas como en la composición de quienes participan y en las formas de interacción que se desarrollan en cada jornada. Aunque la actividad nocturna permanece presente durante toda la semana, es entre jueves y sábado cuando se registra una mayor concentración juvenil y una ocupación más visible de los espacios destinados al ocio. Dentro de esta dinámica, el jueves adquiere una relevancia particular debido a la coincidencia de jóvenes con trayectorias residenciales y formas de movilidad diferenciadas, condición que transforma las dinámicas de circulación, convivencia y apropiación del espacio nocturno. Durante esta jornada convergen jóvenes que residen temporalmente en Metepec por motivos académicos, principalmente en departamentos compartidos, viviendas rentadas o espacios de estancia provisional, junto con habitantes permanentes del municipio y jóvenes provenientes de localidades cercanas.

Para numerosos sectores juveniles, el jueves es vivido como una extensión anticipada del fin de semana, ya que permite prolongar la convivencia antes de que muchos estudiantes regresen a sus lugares de origen al concluir la semana académica. Esta reorganización temporal produce una concentración específica de actores, prácticas y formas de sociabilidad que difícilmente se reproduce con la misma intensidad en otros días de la semana. La composición de quienes participan en la vida nocturna se modifica conforme avanza el fin de semana. Mientras el jueves concentra una presencia importante de estudiantes y jóvenes que mantienen una relación constante con los circuitos nocturnos del municipio, el viernes presenta una dinámica más localizada y el sábado incorpora una concurrencia más heterogénea, integrada tanto por visitantes ocasionales como por actores que se desplazan desde otros municipios del Valle de Toluca. El domingo, en contraste, registra una disminución progresiva en la intensidad de las actividades y en la permanencia dentro de los espacios recreativos. Entre lunes y miércoles, la nocturnidad adopta formas más acotadas, vinculadas a encuentros de menor escala y a prácticas de consumo moderadas que se integran de manera más discreta a la vida cotidiana de ciertos grupos juveniles. Estas variaciones muestran que la vida nocturna constituye una configuración cambiante que responde a los ritmos académicos, laborales y de movilidad que atraviesan la experiencia cotidiana de las y los jóvenes que participan en ella (Melbin, 1978).

Esta estructura temporal adquiere una expresión concreta en el territorio mediante secuencias de encuentro que conectan distintos espacios a lo largo de la noche. En este entramado, la Plaza Juárez y el Calvario funcionan como referencias compartidas desde las cuales comienzan a organizarse los desplazamientos posteriores. En estos espacios tienen lugar los primeros encuentros de la noche, se reúnen grupos de amistades y se definen, modifican o confirman los planes para las horas siguientes conforme llegan más participantes. La experiencia nocturna incorpora estos momentos iniciales de reunión, en los que se construyen acuerdos, expectativas y formas de convivencia que orientan el desarrollo posterior de la salida.

Las escalinatas del Calvario, ubicadas en el Cerro de los Magueyes y que conducen a la Capilla de la Virgen de los Dolores, adquieren características particulares debido a las posibilidades de estancia que ofrece su configuración espacial. La disposición de las escaleras, las áreas verdes y la distribución del cerro permiten que distintos grupos ocupen zonas específicas del lugar, generando puntos reconocibles para quienes lo frecuentan de manera constante. Las y los jóvenes identifican determinados espacios dentro del entorno, los utilizan recurrentemente y establecen referencias compartidas que facilitan el encuentro y la interacción. A través de estas prácticas, el espacio nocturno deja de funcionar únicamente como escenario de tránsito y se incorpora a la experiencia juvenil mediante procesos de apropiación simbólica que producen vínculos, referencias compartidas y formas específicas de habitar la nocturnidad en Metepec (De Certeau, 2000).

Mapa 2. Cartografía de los principales nodos y trayectorias de la nocturnidad juvenil en Metepec, Estado de México.



Fuente: elaboración propia a partir de trabajo de campo y cartografía base de *Google Maps* (2026).

2.7.1 Ritmos temporales y microterritorios de inicio en la configuración de la nocturnidad

La vida nocturna juvenil en Metepec se desarrolla mediante secuencias temporales y espaciales que articulan desplazamientos, encuentros y recorridos colectivos a lo largo de la noche. Entre las siete de la noche y la medianoche se concentra uno de los momentos de mayor actividad, ya que durante este periodo numerosas y numerosos jóvenes comienzan a desplazarse hacia distintos puntos del municipio para reunirse con amistades, conformar los grupos con los que compartirán la noche y coordinar las actividades posteriores. La transición entre las actividades académicas, laborales y recreativas reorganiza progresivamente el tiempo

cotidiano, modifica las formas de apropiación del espacio urbano y habilita condiciones específicas para la sociabilidad nocturna (Melbin, 1978).

Dentro de estas dinámicas de inicio emerge una práctica recurrente entre las y los jóvenes: el precopeo. Estos encuentros previos al desplazamiento hacia antros, clubes nocturnos, conciertos, fiestas o raves suelen desarrollarse en espacios semiprivados y semipúblicos como bares, restaurantes, establecimientos botaneros, viviendas particulares o puntos de reunión cercanos a Plaza Juárez y el Calvario. Más allá del consumo inicial de alcohol, el precopeo funciona como un momento de encuentro en el que se construyen acuerdos, se fortalecen vínculos y se definen colectivamente los recorridos que marcarán el desarrollo posterior de la noche. En estos espacios también se desarrollan procesos de preparación corporal, arreglo personal y coordinación grupal mediante los cuales las y los jóvenes se disponen para participar en las actividades que continuarán más adelante.

Los espacios de precopeo funcionan como puntos iniciales de articulación colectiva donde convergen jóvenes con trayectorias, estilos y formas de interacción diversas. La espera, la conversación, el consumo compartido de bebidas alcohólicas y la llegada progresiva de distintos integrantes del grupo permiten reorganizar continuamente los recorridos y definir los espacios hacia los cuales se dirigirá posteriormente la circulación nocturna. En estos escenarios se privilegia una interacción más flexible y prolongada que facilita la producción de vínculos sociales antes del ingreso a espacios de mayor concentración recreativa. Bares, restaurantes y establecimientos botaneros ubicados en zonas aledañas a Plaza Juárez y el Calvario adquieren una relevancia particular debido a su cercanía con los principales nodos de movilidad juvenil dentro del centro de Metepec. La experiencia de la noche comienza a configurarse desde estos momentos preliminares, mucho antes del ingreso a los principales establecimientos nocturnos, evidenciando que la nocturnidad juvenil se construye progresivamente mediante prácticas, desplazamientos y relaciones sociales que organizan la experiencia colectiva de la noche.

Los casos que se presentan a continuación permiten observar cómo comienzan a organizarse los primeros momentos de la noche entre las y los jóvenes de Metepec. El interés de estos relatos se centra en los encuentros, las esperas, los desplazamientos y el uso temporal de espacios como la Plaza Juárez, las escalinatas del Calvario y el bar La Amante. A partir de estas situaciones es posible reconocer los espacios que funcionan como microterritorios de inicio de la nocturnidad juvenil y los ritmos temporales que acompañan este proceso.

Como señala Susana, estudiante universitaria de 22 años:

"Casi siempre salimos los jueves o los viernes porque en esos días coincide que mi última clase termina a las ocho de la noche. A veces hasta le pregunto al profesor si nos puede dejar salir unos minutos antes para alcanzar a llegar a mi casa. No es tanto por irme antes, sino porque todavía tengo que regresar, bañarme, cambiarme y arreglarme para salir. La verdad sí cambia mucho cómo voy vestida a la escuela y cómo salgo de peda.

De la universidad a mi casa hago como veinte o treinta minutos, aunque a veces depende del tráfico. Ya cuando llego me arreglo un rato y después salgo rumbo a La Amante porque nos queda cerca a casi todos y es mucho más práctico vernos ahí. Mientras voy llegando también empiezan a caer los demás. Unos llegan como a las nueve, otros hasta las nueve y media porque todavía vienen saliendo del trabajo o de la escuela.

Mientras va llegando la bandita empezamos a armar el precopeo. Generalmente pedimos una o dos cervezas, a veces hasta tres, pero más que nada es en lo que caen todos. La verdad, por el grupo de *WhatsApp* casi nunca nos ponemos bien de acuerdo porque unos siguen ocupados, otros no contestan y otros hasta ven el mensaje mucho después. Ya cuando estamos todos aquí es cuando realmente decidimos qué vamos a hacer esa noche. Ahí vemos si nos quedamos un rato, si nos movemos a otro *spot* o si sale algún otro plan.

También depende mucho de cómo andemos de dinero. Si entre todos vemos que con la coperacha sale para una o dos botellas, pues nos lanzamos a un lugar más chido o nos quedamos aquí porque ya sabemos que sí alcanza. Pero cuando de plano nos agarró en curva el dinero hacemos otra cosa. Nos salimos un rato de La Amante, compramos una botella entre todos y armamos el precopeo en las escalinatas del Calvario, que quedan como a cuatro minutos caminando. Ahí nos echamos unos *shots* entre todos mientras cotorreamos un rato.

Tampoco se trata de ponernos súper pedos porque luego ya no nos dejan entrar y el de seguridad se pone medio mamón. Entonces mejor le bajamos tantito, esperamos un rato y regresamos otra vez a La Amante. Ya de ahí sí nos quedamos toda la noche y, si sale otro plan o queremos cambiar de *spot*, ya nos movemos todos juntos. Para mí ahí es cuando realmente sé que la salida se va a poner chicles bomba, porque ya está toda la bandita reunida y desde ahí empieza lo bueno." (Susana, entrevista personal, 2025).

El relato de Susana permite apreciar una de las formas en que las y los jóvenes organizan los primeros momentos de la noche. La reunión con las amistades, la espera y la elección del lugar desde donde continuará la salida muestran que estos espacios funcionan como puntos iniciales de encuentro antes de que los recorridos nocturnos se dirijan hacia otros lugares del municipio. La situación descrita por la entrevistada contrasta con otras formas de organización que también forman parte de la nocturnidad juvenil en Metepec, como se observa en el siguiente relato.

Los primeros momentos de la noche también pueden organizarse de otras maneras. Mientras algunos grupos se reúnen en bares o establecimientos del centro de Metepec, otros utilizan espacios públicos como punto de encuentro antes de decidir hacia dónde continuar la salida. El siguiente relato muestra otra forma de organizar estos primeros recorridos nocturnos.

Estas prácticas suelen desarrollarse en espacios con menor visibilidad dentro del entorno urbano, como las escalinatas del Calvario, áreas verdes, callejones, estacionamientos y otros puntos de reunión que permiten a las y los jóvenes permanecer durante algún tiempo antes de desplazarse hacia otros espacios de la noche. La elección de estos lugares responde, en parte, a la necesidad de evitar la vigilancia relacionada con el consumo de alcohol en la vía pública, por lo que quienes participan permanecen atentos ante la posible presencia de elementos de seguridad pública. Además de responder a limitaciones económicas, estos espacios favorecen formas de convivencia basadas en la improvisación, el encuentro entre pares y la organización colectiva de los recorridos nocturnos. Durante algunas horas, las escalinatas del Calvario y otros puntos de reunión adquieren una función distinta a la que desempeñan durante el día, convirtiéndose en lugares donde las y los jóvenes conviven, consumen bebidas alcohólicas y organizan el desarrollo posterior de la noche.

Víctor, joven de 24 años, relataba la situación de la siguiente manera:

"La neta nosotros casi nunca hacemos el precopeo en un barecillo. Eso ya es más para los fresas. Aunque sí traemos billullo, preferimos juntarnos en la Plaza Juárez o en las escalinatas del Calvario porque ya es costumbre de la banda. Generalmente cuando salgo de la chamba me lanzo directo para Metepunk. Ya sé que poco a poco va cayendo la banda y mientras tanto empezamos a jalar a más raza que anda por ahí. Si vemos unas nenas, pues les empezamos a cotorrear y así poco a poco se va armando más ambiente.

Después pasamos al Oxxo que está por el Calvario, compramos un Tonayán de a cuartito, agua y unos sobres de Tang, casi siempre de tamarindo, para armar una agua loca. Hasta le quitamos la etiqueta a la botella para que parezca que nomás traemos agua y la tira no la haga tanto de pedo.

Ya cuando estamos ahí vamos viendo cómo se mueve la vigilancia. Si en la Plaza Juárez hay mucha tira, nos vamos para las escalinatas del Calvario; y si allá se empieza a juntar la policía o hay mucha vigilancia, mejor regresamos otra vez a la plaza. Ya sabemos más o menos cómo movernos para seguir echando relajo sin meternos en broncas. Cuando ya andamos peditos también le bajamos a la voz y evitamos poner música fuerte porque eso llama luego, luego la atención.

Muchos piensan que hacemos eso porque no traemos dinero, pero la neta no siempre es así; ya es costumbre juntarnos ahí antes de entrar a un antro. Además, una “Cawasaki” aquí en Metepunk, nomás porque es Pueblo Mágico, fácil te la dejan caer en cien pesos. Con lo que cuesta una mejor compramos una botella entre todos y alcanza para más. Ya cuando está toda la banda reunida vemos a cuál antro nos lanzamos; casi siempre nos vamos al que esté entrando más banda porque ya sabemos que ahí va a haber más ambiente y también más nenas." (Víctor, entrevista personal, 2025).

Los relatos de Susana y Víctor muestran que los primeros momentos de la noche se organizan mediante encuentros, esperas y desplazamientos entre distintos puntos del centro de Metepec. La Plaza Juárez, las escalinatas del Calvario y el bar La Amante funcionan como microterritorios de inicio desde los cuales las y los jóvenes organizan el desarrollo posterior de la noche. La circulación constante entre estos espacios permite observar que su importancia no depende únicamente de sus características físicas, sino de las prácticas que allí realizan quienes los habitan temporalmente. En este sentido, los recorridos, las reuniones y las permanencias descritas por ambos interlocutores permiten comprender, desde la propuesta de Michel de Certeau (2000), que el espacio se produce a través de las prácticas cotidianas de quienes lo recorren. Al mismo tiempo, estas dinámicas reflejan la reorganización temporal de la vida urbana planteada por Melbin (1978), ya que durante las primeras horas de la noche estos microterritorios adquieren funciones distintas a las que desempeñan durante el día.

Fotografía 3. Apropiación juvenil nocturna en las escalinatas del Calvario, Metepec.[2]



Fuente: elaboración propia (trabajo de campo, 2025).

[2] *Nota*. Las escalinatas del Calvario constituyen uno de los principales puntos de encuentro durante los primeros momentos de la nocturnidad juvenil en Metepec. La presencia recurrente de grupos de jóvenes permite observar cómo este espacio es utilizado temporalmente para reunirse, esperar la llegada de amistades y organizar los recorridos que continuarán hacia otros lugares de la noche. Estas prácticas hacen de las escalinatas un microterritorio de inicio dentro de la configuración de la nocturnidad juvenil.

2.7.2 Circuitos de concentración nocturna y diferenciación socioespacial

Conforme avanza la noche, los desplazamientos juveniles se orientan hacia corredores con una mayor concentración de bares, antros y establecimientos de ocio nocturno, particularmente sobre la avenida Estado de México y la carretera Toluca-Tenango. Estos ejes reúnen una parte importante de la movilidad nocturna debido a su conectividad con zonas comerciales, instituciones de educación superior y rutas de transporte que facilitan el tránsito entre distintos municipios de la región. La circulación entre espacios responde tanto a la ubicación de los establecimientos como a factores relacionados con las preferencias musicales, las dinámicas grupales, los ambientes que ofrecen y las formas de identificación que las y los jóvenes construyen en torno a determinados lugares.

La cartografía de los principales nodos y corredores de la vida nocturna juvenil en Metepec se construyó a partir del trabajo etnográfico realizado entre 2024 y 2026 y de los recorridos efectuados con las y los interlocutores durante la investigación. Los espacios seleccionados corresponden a lugares recurrentemente frecuentados y mencionados durante el trabajo de campo. Para efectos analíticos, la investigación profundiza en espacios como el bar La Amante, el antro El Mesón, los centros nocturnos El Club y Anti Social Club, así como en departamentos y casas de estudiantes donde se desarrollan *afters* y otros espacios donde se desarrollaron *raves*. De acuerdo con los criterios metodológicos expuestos previamente, los nombres de establecimientos y algunos referentes específicos fueron sustituidos por seudónimos con el propósito de resguardar la identidad de los actores y espacios involucrados, privilegiando el análisis de las prácticas, las relaciones y las formas de sociabilidad que configuran la experiencia nocturna juvenil.

Las diferencias entre los espacios nocturnos no se expresan únicamente en sus características físicas o en los servicios que ofrecen, sino también en las prácticas sociales que se desarrollan en su interior. La música, las formas de vestir, la estética corporal y las maneras

de interactuar contribuyen a la construcción de ambientes diferenciados que orientan la participación de quienes los frecuentan (Bourdieu, 1979; Maffesoli, 1990). Algunos establecimientos concentran públicos atraídos por propuestas musicales comerciales y una alta afluencia de asistentes, mientras otros convocan grupos más específicos vinculados a determinados géneros musicales o formas particulares de convivencia.

La permanencia en determinados espacios se relaciona con los sentidos de afinidad y reconocimiento que las y los jóvenes construyen durante la experiencia nocturna. La música, el ambiente, la estética del lugar, las formas de consumo y las dinámicas de interacción participan en la construcción de vínculos y referencias compartidas que favorecen la identificación con ciertos circuitos recreativos. De esta manera, la nocturnidad juvenil en Metepec se configura como un entramado heterogéneo de espacios, recorridos y relaciones sociales donde convergen distintas formas de experimentar el ocio, la convivencia y la sociabilidad urbana.

2.7.3 La dispersión de la madrugada: espacios alternativos y prolongación de la experiencia nocturna

Conforme algunos establecimientos comienzan a cerrar y disminuye la actividad comercial, parte de la vida nocturna juvenil se desplaza hacia otros espacios de reunión. Para numerosos grupos de jóvenes, el término de la música, el apagado de las luces o la suspensión de la venta de alcohol marcan el inicio de nuevos recorridos que continúan durante la madrugada. En lugar de regresar inmediatamente a sus hogares, algunas y algunos jóvenes se trasladan hacia espacios alternativos donde prolongan la convivencia y organizan nuevas formas de encuentro.

Durante la madrugada cobran relevancia espacios que durante el día cumplen funciones distintas dentro del municipio. Áreas verdes, calles con menor circulación, espacios semiprivados y otros lugares temporalmente ocupados se convierten en puntos de reunión para grupos de jóvenes que buscan prolongar la experiencia nocturna (De Certeau, 2000). Entre estos espacios

destacan reuniones organizadas previamente alrededor de escenas vinculadas con la música electrónica, presentaciones en vivo y encuentros cercanos al *rave*, cuya realización implica procesos de coordinación entre quienes participan.

Uno de los espacios mencionados con mayor frecuencia por las y los interlocutores es el Cerro de los Magueyes, ubicado dentro del parque municipal de Metepec. Aunque el acceso permanece restringido durante la noche, algunos grupos juveniles ingresan de madrugada para reunirse en un entorno alejado de los principales corredores de la vida nocturna del municipio. El ingreso requiere identificar rutas de acceso, acordar puntos de encuentro y reconocer las zonas donde la presencia de vigilancia es menor. Estas condiciones hacen posible permanecer varias horas en el lugar y desarrollar formas de convivencia que difícilmente podrían sostenerse en establecimientos sujetos a horarios de cierre o a una regulación comercial.

En estos encuentros, pequeñas cavidades del terreno, desniveles naturales y áreas arboladas del Cerro de los Magueyes funcionan como puntos de reunión donde las y los jóvenes instalan bocinas portátiles, controladores musicales, iluminación y otros equipos necesarios para realizar el *rave*. Durante algunas horas, estos espacios son utilizados para escuchar música, convivir y permanecer en grupo hasta el amanecer. Con el cierre de bares, antros y otros establecimientos, la actividad nocturna se desplaza hacia escenarios como éste, donde la convivencia continúa durante la madrugada. Tal como plantea Melbin (1978), la ocupación progresiva de este tiempo amplía las posibilidades de interacción y da lugar a nuevas formas de organización de la vida nocturna.

Como comenta Josmar, joven de 23 años:

"Todo empieza desde antes. Hay varios grupos privados en *Facebook* donde empiezan a subir la quedada para el *rave/after*. Como tal no es un *rave* de esos que duran todo un día o hasta más; éste es más para los que todavía quieren seguirla cuando ya cerró todo lo demás.

Primero suben el *flyer* y después hacen una encuesta para ver dónde nos vamos a reunir. Casi siempre ponen varias opciones, pero la mayoría termina escogiendo el Cerro de los Magueyes. Ya que se decide el lugar, la ubicación exacta se manda por privado. Como casi todos nos conocemos y, ya sabemos cómo está el movimiento, no hay bronca de que alguien vaya a pasar la ubicación. Además, nunca nos quedamos en el mismo punto del cerro; cada vez buscamos un lugar diferente.

Desde ahí también acordamos la hora y casi siempre es como a las tres de la mañana. A esa hora ya salieron los que andaban de peda, unos venían de algún antro, otros de una fiesta de casita y otros de donde les agarró la noche. Mientras unos van saliendo, otros pasan rápido a su casa o a su depa por las cosas que van a llevar. Uno lleva la bocina, otro el controlador, otros las luces y otros el chupe. Entre todos nos organizamos para que no falte nada.

Ya cuando todos están listos nos quedamos de ver por la parte de atrás del cerro, porque la entrada principal de las escalinatas del Calvario ya está cerrada y a veces hasta hay vigilancia. Entramos por una parte donde hay una malla medio rota y desde ahí empezamos a subir por los caminos del cerro. Ya conocemos cuáles son las rutas por donde casi no pasa nadie. Buscamos lugares donde hay piedras, desniveles o árboles porque desde ahí casi no se alcanzan a ver las luces y es menos probable que alguien se dé cuenta de la quedada.

Cuando llegamos cada quien empieza a sacar lo que llevó. Conectan la bocina, el controlador, prenden las luces y empieza la música. De ahí ya nos quedamos echando relajo, platicando, bailando y escuchando *techno, house, hardstyle* y otras rolas de música electrónica. Ya cuando sale el sol empezamos a recoger todo y cada quien agarra camino para su casa" (Josmar, entrevista, 2025).

El relato de Josmar muestra que el cierre de bares, antros, centros nocturnos y fiestas particulares marca el inicio de nuevos recorridos hacia espacios donde la convivencia continúa

durante la madrugada. El Cerro de los Magueyes concentra parte de estas dinámicas al convertirse, por algunas horas, en un punto de encuentro para quienes buscan prolongar la experiencia nocturna mediante la música electrónica y la convivencia entre pares. Desde la perspectiva de Melbin (1978), estas prácticas muestran cómo la actividad nocturna se extiende más allá de los horarios establecidos para el entretenimiento comercial y reorganiza los tiempos de encuentro entre las y los jóvenes. A su vez, los recorridos de acceso, la elección del sitio y su ocupación temporal muestran, como propone De Certeau (2000), que el espacio se construye a través de las prácticas de quienes lo recorren y lo hacen suyo durante algunas horas de la madrugada.

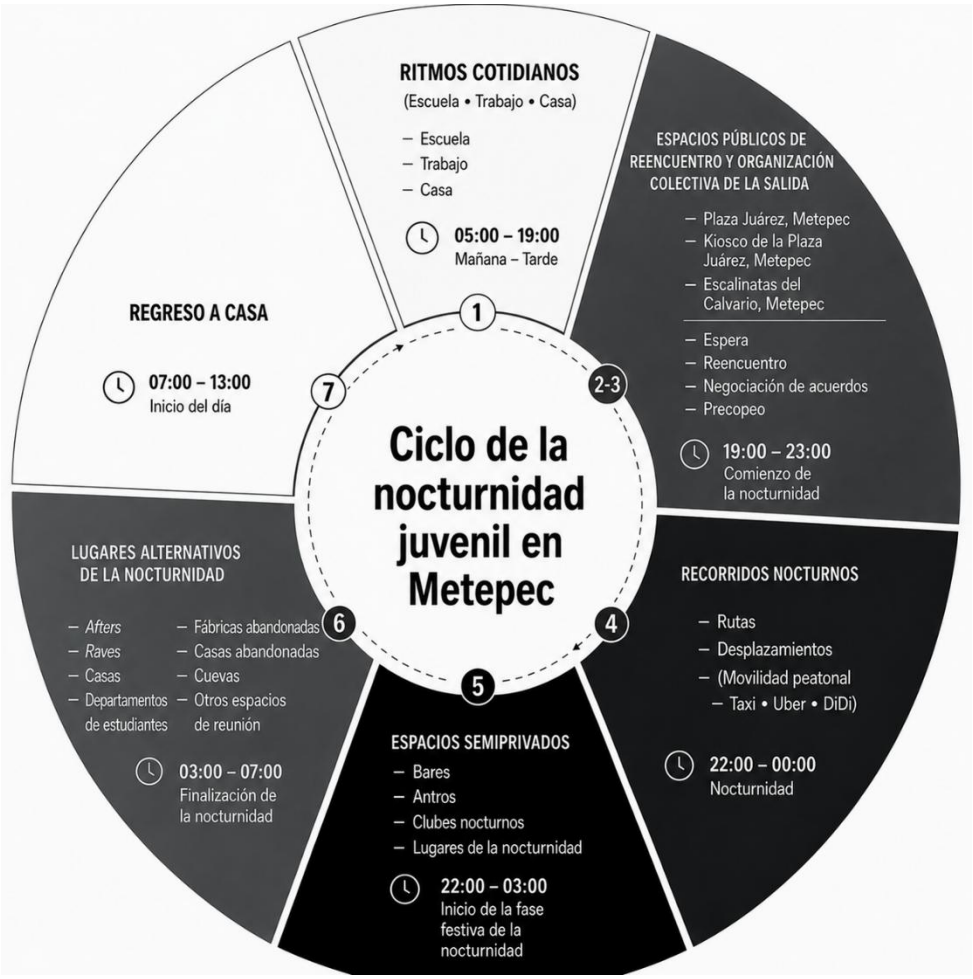
2.7.4 Síntesis del ciclo de la nocturnidad juvenil en Metepec

El recorrido desarrollado a lo largo de este capítulo permite observar que la nocturnidad juvenil en Metepec se configura mediante la articulación de sujetos, espacios y temporalidades que adquieren distintas formas durante el transcurso de la noche. Las observaciones de campo muestran que la experiencia nocturna no se limita al ingreso a un bar, un antro o un club nocturno, sino que comprende los momentos en que los grupos acuerdan reunirse, organizan sus recorridos, ocupan distintos espacios y desarrollan diversas prácticas de sociabilidad. Conforme avanza la noche, estas experiencias pueden conectar espacios públicos, semiprivados y privados y, en algunos casos, prolongarse hacia reuniones durante la madrugada y el posterior regreso al hogar.

A partir de estas observaciones y del diálogo con las aportaciones teóricas abordadas en esta investigación, se propone el “Ciclo de la Nocturnidad” como una herramienta conceptual y analítica para comprender la articulación de estos elementos. El ciclo no plantea una secuencia rígida ni establece horarios determinados, sino que representa momentos recurrentes que pueden variar, prolongarse, interrumpirse o modificarse de acuerdo con los sujetos, sus

decisiones y las condiciones de cada experiencia nocturna. El siguiente diagrama sintetiza esta propuesta a partir del trabajo etnográfico realizado entre 2024 y 2026.

Diagrama 1. Ciclo de la nocturnidad juvenil en Metepec.



Fuente: elaboración propia a partir del trabajo de campo etnográfico (2024–2026).

De esta manera, el ciclo permite analizar cómo las y los jóvenes articulan espacios, temporalidades y prácticas en sus experiencias de nocturnidad lúdica. Se plantea como una guía flexible para ubicar las prácticas dentro de la dinámica nocturna, sin establecer una secuencia obligatoria: algunas, como el precopeo, presentan cierta recurrencia temporal, mientras que otras, como el bajón, surgen de acuerdo con las circunstancias de la noche.

Capítulo III. Etnografía de cuatro espacios de la nocturnidad en Metepec

3.1 Espacios nocturnos y configuraciones de la nocturnidad juvenil en Metepec

Las y los jóvenes participan en la configuración de la nocturnidad en Metepec mediante recorridos, encuentros y formas de interacción que transforman continuamente los espacios urbanos donde transitan. En este sentido, la presente investigación analiza distintos espacios nocturnos que forman parte de las dinámicas contemporáneas de sociabilidad juvenil, considerando escenarios públicos, privados, semipúblicos y semiprivados donde se producen formas específicas de convivencia, consumo, corporalidad y apropiación del espacio. Estas configuraciones nocturnas fueron registradas etnográficamente a partir de observaciones, recorridos y entrevistas realizadas durante el trabajo de campo, lo que permitió identificar la manera en que las juventudes producen territorialidades temporales dentro de la noche metepequense (Lefebvre, 1974/2013).

El conjunto de espacios analizados no agota la diversidad de escenarios que forman parte de la vida nocturna en Metepec. Muchos de estos lugares continúan presentes y mantienen una participación dentro de las dinámicas nocturnas observadas durante el periodo de investigación. El propósito de este capítulo consiste en comprender las formas mediante las cuales las y los jóvenes construyen recorridos, relaciones y experiencias dentro de distintos espacios urbanos. Los establecimientos y algunos referentes específicos mencionados a lo largo de la investigación fueron sustituidos por seudónimos de acuerdo con los criterios metodológicos expuestos previamente. Esta decisión responde a la necesidad de resguardar la identidad de los espacios y actores involucrados sin afectar el análisis de las prácticas sociales que configuran la experiencia nocturna.

Antes de abordar los casos etnográficos específicos, resulta pertinente presentar las características generales de algunos de los espacios nocturnos más representativos dentro de los circuitos juveniles observados en el municipio. El análisis inicia con aquellos espacios

asociados a formas más institucionalizadas y comercializadas de entretenimiento nocturno, particularmente el bar, el antro y el club nocturno, debido a que constituyen algunos de los principales escenarios de sociabilidad juvenil dentro de los corredores nocturnos de Metepec. Posteriormente, la atención se dirige hacia configuraciones más flexibles de la nocturnidad, como el *after* y el *rave*, donde las y los jóvenes producen formas distintas de apropiación espacial y temporal que rebasan ciertos marcos institucionales de regulación.

Una parte importante de estas experiencias se articula alrededor de la fiesta como espacio de encuentro, convivencia y producción colectiva de experiencias juveniles. Sin embargo, la nocturnidad contemporánea incorpora también otras expresiones musicales y culturales como la tocada, el concierto y los festivales culturales, escenarios donde las juventudes construyen vínculos sociales, identificaciones colectivas y formas particulares de uso del espacio nocturno. Cada uno de estos ámbitos configura maneras diferenciadas de vivir la noche, relacionarse con otros y experimentar la ciudad desde temporalidades, corporalidades y prácticas diversas que permiten comprender la complejidad de la nocturnidad juvenil contemporánea en Metepec (Maffesoli, 1990).

3.2 Configuraciones de sociabilidad en el bar

El bar constituye uno de los espacios de sociabilidad más representativos de la vida nocturna contemporánea. Aunque actualmente suele asociarse al consumo de bebidas alcohólicas y al entretenimiento, sus antecedentes pueden rastrearse en establecimientos destinados al encuentro, la convivencia y la construcción de vínculos sociales. Espacios como la taberna, ampliamente difundida en distintas ciudades europeas desde la Edad Moderna, los cafés que adquirieron relevancia durante los siglos XVIII y XIX, y posteriormente el pub como una de las expresiones características de la sociabilidad urbana contemporánea, funcionaron como escenarios donde individuos y grupos desarrollaban relaciones de amistad, intercambiaban información y construían formas de organización colectiva. Bajo esta perspectiva, el bar

contemporáneo puede comprenderse como el resultado de una transformación histórica que se consolidó entre finales del siglo XIX y el transcurso del siglo XX, periodo en el que distintas formas de reunión urbana fueron adquiriendo características asociadas al ocio, el entretenimiento y la convivencia cotidiana, sin perder su función como espacios de interacción social (Homobono, 2000).

La relevancia de estos establecimientos radica en su capacidad para generar formas de socialidad. Maffesoli (1990) señala que los espacios de encuentro cotidiano favorecen la construcción de vínculos afectivos y sentimientos de pertenencia a partir de experiencias compartidas. El consumo de bebidas funciona como un elemento que acompaña y facilita la interacción, pero no constituye necesariamente el núcleo de la experiencia. Lo que adquiere centralidad son las relaciones sociales que se construyen alrededor de la convivencia, la conversación y el encuentro entre quienes comparten el espacio.

Los bares ocupan además una posición particular dentro de la estructura urbana. Diversas investigaciones han mostrado que funcionan como espacios intermedios entre la esfera privada y el espacio público, permitiendo que los individuos establezcan relaciones fuera de los ámbitos domésticos y laborales. En ellos se fortalecen redes de amistad, circula información, se construyen identificaciones colectivas y se desarrollan formas cotidianas de pertenencia social. Su importancia se encuentra menos en los bienes que comercializan que en las experiencias de interacción que posibilitan.

Esta condición adquiere una relevancia especial durante la noche. Desde finales del siglo XX y durante las primeras décadas del siglo XXI, los bares han mantenido su importancia como espacios de encuentro dentro de ciudades cada vez más orientadas por dinámicas de consumo, movilidad acelerada y especialización de los usos urbanos. En este contexto, Syms (2006) plantea que el bar constituye uno de los espacios donde la ciudad conserva márgenes de espontaneidad frente a la racionalidad que organiza gran parte de la vida cotidiana.

Conversaciones prolongadas, encuentros inesperados y formas de convivencia menos estructuradas encuentran en estos establecimientos un espacio propicio para desarrollarse. El bar aparece, así como un escenario donde la interacción cotidiana continúa ocupando un lugar central dentro de la experiencia urbana nocturna.

Dentro de la nocturnidad juvenil, el bar presenta características que lo distinguen de otros espacios recreativos. Mientras que en el antro gran parte de la interacción suele organizarse alrededor del baile, la corporalidad y las dinámicas de ligue, en el bar la conversación mantiene un papel predominante. La comunicación verbal favorece el intercambio de experiencias, opiniones, emociones y proyectos compartidos. La música participa activamente en la construcción del ambiente, pero generalmente funciona como acompañamiento de la convivencia y no como el eje exclusivo de la interacción.

La apropiación juvenil de estos espacios se encuentra estrechamente relacionada con los gustos musicales, las trayectorias biográficas y las formas de identificación colectiva construidas por quienes los frecuentan. La música opera como un recurso mediante el cual los individuos establecen afinidades, construyen pertenencias y diferencian estilos de vida. Cada establecimiento produce condiciones particulares de sociabilidad que influyen en las dinámicas de interacción desarrolladas por sus asistentes (Maffesoli, 1990).

La diversidad de bares existentes evidencia que esta categoría dista de constituir una realidad homogénea. Algunos establecimientos se encuentran vinculados a géneros regionales como banda, norteño, mariachi o corridos, donde la música favorece formas de integración colectiva mediante el canto compartido, la evocación de experiencias afectivas y la reafirmación de referentes culturales comunes. Otros privilegian géneros comerciales asociados al pop y a distintas expresiones de la música contemporánea, generando espacios donde la conversación, el ligue y el baile ligero adquieren mayor relevancia. Existen también bares orientados al rock, donde las afinidades musicales, las referencias culturales compartidas y las presentaciones en

vivo producen formas específicas de pertenencia. A ello se suman establecimientos vinculados con propuestas alternativas y música electrónica, así como espacios híbridos que combinan elementos de cantina, mezcalería, terraza urbana o bar temático, configurando experiencias nocturnas diversas que difícilmente pueden agruparse bajo una sola categoría.

La clasificación desarrollada en esta investigación no responde a una lógica jerárquica donde determinados espacios posean mayor importancia que otros. Cada establecimiento participa de manera distinta en la construcción de la nocturnidad juvenil, generando formas particulares de sociabilidad, apropiación espacial y experiencia nocturna. El orden expositivo adoptado responde a una estrategia analítica que parte de categorías amplias para avanzar progresivamente hacia configuraciones más específicas de la vida nocturna.

El bar constituye un punto de partida pertinente debido a su carácter flexible y heterogéneo. A diferencia de otros espacios orientados hacia prácticas más especializadas, suele congregar actores sociales con trayectorias, edades y adscripciones culturales diversas. Jóvenes universitarios, trabajadores, adultos y distintos tipos de noctámbulos pueden coincidir dentro de un mismo establecimiento, produciendo dinámicas de interacción que rara vez aparecen en espacios más segmentados. Esta condición lo convierte en un escenario privilegiado para observar la diversidad de formas mediante las cuales se experimenta la noche.

El análisis de los bares permite comprender cómo distintos actores construyen vínculos, negocian identidades y producen formas específicas de apropiación del espacio urbano nocturno. También permite observar la manera en que estos establecimientos se articulan dentro de una geografía nocturna distribuida en calles, avenidas, corredores comerciales y distintos puntos del municipio. Algunos espacios adquieren especial relevancia debido a la convergencia de propuestas musicales, estéticas y formas de sociabilidad que reúnen en un mismo lugar. Tal es el caso de La “Amante”, establecimiento que permite observar cómo múltiples experiencias nocturnas pueden coexistir dentro de un mismo espacio.

3.2.1 La “Amante”

La “Amante” es un establecimiento ubicado sobre la avenida Estado de México, una de las principales vías de acceso hacia la zona centro de Metepec. Su localización le permite captar flujos de movilidad provenientes de distintos puntos del municipio y de localidades vecinas, por lo que es frecuentado por jóvenes, trabajadores, estudiantes universitarios y otros actores noctámbulos que buscan espacios de convivencia, entretenimiento y descanso después de las actividades cotidianas.

A diferencia de otros establecimientos orientados a públicos o géneros musicales específicos, La “Amante” presenta una configuración híbrida que combina elementos de la cantina tradicional mexicana, el bar contemporáneo y los espacios de música en vivo. Esta característica favorece la concurrencia de personas con trayectorias, edades y estilos de vida diversos, generando un ambiente donde coinciden distintas formas de relación y convivencia.

Fotografía 4. Interior y fachada del bar La “Amante”, Metepec.



Fuente: elaboración propia (trabajo de campo, 2024).

La apropiación simbólica del establecimiento puede observarse en los significados y formas de identificación que las y los jóvenes construyen en torno al espacio. Entre quienes lo

frecuentan, La “Amante” suele asociarse con experiencias de convivencia, pertenencia y familiaridad que fortalecen el vínculo con el lugar. Para algunos asistentes, estos vínculos también se construyen a partir de recuerdos familiares y de la música con la que crecieron. Como señala Alex, estudiante universitario de 25 años:

"La neta, La “Amante” es mi lugar seguro. La música que ponen me hace sentir más cerca del rancho de dónde vengo. Cuando estaba más morrillo, mi jefe me llevaba a chambear al campo y siempre se llevaba su radio. Ahí ponía canciones de Chente Fernández, de Antonio Aguilar y de otros de los meros, meros. He ido a otros antros y, la neta, no me identifico; no me gusta la vibra que tienen porque ponen pura música chacal, como reguetón y así. Cuando vengo con los demás chavales nos gusta más jugar baraja, fumar y escuchar corridos de los viejones. Venir aquí me recuerda mis raíces y esos tiempos cuando me iba a chambear con mi jefe. Por eso me gusta mucho La “Amante”. La neta, está bien chicles bombas" (Alex, entrevista, 2025).

El testimonio de Alex muestra que La “Amante” adquiere un significado que rebasa la convivencia cotidiana dentro del establecimiento. La expresión “lugar seguro” sintetiza una experiencia construida a partir de la familiaridad con el espacio, la presencia de amistades y los recuerdos asociados a la música regional mexicana. Las canciones que escucha en el bar evocan experiencias compartidas con su familia durante las jornadas de trabajo en el campo, al tiempo que fortalecen el vínculo con su lugar de origen. La preferencia por este establecimiento también se relaciona con la posibilidad de convivir con personas que comparten gustos musicales y formas similares de experimentar la noche. Estas características permiten comprender a La “Amante” como un espacio de encuentro donde la música, la memoria y la convivencia favorecen la construcción de relaciones sociales que trascienden los ámbitos domésticos, académicos o laborales (Oldenburg, 1999).

Durante las observaciones realizadas en distintos días de la semana fue posible identificar una importante presencia de bebidas asociadas al consumo compartido. Entre las más

solicitadas destacan las cubetas de cerveza, los cantaritos preparados con tequila y cítricos, las micheladas, los mojitos y diversas mezclas servidas en recipientes de gran tamaño conocidos localmente como “tritones”. Estos últimos consisten en envases plásticos de gran capacidad que contienen combinaciones de cerveza, destilados, jugos, refrescos y otros ingredientes diseñados para ser compartidos entre varias personas. Su consumo suele acompañar las conversaciones grupales y prolongar la permanencia dentro del establecimiento, favoreciendo formas de convivencia construidas alrededor del intercambio y la interacción constante.

Uno de los rasgos más distintivos de La “Amante” es el volumen moderado de la música. A diferencia de los antros, donde la intensidad sonora suele dificultar la conversación prolongada, aquí el sonido se mantiene en niveles que permiten hablar sin necesidad de elevar constantemente la voz. Esta condición favorece encuentros centrados en la conversación y propicia un ambiente frecuentado por grupos de amistades, parejas y conocidos.

La programación musical incorpora grupos versátiles, bandas en vivo, karaoke, DJ, imitadores y repertorios que incluyen música regional mexicana, rock, cumbia, reggaetón y música electrónica. Esta variedad amplía las posibilidades de participación dentro del espacio y permite que el baile aparezca junto a otras formas de convivencia. En muchos casos, la pista se convierte en un punto de acercamiento entre asistentes que alternan constantemente entre bailar, conversar y desplazarse por distintas áreas del establecimiento.

Durante los jueves y viernes, particularmente al inicio de la noche, las mesas suelen ocuparse rápidamente conforme llegan grupos de amistades, parejas y asistentes habituales. En el establecimiento convergen actores de edades diversas, desde jóvenes mayores de edad hasta personas que rondan los cincuenta años, condición que contribuye a la construcción de un ambiente heterogéneo poco frecuente en otros espacios nocturnos más segmentados. Mientras algunas personas permanecen sentadas conversando y compartiendo bebidas, otras se desplazan entre la barra, las mesas y la pista de baile. También es común que ciertos grupos

opten por permanecer en la terraza, donde el volumen de la música permite mantener conversaciones más prolongadas y facilita formas de convivencia más íntimas. Cuando se interpretan canciones ampliamente conocidas, algunos asistentes acompañan la música con aplausos, coros y expresiones colectivas que involucran a personas de distintas edades y trayectorias. Estas dinámicas producen un ambiente caracterizado por el tránsito constante entre la conversación, el consumo y el baile, configurando formas de convivencia que se transforman conforme avanza la noche.

Entre las prácticas observadas destaca el ligue como una forma recurrente de acercamiento entre jóvenes. El baile, el intercambio de miradas, los comentarios espontáneos, la solicitud de un encendedor, un cigarro o incluso pedir la hora suelen utilizarse como recursos iniciales para entablar contacto con personas desconocidas. También es común que algunas personas envíen una cerveza, una flor u otro pequeño obsequio como una forma de manifestar interés e iniciar una interacción. Estas formas de acercamiento también se expresan en las estrategias que algunas jóvenes emplean para iniciar una conversación con alguien que les resulta atractivo. Como señala Jaqueline, estudiante universitaria de 22 años:

"Normalmente cuando llegamos a La “Amante” con las amigas, primero pedimos una cubeta de chelas y ya de ahí vemos quién va llegando o en qué mesa hay algún chavo que nos llame la atención. No todas mis amigas son aventadas; algunas son más penosas, pero yo casi siempre me animo. A mí me gustan los que están altos y que tienen muchos tatuajes. Si alguno me late, primero le echo unas miradas para ver si también me está viendo. A veces él me habla primero y otras veces soy yo la que da el primer paso. Si de plano se me hace muy guapo, hasta le mando una chela con algún mesero o mesera. Hay unos que me la regresan y ya con eso entiendes que también hay interés. Después, cuando el DJ o el animador reparten *shots* o invitan a la gente a pasar a la pista o al karaoke, ya es más fácil que nos veamos de frente y empecemos a platicar. Ahí nos presentamos, empezamos a conocernos y, si hay química, luego luego nos

damos unos piquitos y seguimos conviviendo durante la noche. Ya si pasa algo más, pues ya coroné" (Jaqueline, entrevista, 2025).

El testimonio de Jaqueline muestra que el ligue constituye una práctica cotidiana dentro de la experiencia nocturna de algunas y algunos jóvenes que frecuentan La “Amante”. El intercambio de miradas, el envío de una cerveza y la participación en las actividades organizadas por el establecimiento aparecen como recursos que facilitan el acercamiento inicial y favorecen la interacción entre personas que no se conocen. A medida que avanza la convivencia, la conversación permite identificar afinidades y genera condiciones para que el contacto continúe durante el resto de la noche. En este proceso, el ligue se desarrolla de manera situada, dependiendo de las respuestas, el interés mutuo y las dinámicas que surgen en cada encuentro. Estas prácticas forman parte de las formas de sociabilidad que se construyen en el establecimiento y muestran cómo la convivencia nocturna también propicia la creación de vínculos afectivos que pueden limitarse al tiempo compartido dentro del bar o extenderse más allá de ese espacio.

La relevancia de La “Amante” también se relaciona con su ubicación. Su cercanía con importantes vialidades y con diversas instituciones de educación superior facilita el acceso de estudiantes provenientes de distintos puntos de Metepec y del Valle de Toluca. La presencia constante de jóvenes con trayectorias residenciales, académicas y laborales diversas convierte al establecimiento en un punto de encuentro donde confluyen experiencias que difícilmente coincidirían en otros ámbitos de la vida cotidiana. Esta condición explica su presencia recurrente dentro de los recorridos nocturnos identificados durante el trabajo de campo y su importancia como espacio de convivencia dentro de la nocturnidad juvenil en Metepec.

3.3 El antro como espacio de deseo y espectáculo

Hablar del antro implica reconocer que no se trata únicamente de un establecimiento destinado al entretenimiento nocturno. Además de su función recreativa, constituye un espacio social donde se articulan formas específicas de interacción, consumo, corporalidad y reconocimiento entre pares. Su importancia radica en que permite observar cómo las juventudes construyen experiencias vinculadas con la diversión, la pertenencia grupal, el deseo y la visibilidad dentro de la vida nocturna contemporánea.

La revisión bibliográfica realizada para esta investigación permitió identificar que el término antro posee una importante carga histórica dentro del contexto mexicano. Desde el Porfiriato y hasta buena parte del siglo XX, fue utilizado para designar espacios asociados al consumo de alcohol, el erotismo, la prostitución y otras prácticas consideradas transgresoras frente al orden moral dominante (Pulido Llano, 2018). De esta manera, el antro ocupó un lugar ambiguo dentro del imaginario social, situado entre la atracción y el estigma.

Los antecedentes del antro contemporáneo pueden rastrearse en espacios nocturnos como la taberna, el cabaret, los centros nocturnos y posteriormente las discotecas. Entre ellos, el cabaret desempeñó un papel particularmente relevante al constituirse como un escenario donde convergían música, baile, espectáculo y convivencia nocturna. Su influencia trascendió los propios establecimientos y se extendió hacia el cine, la radio y la música popular, convirtiéndose en un referente ampliamente difundido dentro de la cultura urbana mexicana.

Durante gran parte del siglo XX, las películas de rumberas contribuyeron a consolidar una imagen del cabaret como espacio asociado al erotismo, la música, el alcohol y el conflicto social. Del mismo modo, canciones como “Amor de Cabaret”, difundida por la Sonora Santanera durante la década de 1960, muestran cómo estos espacios fueron incorporados al imaginario colectivo mexicano. Como señala García Canclini (1990), la cultura de masas posee la capacidad de reproducir y resignificar espacios urbanos, transformándolos en referentes simbólicos que

permanecen en la memoria colectiva incluso cuando sus formas materiales cambian o desaparecen.

Las transformaciones urbanas, tecnológicas y culturales ocurridas durante la segunda mitad del siglo XX modificaron profundamente estas formas de entretenimiento. La expansión de la cultura de masas, el crecimiento urbano y el desarrollo de nuevas tecnologías de reproducción sonora favorecieron la consolidación de las discotecas, espacios donde la experiencia nocturna comenzó a organizarse alrededor de la música grabada, la pista de baile y el entretenimiento juvenil. En este proceso, las agrupaciones musicales fueron cediendo protagonismo a la figura del DJ, quien adquirió un papel central en la producción de ambientes nocturnos.

Una transformación significativa ocurrió durante la década de 1990. De acuerdo con Melgar Bao (1999), el término antro experimentó una resemantización dentro del contexto mexicano. Mientras que anteriormente designaba lugares asociados con el peligro o la desviación moral, comenzó a utilizarse para referirse a espacios destinados principalmente a la diversión juvenil y a la vida nocturna. Bajo esta nueva lógica, “ir de antro” pasó a formar parte de las prácticas recreativas de amplios sectores juveniles urbanos.

A diferencia de lo que ocurre en muchos bares, donde la conversación ocupa un lugar central, gran parte de la experiencia del antro se organiza a través del cuerpo. La música, el baile, la apariencia física y la proximidad corporal adquieren una importancia fundamental en las formas de interacción que se desarrollan dentro de estos espacios. El cuerpo se convierte en un recurso mediante el cual se expresan gustos musicales, estilos de vida, afinidades grupales y formas de identificación juvenil. Desde esta perspectiva, el cuerpo no constituye únicamente un soporte biológico de la experiencia, sino también un medio de comunicación social a través del cual los individuos producen significados, construyen vínculos y participan en formas culturalmente situadas de interacción (Le Breton, 2002).

En este contexto, el baile trasciende su dimensión recreativa para convertirse en un mecanismo de acercamiento interpersonal. La ocupación compartida de la pista, el intercambio de miradas, los movimientos corporales y la cercanía física facilitan formas de comunicación que no dependen exclusivamente de la palabra. Por esta razón, el baile constituye uno de los principales medios a través de los cuales se construyen vínculos y se generan interacciones dentro del antro.

Vinculado a estas dinámicas aparece el ligue como una de las prácticas más frecuentes dentro de estos establecimientos. La búsqueda de encuentros afectivos, sexuales o recreativos forma parte de las expectativas de numerosos asistentes; sin embargo, el ligue no se limita a la posibilidad de establecer una relación sentimental. También representa una forma de exploración social mediante la cual se construyen contactos, afinidades y experiencias compartidas cuya duración puede variar considerablemente.

El deseo ocupa un lugar importante dentro de estas dinámicas. No se expresa únicamente en la búsqueda de una pareja potencial, sino también en la necesidad de reconocimiento, aceptación e integración dentro de determinados grupos. La apariencia física, la vestimenta, el desempeño en el baile y la capacidad para desenvolverse dentro del ambiente nocturno participan activamente en estos procesos de interacción y valoración mutua.

Al mismo tiempo, los antros constituyen escenarios donde el espectáculo forma parte de la experiencia colectiva. La iluminación, las pantallas, los efectos visuales, la música en vivo y grabada, las presentaciones especiales y las intervenciones de DJ o animadores producen ambientes diseñados para captar la atención de los asistentes y generar experiencias intensas. La participación en estos espacios implica tanto observar cómo ser observado, condición que otorga visibilidad a los cuerpos y convierte la presencia dentro del lugar en un elemento significativo de la experiencia nocturna.

La experiencia del antro también se encuentra atravesada por mecanismos de diferenciación social. La vestimenta, el consumo de determinadas bebidas, las reservaciones, las zonas VIP y diversos criterios de acceso funcionan como recursos de reconocimiento y distinción. De esta manera, estos espacios no sólo organizan formas de entretenimiento, sino que también reproducen jerarquías simbólicas vinculadas al consumo, la apariencia y el estatus social (Bourdieu, 1979).

Las investigaciones sobre nocturnidad juvenil han mostrado que la experiencia recreativa rara vez se desarrolla dentro de un único establecimiento. Muchos jóvenes construyen recorridos que conectan distintos espacios a lo largo de una misma noche, práctica conocida como antrear. Estos desplazamientos permiten observar que la vida nocturna se estructura mediante circuitos urbanos compuestos por múltiples escenarios de encuentro, consumo y convivencia.

En Metepec, los antros forman parte de una red de espacios distribuidos en corredores comerciales, plazas y vialidades estratégicas. Sus dinámicas se orientan principalmente hacia juventudes universitarias y jóvenes procedentes de distintos municipios del Valle de Toluca. Promociones, eventos temáticos, barras libres y estrategias de mercadotecnia buscan atraer públicos específicos, mientras géneros musicales como el reguetón, la guaracha, la música electrónica y el pop contribuyen a producir ambientes diferenciados.

No todos los antros generan las mismas experiencias ni construyen idénticos significados alrededor de la vida nocturna. Algunos privilegian formas convencionales de entretenimiento centradas en la música y el consumo, mientras otros incorporan recursos simbólicos, estéticos y performativos que transforman de manera significativa la experiencia de quienes los frecuentan. Estas diferencias permiten comprender por qué ciertos establecimientos adquieren una presencia particular dentro de los circuitos juveniles y generan procesos de identificación que trascienden su función comercial.

Dentro de esta diversidad de configuraciones nocturnas, El “Mesón” constituye un caso especialmente relevante para la presente investigación. Su importancia radica en la manera en que articula propuestas musicales, recursos performativos y formas de interacción que han contribuido a posicionarlo como uno de los espacios más reconocidos dentro de la vida nocturna metepequense. El análisis de este establecimiento permitirá observar cómo las dinámicas descritas en este apartado adquieren una expresión concreta en las experiencias, prácticas y significados construidos por quienes participan activamente en la vida nocturna del municipio.

3.3.1 El “Mesón”

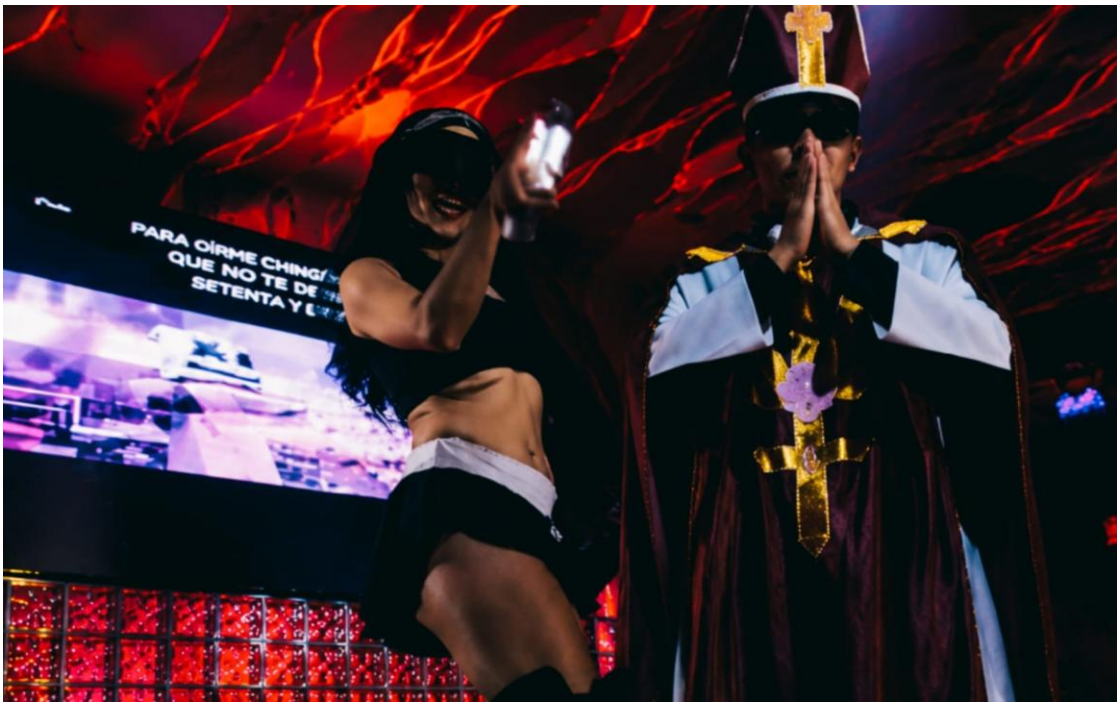
El “Mesón” es un antro ubicado en el centro comercial Pabellón Metepec, uno de los complejos comerciales más importantes del municipio. Su localización sobre la carretera Toluca-Tenango, una de las vialidades con mayor flujo vehicular de la región, le otorga una posición estratégica dentro de la configuración nocturna local. La cercanía con diversas instituciones de educación superior, así como la facilidad de acceso desde distintos puntos del Valle de Toluca, favorecen que una parte importante de sus asistentes esté conformada por jóvenes universitarios, estudiantes foráneos y grupos juveniles provenientes tanto de Metepec como de municipios aledaños. Esta condición convierte al establecimiento en un punto de encuentro donde convergen trayectorias, estilos de vida y formas diversas de experimentar la noche.

A pesar de su reciente apertura, el espacio logró posicionarse rápidamente dentro de los circuitos juveniles de entretenimiento gracias a su presencia constante en redes sociales, sus estrategias de mercadotecnia digital y la construcción de una identidad fácilmente reconocible entre los jóvenes que participan en la vida nocturna del municipio. Las imágenes, videos y publicaciones que circulan en plataformas digitales forman parte de los mecanismos mediante los cuales el establecimiento mantiene visibilidad y atrae nuevos asistentes.

Uno de los aspectos más relevantes de El “Mesón” es la construcción de una narrativa propia que ha contribuido a posicionarlo dentro del imaginario juvenil como “La Catedral del

Perreo". Esta denominación organiza buena parte de las expectativas que acompañan la visita al lugar y aparece de manera recurrente en las conversaciones, publicaciones y referencias de quienes lo frecuentan. La apropiación de símbolos y referencias religiosas dentro de un contexto festivo produce una combinación llamativa para los asistentes, articulando elementos asociados a la solemnidad con prácticas vinculadas al baile, el deseo y el entretenimiento nocturno.

Fotografía 5. Performance nocturno en El Mesón, "La iglesia del Perreo".[3]



Fuente: elaboración propia (trabajo de campo, 2025)

La puesta en escena desarrollada por el establecimiento constituye uno de los rasgos más visibles de esta propuesta. Durante determinados momentos de la noche aparecen *gogó*

[3] *Nota*. La imagen muestra una de las intervenciones performativas realizadas durante la noche en El "Mesón". La presencia de "gogó dancers" caracterizados con elementos inspirados en figuras religiosas forma parte de la propuesta escénica del establecimiento, donde el espectáculo, la música y la interacción con el público contribuyen a la construcción de una experiencia nocturna basada en el entretenimiento y la producción de ambientes festivos.

dancers[4] y *performers*[5] que interactúan con el público mediante coreografías, dinámicas corporales y espectáculos visuales diseñados para intensificar el ambiente.

Algunos de estos actores utilizan vestuarios inspirados en figuras religiosas como monjas o sacerdotes, generando una estética donde convergen teatralidad, erotización y espectáculo. Estas intervenciones forman parte de la dinámica habitual del lugar y contribuyen a producir momentos de alta concentración de atención por parte del público.

Estos elementos permiten observar procesos de resignificación simbólica que adquieren sentido dentro de las prácticas de ocio y entretenimiento desarrolladas en el establecimiento. Las referencias religiosas funcionan como recursos visuales que producen sorpresa, expectativa y conversación entre las y los asistentes, al tiempo que contribuyen a la construcción de una identidad propia para El “Mesón” dentro de los circuitos nocturnos juveniles de Metepec. Estas intervenciones forman parte de los aspectos que con mayor frecuencia recuerdan quienes asisten al lugar. Como señala Berenice, estudiante universitaria de 22 años:

"Yo empecé a salir de peda desde los diecisiete años y, en mi corta vida, he ido a varios antros de aquí en Metepec. Hay algunos donde te piden gastar un buen de dinero, una compra mínima para entrar o hacer una reservación para que te den una mesa. La neta, al final casi todos ofrecen lo mismo: ponen música, está el DJ, el animador y ya. Desde que abrió El “Mesón” me gustó mucho más venir aquí porque siempre hay algo diferente. Para mí es de los mejores antros. Me encanta venir con mis amigas porque desde la primera vez que vinimos vimos que salen muchachones y se empiezan a encuerar. La temática que traen está interesante porque

[4] Bailarines escénicos que ambientan la noche a través del cuerpo, el baile y la expresión del deseo en dinámica con la música o la temática del lugar.

[5] Artistas escénicos que intervienen el espacio nocturno mediante el baile, la actuación, la acrobacia u otras disciplinas del espectáculo.

vienen vestidos de sacerdotes y cuando empieza el show nos emocionamos muchísimo. Entre nosotras empezamos a echarnos relajo y luego salen los comentarios de: 'súbete con él a perrear' o 've a que te dé un *shot* arriba de la barra'. También ponen reguetón de la vieja escuela, que es el que más nos gusta. Desde que llegamos ya andamos echando relajo, riéndonos y el ambiente se pone muy chido. Por eso, cada que se arma salir de peda con las amigas, casi siempre terminamos aquí, en El “Mesón” (Berenice, entrevista, 2025).

La experiencia descrita por Berenice permite observar que el espectáculo constituye uno de los principales elementos que distinguen a El “Mesón” dentro de los espacios de entretenimiento nocturno en Metepec. La música, las intervenciones performativas y las dinámicas organizadas durante la noche generan expectativas entre quienes asisten y contribuyen a que cada visita sea percibida como una experiencia distinta. Esta apreciación también aparece en el testimonio de Kevin, estudiante universitario de 24 años:

"La verdad, yo casi no salgo de peda y mucho menos a un antro. A mí me late más ir a un barecillo de pueblo o a algún lugar donde toquen rock. Pero este antro está diferente porque nunca sabes con qué te van a salir. Desde que sabemos que vamos a venir, pues ya traemos la duda de qué show va a haber esa noche. Hay veces que un antro se pone bueno y otras que de plano está bien apagado, pero aquí casi siempre pasa algo. La primera vez que vine me llamó mucho la atención porque sacaron a una chava vestida de monja, perreando de una forma muy sensual arriba del escenario. La neta sí rompe con lo que normalmente esperas ver en un antro. Tú vienes con la idea de que a lo mejor esa salida no va a estar tan chida, que no vas a coronar o que hasta te puedes aburrir, pero ese tipo de cosas hacen que el ambiente cambie por completo. A muchos hombres nos llama la atención ver ese tipo de shows y, la neta, se pone muy bueno el ambiente. Por eso, cada vez que con la banda dicen que se va a armar la salida, casi siempre terminamos viniendo aquí, a El “Mesón” (Kevin, entrevista, 2025).

Los testimonios de Berenice y Kevin muestran que la atracción ejercida por El “Mesón” se relaciona con la capacidad del establecimiento para ofrecer experiencias que rompen con lo que habitualmente esperan encontrar las y los jóvenes en otros antros de Metepec. La música, las intervenciones performativas, la ambientación y las dinámicas desarrolladas durante la noche convierten cada visita en una experiencia donde el entretenimiento se construye a partir de la sorpresa y la expectativa. Los espectáculos forman parte de las conversaciones entre los grupos de amistades y contribuyen a que el establecimiento sea recordado como un espacio donde constantemente ocurre algo distinto. Estas características favorecen la asistencia recurrente y consolidan la presencia de El “Mesón” dentro de los recorridos nocturnos de las juventudes en Metepec.

El consumo ocupa igualmente una posición relevante dentro de la dinámica del establecimiento. Las bebidas más solicitadas suelen incluir tequila, vodka, whisky, ron y otras marcas nacionales e internacionales comercializadas principalmente mediante botellas completas y paquetes promocionales. La adquisición de botellas, reservaciones y mesas preferenciales genera posiciones diferenciadas de visibilidad dentro del espacio y participa en procesos de reconocimiento entre pares observados durante el trabajo de campo.

El acceso al establecimiento se encuentra disponible para quienes cubren el costo de entrada; sin embargo, las posibilidades de participación cambian de acuerdo con la capacidad de consumo de cada grupo. Las reservaciones, las zonas preferenciales y determinadas formas de gasto producen diferencias visibles dentro de la experiencia nocturna y organizan parte de las dinámicas de interacción observadas en el lugar.

Otro elemento significativo es el papel desempeñado por el personal de seguridad, los cadeneros y los promotores conocidos como RP. Además de sus funciones operativas, estos actores participan en la construcción de la imagen pública del establecimiento. La organización de las filas, el control del acceso y la gestión del ingreso contribuyen a producir una percepción

de alta afluencia y actividad constante alrededor del lugar. Como señala Álvarez, cadenero y trabajador del establecimiento:

"Muchos de los chavitos piensan que nuestro trabajo nada más es quitar la cadena y decir quién entra y quién no, pero también tenemos que cuidar la imagen del antro. Si la gente ve movimiento, filas y mucha actividad afuera, luego luego piensa que adentro está mejor. Si ven muchas chavitas guapas formadas, muchos de los chavos van a querer entrar porque se imaginan que adentro hay más chavas igual de guapas. Pero si ven que hay puro hombre, luego piensan que va a parecer un antro gay y mejor ya no entran. A veces la fila avanza despacio y la misma gente empieza a preguntarse qué estará pasando adentro. La verdad, espacio sí hay, pero nosotros mismos hacemos que la entrada vaya poco a poco para que desde afuera siempre se vea movimiento. Sonará medio cruel, pero así trabajamos. También cuidamos que entre un número parecido de hombres y de mujeres para que el ambiente se compense. Desde la fila ya escuchas la música, ves las luces, el humo y toda la euforia que sale del antro. Hay gente que llega sin pensar entrar, pero ve todo eso y termina formándose. También nos toca revisar reservaciones, explicar promociones, mantener el orden y revisar que nadie meta objetos con los que pueda haber problemas. Todo eso hace que la chaviza se sienta a gusto, se sienta conforme y que valga totalmente la pena quedarse un buen rato aquí" (Álvarez, entrevista, 2025).

El testimonio de Álvarez permite comprender que el acceso al establecimiento forma parte de la experiencia nocturna desde antes de cruzar la entrada. La organización de las filas, el ritmo con que ingresan las y los asistentes y el equilibrio entre hombres y mujeres responden a estrategias mediante las cuales el personal busca proyectar una imagen de alta afluencia y generar expectativas entre quienes permanecen afuera. Desde este momento, la música, la iluminación, el movimiento de personas y el ambiente que se percibe desde el exterior contribuyen a construir la idea de que en el interior ocurre una experiencia atractiva para las y los jóvenes. De esta manera, el acceso deja de ser únicamente un mecanismo de control y

participa activamente en la producción simbólica del establecimiento como un espacio concurrido y socialmente valorado dentro de los circuitos nocturnos juveniles de Metepec.

La música constituye otro de los elementos centrales dentro de la experiencia de El “Mesón”. Predominan géneros como reguetón, reguetón mexa, guaracha, música electrónica, pop y otros estilos asociados a tendencias musicales contemporáneas. La selección musical se articula con los espectáculos, las dinámicas de animación y las intervenciones de los *performers*, produciendo una experiencia donde sonido, iluminación, consumo y corporalidad se encuentran estrechamente relacionados.

Los jueves, viernes y sábados, especialmente entre las once de la noche y las dos de la madrugada, el establecimiento alcanza sus momentos de mayor concentración. La pista de baile, las áreas cercanas a las barras y los espacios contiguos a las mesas concentran grupos de jóvenes que alternan constantemente entre el baile, la conversación y el consumo. La mayor parte de las y los asistentes observados se ubicaba entre los 18 y los 30 años. También fue posible registrar la presencia de personas mayores de 35 años que mantienen formas de vestir, gustos musicales y prácticas de convivencia asociadas con las juventudes. Como ya se señaló en el apartado dedicado a los bares, durante el trabajo de campo estos actores fueron identificados como “subjóvenes”, debido a que continúan participando de manera constante en espacios de socialización frecuentados principalmente por jóvenes. Su presencia también fue recurrente en El “Mesón”, donde compartían la pista de baile, las mesas y otras formas de convivencia con asistentes de menor edad, mostrando que estas dinámicas también forman parte de la experiencia nocturna en los antros de Metepec.

Mientras algunos grupos permanecían reunidos alrededor de las mesas compartiendo bebidas y conversando, otros se desplazaban continuamente entre distintos puntos del establecimiento. Las áreas cercanas al escenario concentraban a quienes seguían las dinámicas de animación, mientras que otros asistentes optaban por espacios más apartados donde podían

conversar con menor interferencia del volumen musical. Los aplausos, los gritos, los cantos colectivos y las reacciones frente a los espectáculos contribuían a producir un ambiente de participación constante que se mantenía durante gran parte de la noche.

La cercanía física entre los asistentes, favorecida por las dimensiones del espacio, genera una sensación continua de intensidad colectiva. Como señala Le Breton (2002), “el cuerpo es el lugar de la presencia, el vector de la comunicación y del intercambio” (p. 7). Las miradas, los movimientos corporales, la proximidad física y las formas de ocupación de la pista participan activamente en la construcción de interacciones y significados compartidos entre quienes asisten al establecimiento.

El ligue aparece como una práctica recurrente dentro de estas dinámicas. La búsqueda de encuentros afectivos, sexuales o recreativos forma parte de las expectativas presentes entre numerosos asistentes. Miradas, conversaciones breves, acercamientos corporales e invitaciones a bailar constituyen algunas de las formas mediante las cuales se establecen contactos y afinidades durante la noche. Como señala Parrini (2018), “el deseo es la trama que se teje entre gestos y palabras, entre discursos y prácticas, entre instituciones y sujetos” (p. 26). Esta perspectiva permite comprender el deseo como una dimensión relacional que se construye en la interacción cotidiana.

Las prácticas observadas en El “Mesón” permiten reconocer cómo el deseo se construye en situaciones concretas de interacción. Las miradas, los acercamientos corporales, las conversaciones breves, las invitaciones a bailar y las expectativas que acompañan la salida nocturna forman parte de una trama relacional que se configura continuamente entre los asistentes y organiza buena parte de la experiencia juvenil dentro del establecimiento.

El “Mesón” concentra prácticas de consumo, recursos performativos y formas específicas de sociabilidad que permiten observar cómo las juventudes producen y experimentan la noche.

La música, el espectáculo, la corporalidad, el deseo y las interacciones cotidianas configuran una experiencia que ocupa un lugar relevante dentro de los circuitos nocturnos de Metepec. El análisis de este establecimiento permite comprender una modalidad particular de la nocturnidad juvenil antes de dirigir la atención hacia otros espacios donde la música, la permanencia y las formas de encuentro adquieren características distintas, como ocurre en el caso del club nocturno.

3.4 Distinción y reconocimiento en el club nocturno

El club nocturno constituye una de las configuraciones más representativas de la vida nocturna contemporánea. Sus antecedentes pueden rastrearse en espacios como los clubes privados, los salones de baile, los cabarets y las discotecas; sin embargo, actualmente se caracteriza por articular experiencias centradas en la música, el consumo, la producción de ambientes y la construcción de formas específicas de sociabilidad. Su relevancia para esta investigación radica en que permite observar procesos de diferenciación, legitimidad y prestigio que forman parte de numerosas dinámicas juveniles presentes en los circuitos nocturnos urbanos.

La genealogía de estos espacios remite a formas históricas de sociabilidad desarrolladas principalmente en Europa durante los siglos XVIII y XIX. Los primeros clubes funcionaban como espacios de reunión donde individuos con intereses comunes establecían relaciones sociales, económicas y políticas dentro de entornos relativamente selectivos. Aunque sus características diferían considerablemente de los establecimientos contemporáneos, incorporaron elementos que continúan presentes en muchos espacios nocturnos actuales, particularmente aquellos relacionados con la regulación del acceso, la integración grupal y la construcción de prestigio social (Malbon, 1999).

Durante los siglos XIX y XX, las transformaciones urbanas favorecieron la expansión de salones de baile, cafés musicales, cabarets y distintos espacios dedicados al entretenimiento

nocturno. La creciente importancia de la música y del baile modificó progresivamente las formas de convivencia asociadas a la noche. Posteriormente, la consolidación de las discotecas y el desarrollo de tecnologías de reproducción sonora transformaron la experiencia nocturna al situar la música y la pista de baile como elementos centrales de la interacción social.

La expansión internacional de géneros como el *house* y el *techno* durante las décadas de 1980 y 1990 consolidó nuevas formas de experimentar la noche. En este contexto, la figura del DJ adquirió un papel central en la construcción de ambientes sonoros capaces de orientar la experiencia colectiva de los asistentes. La música comenzó a organizar buena parte de las dinámicas de interacción, generando espacios donde la permanencia, el baile y la experiencia sensorial adquirieron una importancia creciente dentro de la vida nocturna (Malbon, 1999).

Estas transformaciones dieron origen a lo que Sarah Thornton (1995) denominó cultura club. Desde esta perspectiva, los clubes nocturnos constituyen escenarios donde los participantes construyen formas de identificación colectiva a través de gustos musicales, estilos de consumo, prácticas corporales y conocimientos compartidos. La participación dentro de estos circuitos involucra recursos económicos, pero también competencias culturales que permiten a los individuos adquirir legitimidad dentro de determinados grupos juveniles.

Thornton (1995) propone el concepto de capital subcultural para explicar estos procesos. Dicho concepto alude al conjunto de conocimientos, estilos, consumos y referencias culturales que otorgan legitimidad dentro de una escena específica. El reconocimiento entre pares se construye mediante la familiaridad con determinados géneros musicales, formas de vestir, espacios frecuentados y códigos de comportamiento que organizan la vida social dentro de los circuitos nocturnos. En este punto, la propuesta de Thornton dialoga con los planteamientos de Bourdieu (1979) sobre la distinción social, al mostrar cómo ciertas prácticas culturales funcionan como recursos de diferenciación y prestigio.

La relevancia de estos planteamientos para el estudio de la nocturnidad juvenil radica en que permiten comprender cómo los espacios nocturnos participan en la construcción de identidades y formas de legitimación social. La asistencia a determinados establecimientos, la cercanía con ciertos grupos de amistad, las preferencias musicales y las prácticas de consumo intervienen en la producción de vínculos y sentidos de afinidad que adquieren valor dentro de la experiencia juvenil contemporánea.

Las observaciones realizadas durante el trabajo de campo permitieron identificar que muchos de estos procesos también se encuentran presentes en los clubes nocturnos frecuentados por jóvenes de Metepec. La apariencia personal, la vestimenta, las redes de amistad, las trayectorias escolares y los estilos de consumo aparecen constantemente en las formas mediante las cuales los asistentes establecen afinidades y construyen cercanías dentro de estos espacios.

La procedencia escolar constituye uno de los elementos que adquiere relevancia dentro de algunos circuitos juveniles observados durante la investigación. Jóvenes provenientes de determinadas universidades suelen identificar conocidos, amistades o grupos con los que comparten experiencias previas, situación que favorece la generación de vínculos y formas de identificación mutua. Estas dinámicas también se articulan con estilos de vida, preferencias musicales y prácticas de consumo que fortalecen determinados sentidos de pertenencia dentro del espacio nocturno.

La vestimenta representa otro de los recursos más visibles dentro de estos procesos. La ropa, los accesorios, el arreglo corporal y la presentación personal participan activamente en la construcción de imágenes mediante las cuales los asistentes proyectan afinidades, gustos y referencias culturales. La apariencia funciona como una forma de comunicación social que permite expresar pertenencias, establecer afinidades y generar reconocimiento entre pares (Bourdieu, 1979; Thornton, 1995).

En Metepec, estas dinámicas adquieren características particulares debido a la presencia de corredores comerciales, zonas de entretenimiento y espacios orientados hacia públicos juveniles. La cercanía con instituciones de educación superior y la constante circulación de estudiantes provenientes de distintos municipios del Valle de Toluca favorecen la conformación de escenarios donde convergen trayectorias sociales diversas. En estos espacios, la música, el consumo, la apariencia y las redes de sociabilidad participan activamente en la construcción de formas de integración simbólica que organizan parte de la experiencia nocturna juvenil.

El club nocturno permite observar cómo las y los jóvenes negocian posiciones simbólicas, construyen sentidos de pertenencia y participan en formas específicas de sociabilidad asociadas a la vida nocturna contemporánea. Estas dinámicas adquieren expresiones concretas dentro de establecimientos que forman parte de los circuitos nocturnos de Metepec. Tal es el caso de Anti Social Club y El Club, espacios que permiten analizar de manera más cercana las formas mediante las cuales las juventudes producen, experimentan y significan la noche en el municipio.

3.4.1 “Anti Social Club”

Anti Social Club se encuentra ubicado en las inmediaciones de Town Square Metepec, uno de los complejos comerciales más recientes y dinámicos del municipio. Su localización resulta particularmente significativa debido a que este espacio se ha consolidado durante los últimos años como uno de los principales puntos de encuentro para jóvenes provenientes de Metepec, Toluca y diversos municipios del Valle de Toluca. La concentración de establecimientos orientados al consumo, el entretenimiento y la recreación ha favorecido la conformación de una centralidad urbana donde convergen distintas formas de sociabilidad juvenil. Dentro de esta configuración nocturna, Anti Social Club ocupa una posición relevante al constituirse como uno de los clubes nocturnos más representativos de los circuitos juveniles contemporáneos observados durante el trabajo de campo realizado entre noviembre de 2025 y marzo de 2026,

periodo en el que se llevaron a cabo observaciones participantes, recorridos etnográficos y entrevistas con diversos actores vinculados a la vida nocturna metepequense.

El establecimiento constituye un escenario relevante para comprender algunas de las transformaciones recientes de la nocturnidad juvenil. Mientras otros espacios organizan la interacción principalmente alrededor del espectáculo musical o de la convivencia cotidiana, Anti Social Club articula una propuesta sustentada en la convergencia de música, consumo, imagen, exclusividad y visibilidad social. Esta configuración permite observar cómo determinados sectores juveniles buscan escenarios donde se construyen formas de reconocimiento, pertenencia e identidad dentro de la noche metepequense.

La experiencia del establecimiento comienza antes de ingresar a la zona principal de convivencia. El acceso se encuentra organizado mediante una secuencia de filtros físicos y simbólicos que participan activamente en la construcción de la experiencia nocturna. El primer contacto ocurre con el personal de seguridad ubicado en el exterior del inmueble, encargado de verificar reservaciones, realizar el cobro del cover correspondiente y supervisar determinadas condiciones de acceso. Entre ellas destacan criterios relacionados con la presentación personal y la vestimenta, restringiendo principalmente el ingreso de ropa deportiva, prendas que cubran parcial o totalmente el rostro o cualquier elemento que dificulte la identificación visual de los asistentes. Aunque dichas medidas suelen justificarse en términos de seguridad, también contribuyen a producir una percepción de exclusividad y diferenciación frente a otros espacios nocturnos presentes en la región.

Una vez superado este primer filtro, el recorrido hacia el interior adquiere características particulares. El acceso no conduce directamente hacia la pista principal o la cabina del DJ, sino que se desarrolla mediante una sucesión de escenarios temáticos que construyen progresivamente una sensación de transición entre el exterior cotidiano y la experiencia nocturna que se desarrolla dentro del club. Esta disposición espacial puede interpretarse como una

experiencia liminal donde los asistentes atraviesan una serie de umbrales que los separan temporalmente de la rutina diaria para incorporarlos a una realidad organizada alrededor del ocio, la música y la sociabilidad nocturna (Turner, 1969).

El primer espacio que aparece durante este recorrido remite visualmente a un gimnasio contemporáneo. Pesas, aparatos de ejercicio y diversos elementos asociados al acondicionamiento físico conforman una escenografía que evoca representaciones contemporáneas relacionadas con el cuerpo, la imagen personal y los estilos de vida aspiracionales que circulan entre sectores juveniles urbanos. La presencia de este escenario introduce desde el inicio una dimensión estética vinculada con la corporalidad y la presentación pública del yo.

Posteriormente, el recorrido conduce hacia un espacio inspirado en ambientes de spa y temazcal. La incorporación de este tipo de referencias introduce elementos asociados al descanso, la relajación y el bienestar corporal dentro de una experiencia orientada hacia el entretenimiento nocturno. La coexistencia entre referentes globales de consumo y elementos reconocibles dentro del contexto mexicano permite observar la construcción de una narrativa espacial híbrida donde convergen distintas tradiciones culturales y formas contemporáneas de consumo experiencial.

Como se mencionó anteriormente, Anti Social Club se encuentra ubicado dentro de Town Square Metepec, uno de los centros comerciales con mayor afluencia de personas en el municipio. Diariamente circulan por este espacio familias, trabajadores, personas adultas y jóvenes que acuden por motivos distintos al entretenimiento nocturno. En este contexto, muchas de las personas que transitan por el complejo comercial pueden asociar el establecimiento con un gimnasio, un spa o algún otro servicio relacionado con el bienestar corporal debido a la tematización de sus accesos y áreas iniciales. Entre quienes participan regularmente en la vida nocturna de Metepec, el establecimiento constituye una referencia ampliamente conocida dentro

de determinados circuitos juveniles. Los espacios inspirados en gimnasios, áreas de relajación y acondicionamiento físico forman parte de la ambientación del recorrido, mientras que la experiencia principal se desarrolla dentro de un club nocturno. Esta diferencia permite observar que el reconocimiento del lugar también depende de la familiaridad con determinados espacios, prácticas y trayectorias de participación en la vida nocturna. La asistencia constante, las relaciones construidas entre asistentes y el reconocimiento por parte del personal fortalecen formas de pertenencia entre quienes forman parte habitual de este circuito nocturno.

Después de atravesar estas áreas iniciales aparece un segundo filtro de seguridad donde el personal realiza revisiones más detalladas orientadas a impedir el ingreso de armas, objetos potencialmente peligrosos o personas que se encuentren en condiciones que puedan comprometer la integridad de otros asistentes. Este segundo control refuerza la percepción de que el acceso al establecimiento constituye una transición gradual donde la experiencia nocturna se encuentra regulada desde el ingreso mismo.

Una vez superado este punto, los asistentes recorren una serie de pasillos intervenidos visualmente mediante grafitis, murales, pinturas, fotografías históricas y diversas representaciones artísticas vinculadas tanto a personajes mexicanos como a figuras reconocidas de la historia mundial. La presencia de estos elementos contribuye a construir una atmósfera donde arte, entretenimiento y cultura visual convergen dentro de una misma experiencia espacial. El recorrido produce una secuencia narrativa en la que cada escenario participa en la construcción de expectativas y emociones previas al encuentro nocturno.

Fotografía 6. Anti Social Club.[6]



Fuente: elaboración propia (trabajo de campo, 2025).

De manera paralela, diversos sectores incorporan espejos de gran formato, estructuras iluminadas mediante luces neón y frases diseñadas para la producción de imágenes digitales. Estos espacios son utilizados constantemente por las y los asistentes para capturar fotografías,

[6] *Nota*. La cadena de acceso, la iluminación neón y los elementos escenográficos participan en la construcción de una experiencia nocturna asociada con la diferenciación y el reconocimiento social.

videos e historias destinadas a plataformas como *Instagram* y *TikTok*. La arquitectura del establecimiento organiza desplazamientos físicos y, al mismo tiempo, genera escenarios orientados hacia la representación digital de la experiencia nocturna. La noche se experimenta, se registra y posteriormente circula en redes sociales donde continúa adquiriendo visibilidad una vez concluida la experiencia presencial.

Entre los elementos más llamativos observados durante el trabajo de campo destacan esculturas clásicas intervenidas, ubicadas dentro de uno de los sectores del establecimiento. Aunque se trata de elementos de decoración, aparentemente sencillos, su utilización permite observar procesos relacionados con la producción de imágenes y contenido digital. La apropiación constante de este espacio por parte de las y los asistentes muestra cómo determinados objetos adquieren relevancia por su capacidad para generar interacción, visibilidad y circulación simbólica dentro de plataformas digitales.

Desde la perspectiva de Goffman (2006), este recorrido puede interpretarse como una forma de performance espacial donde los individuos ajustan progresivamente la presentación pública de sí mismos antes de incorporarse plenamente a la interacción colectiva. Cada escenario funciona como un telón de fondo donde los asistentes construyen imágenes, ensayan corporalidades y preparan la manera en que serán percibidos por los demás. El recorrido constituye una puesta en escena cuidadosamente diseñada que prepara a las y los jóvenes para participar en la experiencia social que se desarrolla dentro del club.

La organización espacial culmina en una zona principal donde convergen la cabina del DJ, la barra central y diversas áreas de convivencia grupal conformadas por sillones, mesas circulares y espacios destinados a reservaciones colectivas. La distribución del mobiliario favorece la permanencia de grupos de amigos y permite que gran parte del consumo ocurra de manera compartida. Al mismo tiempo, existen áreas preferenciales ubicadas alrededor y detrás de la cabina del DJ que representan algunos de los lugares más valorados dentro del

establecimiento debido a la visibilidad que proporcionan frente al resto de los asistentes. El acceso a estos espacios suele encontrarse vinculado a reservaciones especiales, relaciones sociales específicas o niveles de consumo superiores, generando formas diferenciadas de reconocimiento dentro del espacio nocturno.

La cabina del DJ ocupa una posición central dentro de la experiencia del establecimiento. Constituye uno de los principales puntos de referencia simbólica dentro del club y concentra buena parte de las miradas, las dinámicas de interacción y los procesos de visibilidad observados durante el trabajo de campo. La proximidad con este espacio otorga exposición, prestigio y reconocimiento social, razón por la cual las zonas cercanas suelen encontrarse asociadas a consumos de mayor valor económico y a determinadas formas de capital simbólico juvenil (Thornton, 1995).

La barra constituye otro de los elementos centrales dentro de la configuración espacial del establecimiento. Su diseño incorpora referencias visuales asociadas a antiguos casinos, teatros y escenarios cinematográficos estadounidenses, produciendo una estética vinculada simultáneamente al espectáculo y al consumo. La barra funciona como un punto de interacción, observación y exhibición donde convergen distintas formas de sociabilidad juvenil.

La dimensión económica constituye un elemento relevante para comprender las dinámicas observadas dentro de Anti Social Club. Durante el trabajo de campo fue posible identificar que el consumo participa en múltiples aspectos de la experiencia nocturna, vinculándose con formas de interacción grupal, prácticas recreativas y procesos de reconocimiento entre los asistentes. En este contexto, las bebidas alcohólicas adquieren significados que exceden su valor comercial, al intervenir en la construcción de pertenencias, formas de prestigio y mecanismos de diferenciación dentro del espacio.

Entre los productos más visibles destacan distintas presentaciones de tequila premium, particularmente Don Julio 70, Don Julio 1942 y Maestro Dobel. Estas marcas aparecen de manera recurrente en las reservaciones grupales ubicadas en las zonas preferenciales del establecimiento, especialmente en aquellas cercanas a la cabina del DJ. Durante las observaciones fue posible advertir que la exhibición de determinadas botellas se asocia con formas de prestigio, capacidad de consumo y reconocimiento entre pares. Bajo estas condiciones, ciertas prácticas de consumo operan como recursos simbólicos mediante los cuales los asistentes construyen posiciones diferenciadas dentro de la interacción nocturna (Bourdieu, 1979).

Entre los productos más populares observados durante el trabajo de campo destacan las denominadas “Perlas Negras”, una bebida ampliamente reconocida dentro de distintos circuitos juveniles. Generalmente elaboradas mediante la combinación de licor de café y bebidas energéticas, forman parte de un repertorio de consumos frecuente en diversos espacios nocturnos. Su presencia recurrente entre las y los asistentes permite observar la circulación de referencias compartidas que orientan determinadas preferencias de consumo y se incorporan a las prácticas cotidianas de la vida nocturna juvenil.

Particular relevancia adquiere una bebida conocida localmente como *Nicee*. Resulta significativo que las y los asistentes raramente utilicen la denominación comercial Icee y opten por nombrarla como *Nicee*. Esta modificación lingüística permite observar procesos de apropiación simbólica mediante los cuales las juventudes resignifican determinados productos e incorporan nuevos sentidos a sus repertorios culturales. El término remite fonéticamente a la palabra inglesa *nice*, utilizada comúnmente para expresar que algo resulta atractivo, agradable o deseable. De esta manera, la bebida se integra a los códigos de comunicación que circulan dentro del establecimiento.

Generalmente preparada mediante una base congelada acompañada por vodka o ron, granadina, cerezas en almíbar, gomitas sabor cereza y refresco de lima-limón, la *Nicee* ocupa una posición destacada dentro de las prácticas de consumo observadas. Su apariencia colorida, la incorporación de dulces y la dimensión visual de su presentación contribuyen a que sea frecuentemente fotografiada y compartida en redes sociales. La preferencia por esta bebida también aparece entre quienes frecuentan regularmente el establecimiento. Como señala Carol, estudiante universitaria de 21 años:

"La verdad, para mí este lugar es el más top de todo Metepec y Toluca. Qué oso venir aquí y pedir una gomichela o un pitufo; aquí no venden esas nacadas. A mí me encantan las *Nicee.* Siempre que vengo es lo primero que pido porque, la neta, saben muy ricas, se ven muy top y están muy deli. Me gusta que les ponen cerezas, gomitas y que saben dulces. Aparte se ven bien bonitas cuando te las sirven. Luego hasta les tomamos fotos para postearlas en *Instagram* o en las historias. Ya después todas mis amigas quieren pedir una igual. Se nos hace una bebida muy diferente a las que venden en otros antros. A simple vista parece que casi no trae alcohol, pero sí te pone bien peda. Siempre que venimos terminamos pidiendo otra o compartiéndolas entre todas. Para mí ya es una de las cosas que identifico con Anti Social Club. Aquí casi siempre empiezo con una *Nicee* y, si queremos seguirla un rato más, pues ya pedimos una botella" (Carol, entrevista, 2025).

El testimonio de Carol muestra que la *Nicee* adquiere significados que trascienden su condición de bebida alcohólica. Su consumo se vincula con formas de distinción y reconocimiento que circulan entre quienes frecuentan Anti Social Club. La preferencia por esta bebida expresa maneras de pertenecer a un espacio donde determinadas prácticas de consumo, formas de presentación y códigos compartidos adquieren valor entre las y los asistentes. En este contexto, pedir una *Nicee* no solamente responde a una elección relacionada con el sabor, sino también a una forma de participar en una experiencia que para muchos jóvenes se asocia con cierto estatus

y exclusividad dentro del establecimiento. Estas prácticas permiten comprender que el consumo interviene en la construcción de identidades, formas de reconocimiento y vínculos simbólicos que organizan parte de la experiencia nocturna.

Otro elemento particularmente significativo corresponde a una máquina de premios tipo garra instalada dentro del club. A diferencia de dispositivos similares presentes en centros comerciales o espacios recreativos convencionales, esta versión incorpora referencias asociadas a marcas de bebidas alcohólicas. Los participantes introducen dinero e intentan obtener distintos premios mediante un mecanismo de azar que, en algunos casos, puede canjearse por productos reales. Durante las observaciones realizadas fue posible identificar peluches, representaciones de botellas y objetos vinculados principalmente con determinadas marcas de tequila.

Desde una perspectiva antropológica, este dispositivo resulta especialmente interesante porque articula elementos asociados al juego, el azar, el consumo y la construcción de experiencias emocionales. La interacción con la máquina genera expectativa, emoción colectiva y participación grupal, transformando temporalmente la relación entre consumo y entretenimiento. Parte del atractivo de esta dinámica se encuentra en la posibilidad de obtener premios mediante el juego, situación que incrementa la interacción entre los asistentes y fortalece el carácter lúdico del espacio. Esta característica permite observar cómo las estrategias contemporáneas de mercadotecnia se integran a la producción de experiencias nocturnas inmersivas.

La organización del consumo dentro del establecimiento también se encuentra estrechamente vinculada con la figura de los RP o relaciones públicas. Estos actores desempeñan un papel fundamental dentro de la vida nocturna contemporánea debido a que funcionan como intermediarios entre los establecimientos y los asistentes. Su labor abarca la promoción de eventos, la gestión de reservaciones y la construcción de redes de sociabilidad

que facilitan el acceso a determinados espacios, beneficios y formas de reconocimiento dentro de los circuitos nocturnos juveniles.

Uno de los interlocutores más relevantes para esta investigación fue Emilio, RP con amplia trayectoria dentro de diversos antros, bares y clubes nocturnos de Metepec y Toluca. Su experiencia dentro de estos espacios le ha permitido conocer las dinámicas de distintos establecimientos y las preferencias de quienes participan regularmente en la vida nocturna. Como señala Emilio, RP de antros, bares y clubes nocturnos de Metepec y Toluca:

"La neta, a mí Anti Social Club se me hace uno de los lugares más top que hay ahorita en Metepec y Toluca. Sí es más caro que otros antros, eso no se puede negar, pero desde que llegas sabes que vienes a algo diferente. La gente no viene nada más a tomar o a ligar; viene por todo lo que hay alrededor. Eso implica el estatus, la exclusividad, tomar algo que se considera muy top y también el tipo de gente con la que te vas a encontrar. Como RP me toca ver que mucha gente llega porque ya vio algo en redes sociales o porque algún amigo le dijo que aquí está mejor que en otros lados. También influye mucho que el lugar cambia constantemente y siempre trata de sacar algo nuevo para que la gente siga regresando. Para quienes vienen seguido, el precio realmente no representa un problema; forma parte de su rutina y de su forma de divertirse. En cambio, un chavo o una chava de clase media o media baja, como yo, pues tiene que buscar promociones porque, entre comillas, "soy pobre". Ahí es donde cambia mucho la experiencia. También influye el tipo de personas con las que quieres convivir. Si vas a un antro, a lo mejor conoces chavas o chavos que estudian en escuelas públicas; aquí normalmente te encuentras con muchos que vienen de escuelas privadas. Pues al final todo depende de tu estatus económico, de si eres muy guapo o muy guapa, porque eso también te abre puertas, de cómo hablas y de la manera en que te desenvuelves con la gente" (Emilio, entrevista, 2025).

El testimonio de Emilio muestra que la elección de Anti Social Club también se relaciona con formas de reconocimiento construidas entre quienes participan regularmente en la vida

nocturna de Metepec y Toluca. La exclusividad atribuida al establecimiento, el tipo de personas que lo frecuentan y las posibilidades de interacción que ofrece forman parte de los elementos que orientan la decisión de asistir a este espacio. Las diferencias económicas, las formas de presentación personal y los códigos de interacción también intervienen en la manera en que las y los jóvenes establecen relaciones y construyen pertenencias dentro del club.

En este contexto, los RP desempeñan un papel que rebasa la promoción de eventos o la gestión de reservaciones. Su trabajo consiste en articular redes de sociabilidad, acercar a nuevos asistentes y fortalecer la presencia del establecimiento dentro de determinados circuitos juveniles. A través de estas relaciones, facilitan el encuentro entre personas con intereses, trayectorias y formas de convivencia similares, participando activamente en la construcción de un espacio donde el reconocimiento social, las afinidades y el sentido de pertenencia forman parte de la experiencia nocturna.

La música constituye uno de los principales ejes organizadores de la experiencia nocturna dentro de Anti Social Club. Durante el trabajo de campo fue posible identificar una programación caracterizada por la combinación de distintos géneros musicales que congregan a públicos juveniles diversos dentro de un mismo espacio. A lo largo de una misma noche, las y los asistentes transitan entre repertorios de música electrónica, reguetón y corridos tumbados, construyendo formas de convivencia donde los gustos musicales dejan de funcionar como fronteras rígidas y se convierten en elementos compartidos de la experiencia nocturna.

Entre los géneros con mayor presencia destaca la música electrónica, particularmente estilos como *house, tech house y EDM*, representados por artistas como David Guetta, Martin Garrix y Tiësto. Junto a estos repertorios, el reguetón mantiene un lugar central mediante la alternancia entre canciones consideradas de la *old school*, con intérpretes como Daddy Yankee, Don Omar y Wisin y Yandel, y producciones más recientes encabezadas por Bad Bunny, Karol G y Feid. Durante determinados momentos de la noche también adquieren relevancia los corridos

tumbados, con artistas como Peso Pluma, Natanael Cano y Fuerza Regida. Más que responder a preferencias musicales excluyentes, estas programaciones reflejan ciclos de consumo que se repiten entre las juventudes y circulan constantemente a través de plataformas digitales, redes sociales y otros medios de difusión cultural.

La convivencia entre estos repertorios muestra que las preferencias musicales juveniles se transforman continuamente sin desplazar por completo aquellas canciones que conservan un fuerte valor generacional. Los géneros y artistas más escuchados suelen integrarse a circuitos de amplia circulación que favorecen su repetición dentro de distintos espacios nocturnos. En Anti Social Club, esta programación permite que jóvenes con trayectorias e intereses diversos compartan la pista de baile, el canto colectivo y otras formas de interacción, configurando una experiencia donde la música funciona como un recurso de reconocimiento, sociabilidad y construcción de la nocturnidad.

La convivencia entre música electrónica, reguetón y corridos tumbados permite observar una característica fundamental de la nocturnidad juvenil contemporánea: la flexibilidad cultural. Décadas atrás, la pertenencia a determinados grupos juveniles solía encontrarse estrechamente vinculada con géneros musicales específicos. Las juventudes observadas durante esta investigación circulan entre distintos repertorios sin percibir contradicciones entre ellos. Una misma persona puede bailar *techno*, cantar reguetón y participar en un corrido tumbado durante una misma noche. Esta capacidad de desplazamiento entre universos musicales diversos constituye una de las características más representativas de las formas contemporáneas de construcción juvenil.

La música adquiere relevancia por su capacidad para producir encuentros, emociones compartidas y formas temporales de identificación colectiva. Funciona simultáneamente como recurso de interacción, lenguaje emocional y mecanismo de cohesión social. A través de ella, las

y los jóvenes construyen vínculos, negocian pertenencias y participan activamente en la producción de experiencias compartidas dentro de la noche.

Las observaciones etnográficas permitieron identificar que la mayoría de los asistentes se ubican principalmente entre los dieciocho y los veintinueve años, rango etario adoptado en la presente investigación para el análisis de las juventudes. Esta relativa homogeneidad generacional favorece la construcción de códigos compartidos relacionados con gustos musicales, formas de consumo, usos de tecnologías digitales y maneras específicas de experimentar la sociabilidad nocturna. Aunque el establecimiento recibe personas provenientes de trayectorias sociales diversas, determinados referentes culturales facilitan procesos de reconocimiento mutuo entre quienes participan regularmente de este espacio.

La procedencia escolar, las redes de amistad, las formas de consumo, los estilos de presentación corporal y la familiaridad con determinados códigos culturales intervienen en la construcción de afinidades dentro del establecimiento. Estas diferencias participan en procesos de negociación simbólica mediante los cuales las y los jóvenes construyen formas temporales de pertenencia que se activan durante la experiencia nocturna. La sociabilidad observada dentro de este club se caracteriza por una constante articulación entre diversidad social y reconocimiento colectivo.

Desde esta perspectiva, Anti Social Club constituye un espacio donde convergen prácticas de consumo, producción de imágenes, música, corporalidad, visibilidad digital y diversas formas de interacción juvenil. Las observaciones realizadas durante el trabajo de campo muestran que estos elementos participan de manera conjunta en la configuración de experiencias nocturnas donde las y los jóvenes establecen vínculos, construyen afinidades y desarrollan formas particulares de convivencia. La relevancia de este espacio para la presente investigación radica en que permite comprender cómo distintas prácticas sociales se articulan dentro de un

mismo escenario nocturno y adquieren significado en la experiencia cotidiana de quienes lo frecuentan.

La relevancia antropológica de este espacio se relaciona con los significados que las y los jóvenes atribuyen a las prácticas que desarrollan durante la noche. La música, las bebidas, los recorridos dentro del establecimiento, las fotografías compartidas en redes sociales, las reservaciones y las relaciones de amistad forman parte de experiencias cotidianas que organizan la convivencia y orientan las formas de participación dentro del club. En Anti Social Club confluyen referentes asociados a la cultura club contemporánea con prácticas construidas localmente por quienes frecuentan este espacio, configurando una experiencia nocturna situada dentro del contexto juvenil metepequense.

El análisis de Anti Social Club muestra que los clubes nocturnos contemporáneos constituyen espacios donde convergen prácticas asociadas con la música, el consumo, la corporalidad y la interacción social. Las observaciones realizadas durante el trabajo de campo permiten identificar que la experiencia nocturna en este tipo de establecimientos se encuentra atravesada por formas diferenciadas de acceso, visibilidad y participación que influyen en la manera en que las y los jóvenes habitan el espacio. Aspectos como las reservaciones, las zonas preferenciales, la producción de imágenes para redes sociales y las dinámicas de consumo forman parte de una experiencia que ocupa un lugar relevante dentro de los circuitos nocturnos juveniles de Metepec.

La diversidad de espacios que integran la geografía nocturna metepequense evidencia que estas dinámicas adquieren expresiones distintas según el establecimiento y los públicos que participan en ellos. Mientras algunos clubes nocturnos congregan públicos juveniles relativamente amplios y diversos, otros desarrollan formas de segmentación relacionadas con la edad, las redes de sociabilidad y determinados mecanismos de reconocimiento grupal. Bajo esta lógica, resulta pertinente dirigir la atención hacia El Club, un espacio que permite profundizar en

la manera en que ciertos sectores juveniles construyen experiencias nocturnas más delimitadas y producen formas particulares de pertenencia, identificación colectiva y apropiación de la noche dentro de los circuitos contemporáneos de entretenimiento juvenil.

3.4.2 El “Club”

El Club se encuentra ubicado sobre la calle Leona Vicario, una de las vialidades con mayor actividad nocturna dentro del municipio de Metepec. Su localización resulta relevante debido a que esta zona concentra diversos establecimientos orientados al entretenimiento, la gastronomía y la recreación nocturna, convirtiéndose en un importante corredor de movilidad juvenil durante los fines de semana. Dentro de este contexto, El Club ocupa un lugar significativo para determinados sectores juveniles debido a la forma en que organiza el acceso, regula la participación de los asistentes y construye una experiencia nocturna asociada con la pertenencia grupal y ciertas formas de exclusividad. Las observaciones, recorridos etnográficos, entrevistas e interacciones que sustentan este análisis fueron realizadas entre 2024 y 2026, periodo que permitió documentar de manera continua las dinámicas de acceso, permanencia y sociabilidad desarrolladas dentro del establecimiento, así como las transformaciones observadas entre distintos grupos juveniles que participan regularmente en su vida nocturna.

El Club se caracteriza por desarrollar mecanismos de acceso que influyen directamente en la configuración de sus públicos. Aunque formalmente el ingreso puede realizarse mediante la adquisición de boletos o preventas distribuidas previamente, contar con una entrada no garantiza necesariamente el acceso al establecimiento. Factores relacionados con la capacidad operativa del evento, las reservaciones existentes, la presencia de artistas invitados, la realización de eventos privados o determinadas decisiones administrativas pueden modificar las condiciones de ingreso. En la práctica, el acceso se encuentra atravesado por criterios vinculados con la organización del evento, las dinámicas internas del establecimiento y las relaciones que circulan entre quienes frecuentan regularmente este espacio nocturno.

El acceso al establecimiento se encuentra mediado por una cadena visible ubicada en el exterior del inmueble, elemento que conserva una fuerte carga simbólica dentro de la cultura nocturna contemporánea. Urzúa Romero (2012), en su investigación sobre la discoteca La Gabana de Toluca, documentó la importancia de los mecanismos de seguridad y control en la organización cotidiana de los centros nocturnos. En El Club, la espera, la observación y la selección forman parte de una experiencia que se desarrolla frente a quienes transitan por la zona. La cadena organiza el ingreso de los asistentes y al mismo tiempo comunica que se trata de un espacio con una importante afluencia dentro de la vida nocturna local. Permanecer en ella implica integrarse temporalmente a una dinámica donde los asistentes observan y son observados antes de ingresar al establecimiento.

Fotografía 7. El Club.[7]



Fuente: elaboración propia (trabajo de campo, 2025).

[7] *Nota.* La composición muestra el acceso al establecimiento, la congregación de asistentes y uno de los espacios tematizados, elementos que articulan la experiencia nocturna juvenil.

Las observaciones realizadas durante el trabajo de campo permitieron identificar que la presentación corporal ocupa una posición relevante dentro de las dinámicas de acceso. La vestimenta, el arreglo personal y determinadas formas de presentación pública funcionan como elementos que facilitan la integración de los asistentes a la estética predominante del establecimiento. En el caso de los hombres predominan combinaciones compuestas por camisas, pantalones oscuros, calzado casual-formal y estilos asociados a una imagen juvenil contemporánea. Entre las mujeres son frecuentes vestidos, conjuntos coordinados, prendas de diseño actual y estilos vinculados con la elegancia nocturna. Estas prácticas muestran la existencia de expectativas compartidas sobre las formas de presentación consideradas apropiadas dentro de este tipo de espacios.

Thornton (1995) señala que los espacios asociados a las culturas club producen formas específicas de capital subcultural donde la pertenencia se encuentra vinculada con el dominio de determinados códigos estéticos, sociales y culturales. En El Club, el ingreso también supone cierta familiaridad con formas de comportamiento, estilos de consumo y dinámicas de interacción reconocidas por quienes frecuentan regularmente el establecimiento.

Dentro de estas dinámicas adquiere especial relevancia la figura de los RP o relaciones públicas. Estos actores funcionan como intermediarios entre el establecimiento y los potenciales asistentes, facilitando información sobre eventos, reservaciones y condiciones de acceso. Su labor también se relaciona con la construcción de redes de sociabilidad que permiten a determinados jóvenes establecer vínculos con personas que frecuentan regularmente el espacio. La pertenencia a estas redes puede favorecer procesos de familiarización previos al ingreso y fortalecer el conocimiento de las dinámicas internas del establecimiento.

Las observaciones etnográficas permitieron identificar que numerosos jóvenes desarrollan estrategias orientadas a familiarizarse con los códigos estéticos y sociales predominantes dentro del club. Una práctica recurrente consiste en observar fotografías y

publicaciones compartidas en redes sociales por asistentes frecuentes con la finalidad de conocer estilos de vestimenta, formas de presentación corporal y dinámicas de interacción consideradas habituales dentro del espacio. Estas prácticas pueden interpretarse como procesos de aprendizaje social mediante los cuales las y los jóvenes buscan comprender los códigos que organizan la experiencia nocturna dentro del establecimiento.

Como recordó Susana, una joven que se identifica con la estética gótica y que durante algún tiempo intentó ingresar a El Club:

"Yo siempre había querido entrar a este club, pero siento que mucho tenía que ver mi apariencia. Yo me identifico como una chava gótica y siempre me ha gustado vestir con ropa negra, usar cadenas, picos, pintarme el cabello y los labios de color morado. Tenía amigas que estudiaban en escuelas privadas y veía las fotos que subían de este lugar; se me hacía muy padre y yo también quería conocerlo. Las primeras veces que intenté entrar me dijeron que ya no había cupo. Después regresé con otras amigas y volvió a pasar lo mismo, entonces sí me sentí mal. Empecé a pensar por qué ellas sí podían entrar y yo no. Me puse a ver cómo iban vestidas, cómo se tomaban las fotos y qué tipo de ropa usaban. La siguiente vez decidí arreglarme parecido a ellas y entré con un grupo de amigas que ya iban seguido. Así sí pude pasar. Después entendí que no era solamente por la ropa, sino por todo lo que representa estar ahí. También me di cuenta de que los RP buscan conocerte antes; incluso me enviaban solicitudes en redes sociales y yo sentía que querían ver quién eras o de dónde venías. Aunque yo pagaba mi reservación, eso nunca me garantizaba el acceso. Al final pude entrar porque entendí cómo funcionaba el lugar y me adapté a esos códigos" (Susana, entrevista, 2025).

El relato de Susana permite apreciar que el ingreso a El Club se construye mediante un proceso de aprendizaje de los códigos que organizan la vida cotidiana del establecimiento. Sus intentos por acceder al espacio la llevaron a observar las formas de vestir, la manera en que otros jóvenes se presentan en redes sociales y las relaciones que mantienen con quienes frecuentan

el lugar. A partir de esa experiencia, fue ajustando su propia forma de presentarse hasta lograr incorporarse a esa dinámica.

La experiencia descrita refleja la importancia que adquieren distintas formas de capital social, cultural y simbólico dentro de la vida nocturna juvenil (Bourdieu, 1979 ; Thornton, 1995). La familiaridad con ciertos códigos estéticos, las redes de amistad y el conocimiento práctico del funcionamiento del establecimiento forman parte de los recursos que las y los jóvenes movilizan para integrarse a este espacio. La espera en la cadena, la observación de otros asistentes y las estrategias que cada persona desarrolla para ingresar expresan formas de sociabilidad mediante las cuales se construyen vínculos, afinidades y sentidos de pertenencia entre quienes participan de manera recurrente en este circuito nocturno.

Uno de los aspectos más significativos observados durante el trabajo de campo es la composición generacional de los asistentes que frecuentan regularmente El Club. A diferencia de otros espacios nocturnos analizados en esta investigación, donde convergen públicos más diversos en términos de edad y trayectorias sociales, este establecimiento concentra principalmente a jóvenes ubicados entre los dieciocho y los veinticuatro años de edad. Aunque ocasionalmente es posible observar asistentes de mayor edad, la configuración predominante del espacio se orienta hacia sectores juveniles que transitan entre los últimos años de preparatoria, la educación universitaria o las primeras etapas de inserción laboral.

Esta característica constituye uno de los elementos que dan forma a la identidad social del establecimiento. Las observaciones realizadas entre 2024 y 2026 permitieron identificar que muchos asistentes reconocen a El Club como un espacio donde conviven principalmente con personas que comparten referentes generacionales similares, estilos de vida cercanos y trayectorias educativas comparables. La afinidad etaria facilita procesos de integración y favorece la construcción de vínculos sociales entre quienes participan regularmente en la vida nocturna del lugar.

La relación entre juventud y espacio nocturno adquiere especial relevancia durante la realización de eventos vinculados con instituciones educativas. A lo largo del trabajo de campo fue posible documentar diversas celebraciones organizadas por estudiantes universitarios, así como eventos asociados con grupos de preparatoria próximos a concluir sus estudios. Aunque estas actividades no representan la totalidad de la programación del establecimiento, permiten observar cómo determinados sectores juveniles utilizan el club nocturno como escenario para celebrar transiciones biográficas relacionadas con la vida académica.

Particularmente relevantes resultan aquellos eventos donde grupos estudiantiles provenientes de universidades privadas con presencia en la región organizan reuniones, fiestas de integración, celebraciones de fin de semestre o actividades relacionadas con sus comunidades estudiantiles. Instituciones como el Tecnológico de Monterrey Campus Toluca, la Universidad Anáhuac, la Universidad Iberoamericana y otros centros educativos con perfiles similares aparecen recurrentemente dentro de los relatos obtenidos durante el trabajo de campo. La importancia de este fenómeno se encuentra en la manera en que estos espacios fortalecen redes de amistad, favorecen formas de identificación colectiva y contribuyen a la construcción de experiencias compartidas entre jóvenes que comparten trayectorias educativas semejantes.

De manera similar, también fue posible identificar la realización de eventos asociados con estudiantes de preparatoria. En algunos casos participan grupos provenientes de instituciones como PrepaTec o Cumbres, quienes utilizan el establecimiento como escenario para celebrar cierres de ciclo escolar, graduaciones, fiestas de bienvenida o actividades organizadas por sus propias generaciones. Estas prácticas muestran cómo la experiencia nocturna comienza a incorporarse progresivamente a determinados procesos de transición juvenil, funcionando como una forma de acercamiento a dinámicas de sociabilidad que posteriormente continuarán desarrollándose en bares, antros y otros clubes nocturnos durante la etapa universitaria.

Estos procesos resultan relevantes porque permiten observar cómo las juventudes construyen espacios de convivencia asociados a momentos específicos de sus trayectorias biográficas. El club nocturno funciona como un espacio donde se celebran logros académicos, se fortalecen amistades, se construyen memorias colectivas y se producen experiencias vinculadas con distintas etapas de la vida juvenil.

Las redes de amistad también influyen en la manera en que las y los jóvenes construyen su experiencia dentro de El Club. Para muchas y muchos asistentes, la salida nocturna comienza desde la organización previa con sus grupos de amistades, donde acuerdan reuniones, celebraciones y encuentros que, en la mayoría de los casos, se sostienen sobre vínculos construidos en otros espacios de la vida cotidiana, como la universidad, el gimnasio o los lugares que frecuentan habitualmente. Al hablar sobre estas dinámicas, Kenia, una joven que asiste regularmente al establecimiento, comentó:

"Aquí en Metepec realmente hay dos opciones: venir al Club o ir al Anti Social. Casi siempre terminas prefiriendo uno y ya sabes con cuál te identificas más. A mí me gusta mucho el Club porque prácticamente todos nos conocemos. Tenemos un grupo en *WhatsApp* donde empezamos a organizar todo; ahí vemos quién va a ir, quién va a celebrar su *birthday* o si hay algún plan para ese fin de semana. Entonces ya llegas sabiendo con quién te vas a encontrar. Lo único que a veces se complica es que varios de mis amigos son foráneos. Tengo amigas que viven en Atlacomulco y otras en Ciudad de México, así que los viernes muchas veces se regresan a sus casas y ya no alcanzan a venir. Cuando sí se quedan el fin de semana aprovechamos para salir todos juntos. Al final el ambiente se siente muy familiar porque la mayoría nos conocemos de la uni, del *Gym* o de otros lugares donde convivimos entre semana." (Kenia, entrevista, 2025).

Las experiencias compartidas por Kenia muestran que la movilidad estudiantil también forma parte de la organización de la vida nocturna en Metepec. La presencia de jóvenes provenientes de otras ciudades modifica la integración de los grupos de amistad y la asistencia

al establecimiento durante los fines de semana, al tiempo que fortalece formas de sociabilidad construidas desde espacios como la universidad y que continúan desarrollándose dentro de El Club.

Las observaciones realizadas durante el trabajo de campo muestran que El Club funciona como un punto de encuentro para jóvenes cuyas redes de amistad se construyen tanto dentro como fuera de las instituciones educativas. La asistencia al establecimiento suele encontrarse vinculada con grupos previamente conformados en escuelas, universidades, espacios deportivos o círculos de amistad que se extienden hacia la vida nocturna. En consecuencia, buena parte de las interacciones observadas se desarrollan entre personas que comparten antecedentes escolares, amistades en común o experiencias generacionales semejantes.

El Club puede comprenderse como un espacio donde convergen procesos de sociabilidad juvenil estrechamente vinculados con la edad, las trayectorias educativas y las redes de amistad. La asistencia recurrente fortalece vínculos previamente existentes y favorece la construcción de nuevas relaciones entre jóvenes que comparten referentes similares. De esta manera, el establecimiento participa activamente en la producción de experiencias de convivencia, pertenencia y reconocimiento entre quienes forman parte de estos circuitos juveniles.

La música continúa siendo uno de los principales elementos que organizan la experiencia nocturna dentro de El Club. Como se señaló en el apartado dedicado a Anti Social Club, la programación musical presenta amplias similitudes entre ambos establecimientos. En este espacio predominan géneros como la música electrónica, el reguetón contemporáneo y los corridos tumbados, entre otros repertorios que forman parte de los consumos musicales más frecuentes de las juventudes que participan en la vida nocturna de Metepec.

Estas coincidencias responden, en buena medida, a que ambos clubes nocturnos comparten perfiles juveniles con características sociales semejantes. La circulación constante de

asistentes entre uno y otro establecimiento favorece la permanencia de repertorios musicales similares, al tiempo que refleja la influencia de la cultura de masas, las plataformas digitales y las industrias culturales en la construcción de gustos compartidos. Más que constituir propuestas musicales diferenciadas, ambos espacios reproducen referentes sonoros ampliamente reconocidos por las juventudes que integran estos circuitos de sociabilidad nocturna.

La configuración espacial del establecimiento también contribuye a la construcción de la experiencia nocturna. La pista de baile ocupa la parte central del club y se encuentra acompañada por una cabina de DJ, pantallas LED, luces robóticas, láseres, estrobos y máquinas de humo que transforman constantemente el ambiente conforme avanza la noche. La combinación de estos elementos favorece formas particulares de interacción entre las y los asistentes, donde el baile, la proximidad corporal y la convivencia adquieren un papel central. Desde la perspectiva de Turner (1969), estas características pueden entenderse como parte de un espacio liminal, en el que las juventudes suspenden temporalmente las dinámicas de la vida cotidiana para incorporarse a una experiencia colectiva articulada alrededor del movimiento, la música y la interacción social. Durante los momentos de mayor afluencia, la pista de baile concentra gran parte de estas prácticas, convirtiéndose en el principal escenario donde se fortalecen los vínculos, los encuentros y las formas de sociabilidad que caracterizan la experiencia nocturna dentro de El Club.

La intensidad emocional observada en estos momentos puede analizarse a partir del concepto de efervescencia colectiva desarrollado por Durkheim (2012). Determinadas situaciones sociales favorecen la aparición de estados emocionales compartidos que fortalecen los vínculos grupales y generan sentimientos de integración entre quienes participan en ellos. La música, la sincronización corporal y la experiencia colectiva del baile crean condiciones propicias para la aparición de este tipo de dinámicas.

Maffesoli (1990) señala que numerosos espacios contemporáneos de convivencia juvenil funcionan como escenarios donde los individuos experimentan formas temporales de comunión emocional. La relevancia de la experiencia nocturna se relaciona con la posibilidad de participar en emociones compartidas que fortalecen sentimientos de cercanía y pertenencia colectiva. Dentro de esta dinámica, la pista de baile se convierte en un espacio donde la experiencia grupal adquiere una importancia central.

La identidad que las y los jóvenes construyen alrededor de El Club también se expresa en los gustos, las formas de convivencia y los referentes culturales que comparten cotidianamente. Entre quienes frecuentan este espacio existe un reconocimiento mutuo basado en afinidades que trascienden la propia vida nocturna y se extienden hacia otros ámbitos de su vida diaria. La preferencia por determinados géneros musicales, la manera de vestir y los espacios que acostumbran frecuentar forman parte de esos elementos compartidos. Al hablar sobre ello, Diego, uno de los asistentes entrevistados durante el trabajo de campo, comentó:

“A mí me gusta venir al Club porque soy muy estricto con la música que escucho cuando salgo. La verdad no me identifico mucho con el reguetón, el perreo o el pop, entonces esa vibra no va conmigo. Este es de los pocos lugares de la zona donde realmente les dan espacio a géneros como el *house* o el *techno* y no cambian todo el tiempo la música por lo que la mayoría quiere escuchar. También me gusta porque ya sabes qué tipo de personas van a venir y muchos compartimos esos mismos gustos musicales. Sí llegan a poner reguetón, pero es muy poco y no es lo que domina durante toda la noche. Precisamente por eso mis amigos y yo preferimos venir aquí, porque ese estilo ya forma parte de la identidad del lugar. En otros sitios la música cambia constantemente para seguir lo que la mayoría quiere escuchar; aquí mantienen una esencia que hace que la experiencia sea diferente y por eso seguimos regresando.” (Diego, entrevista, 2025).

Las experiencias compartidas por las y los asistentes muestran que El Club constituye un espacio donde convergen la música, la corporalidad y la sociabilidad juvenil. La convivencia entre

grupos de amigos, estudiantes y asistentes frecuentes fortalece vínculos construidos dentro y fuera del establecimiento, al tiempo que favorece formas de identificación sustentadas en gustos compartidos, prácticas de convivencia y referentes culturales que dan continuidad a la experiencia nocturna más allá de una sola noche.

El análisis de este establecimiento permite comprender que la nocturnidad juvenil contemporánea se encuentra integrada por experiencias diversas donde cada espacio desarrolla dinámicas particulares de interacción y pertenencia. En el caso de El Club, la edad, las trayectorias educativas, las redes de amistad y la música adquieren una importancia central en la configuración de la experiencia nocturna. La asistencia al establecimiento forma parte de procesos más amplios mediante los cuales las juventudes construyen afinidades, fortalecen relaciones sociales y producen formas de identificación compartidas dentro de la vida nocturna de Metepec.

Tanto El Club como Anti Social Club evidencian que los clubes nocturnos contemporáneos participan activamente en la producción de experiencias juveniles vinculadas con el consumo, la emoción, la identidad y la pertenencia. Las observaciones realizadas durante esta investigación muestran que la experiencia nocturna no concluye necesariamente cuando estos espacios cierran sus puertas. Numerosos jóvenes continúan prolongando la noche mediante recorridos, desplazamientos y encuentros que extienden la sociabilidad más allá de los horarios establecidos por los propios establecimientos. Esta situación conduce hacia otras formas de apropiación de la noche caracterizadas por una mayor flexibilidad espacial y temporal. Entre ellas destacan particularmente el *after* y el *rave*, espacios que permiten comprender cómo las juventudes prolongan, transforman y resignifican la experiencia nocturna más allá de los límites de bares, antros y clubes nocturnos.

Capitulo IV. Espacios y lugares alternativos del *after*

4.1 El *after* como prolongación de la experiencia nocturna

La comprensión del fenómeno contemporáneo del *after* requiere analizar la manera en que las sociedades modernas han expandido progresivamente sus actividades hacia horarios cada vez más alejados de los ritmos convencionales de descanso. El *after* forma parte de un proceso histórico relacionado con la transformación de la noche en un espacio social ocupado por múltiples actores. Bajo esta lógica, la noche deja de entenderse exclusivamente como un tiempo destinado al reposo para convertirse en un escenario donde se desarrollan actividades económicas, recreativas, culturales y diversas formas de interacción social.

Uno de los autores que ha estudiado con mayor profundidad este proceso es Murray Melbin (1978), quien propone comprender la expansión de las actividades nocturnas como una forma de colonización temporal. Según el autor, las sociedades contemporáneas han extendido progresivamente sus prácticas hacia territorios temporales que anteriormente permanecían poco ocupados, produciendo transformaciones profundas en la organización de la vida cotidiana. Para Melbin (1978), la noche constituye una nueva frontera social donde los individuos desarrollan actividades que antes se encontraban limitadas por los ciclos naturales de luz y oscuridad. Esta expansión favoreció la aparición de nuevas formas de convivencia, recreación y producción cultural que continúan reconfigurando los usos sociales del tiempo.

El *after* puede entenderse como una de las expresiones más visibles de este proceso. Aunque Melbin no utiliza directamente dicho concepto, sus planteamientos ayudan a explicar cómo la ampliación progresiva de la actividad humana hacia horarios nocturnos generó las condiciones para la aparición de espacios donde la interacción social continúa después del cierre de bares, antros y clubes nocturnos. El *after* representa la continuidad de la vida social nocturna hacia temporalidades cada vez más alejadas de los horarios regulados institucionalmente.

Los planteamientos recientes dentro de los *Nightlife Studies* han contribuido a ampliar esta discusión al señalar que la expansión de las actividades nocturnas forma parte de transformaciones económicas, culturales y sociales que han modificado la manera en que distintos actores experimentan la ciudad durante la noche. Nofre y García-Ruiz (2023) sostienen que la creciente "nocturnalización de la vida cotidiana" ha favorecido la aparición de nuevas formas de habitar, experimentar y apropiarse de la ciudad durante horarios tradicionalmente asociados al descanso. Esta perspectiva permite situar al after dentro de transformaciones más amplias relacionadas con la extensión de la vida social hacia temporalidades cada vez más prolongadas, donde la convivencia y las prácticas recreativas continúan desarrollándose después del cierre de los espacios nocturnos convencionales.

Este fenómeno transforma la relación entre tiempo, espacio y sociabilidad. Mientras los establecimientos nocturnos convencionales operan bajo horarios definidos, mecanismos de control y formas relativamente estandarizadas de entretenimiento, el *after* se desarrolla en contextos caracterizados por una mayor flexibilidad espacial y temporal. La experiencia nocturna se desplaza de los espacios comerciales hacia escenarios donde las propias personas participantes reorganizan las condiciones de convivencia, interacción y permanencia. Casas, departamentos, terrazas, bodegas, terrenos, espacios improvisados y otros entornos cotidianos son resignificados temporalmente como lugares de encuentro donde la noche continúa desarrollándose después de los límites establecidos por la regulación formal.

Esta reorganización temporal también modifica las formas de sociabilidad. A diferencia de los espacios comerciales abiertos al público general, los afters suelen estructurarse mediante redes de confianza, amistad y reconocimiento previo. El acceso normalmente se encuentra mediado por vínculos personales que permiten la incorporación de nuevos participantes a partir de recomendaciones, invitaciones o relaciones construidas durante otros recorridos nocturnos. Como consecuencia, la interacción se desarrolla dentro de grupos relativamente reducidos donde

la familiaridad, la cercanía afectiva y el sentido de pertenencia adquieren una presencia significativa.

Las dinámicas observadas en estos espacios pueden analizarse a partir de los planteamientos de Maffesoli (1990), quien señala que gran parte de las formas contemporáneas de sociabilidad se articulan mediante comunidades afectivas temporales sustentados en emociones compartidas, experiencias comunes y vínculos construidos alrededor de intereses específicos. Los afters funcionan como escenarios donde las y los participantes fortalecen relaciones previamente existentes, generan nuevas formas de identificación colectiva y producen experiencias compartidas que trascienden la permanencia física dentro de un mismo espacio.

La continuidad de la fiesta constituye otro de los elementos centrales para comprender la lógica social del after. Nieto Calleja y Becerra Pozos (2024) señala que estos espacios también surgen como respuesta a determinadas limitaciones presentes en los circuitos nocturnos institucionalizados. Bajo esta lógica, numerosos participantes buscan entornos donde las dinámicas de interacción resulten menos reguladas, más flexibles y menos condicionadas por los mecanismos comerciales que organizan gran parte de la vida nocturna contemporánea. El *after* aparece, así como una forma de apropiación temporal y espacial mediante la cual los actores producen escenarios alternativos de convivencia.

La producción de estos espacios implica además procesos de resignificación material. Lugares originalmente destinados a otros usos son transformados temporalmente en escenarios recreativos mediante la incorporación de música, iluminación, mobiliario improvisado y diversas formas de apropiación colectiva. Como plantea De Certeau (2000), los sujetos no se limitan a ocupar los espacios disponibles, sino que los reinterpretan y les atribuyen nuevos usos a partir de sus prácticas cotidianas. Desde esta perspectiva, el valor social del *after* se construye mediante las relaciones que hacen posible su existencia y los significados que los participantes atribuyen a la convivencia, la confianza, el disfrute y la continuidad de la experiencia nocturna.

El *after* puede comprenderse como una configuración particular de la nocturnidad donde convergen procesos de expansión temporal, apropiación espacial y construcción de comunidades afectivas temporales. A través de estas prácticas, las y los jóvenes extienden la convivencia, reorganizan los ritmos cotidianos y producen experiencias compartidas que se desarrollan fuera de los horarios convencionales de la ciudad. Este marco permite comprender las características que adquieren dichas dinámicas dentro de los contextos urbanos contemporáneos y, de manera específica, dentro de las configuraciones nocturnas observadas en Metepec.

4.1.1 Los *afters* domésticos: prolongación de la experiencia nocturna y sociabilidades juveniles en espacios habitacionales de Metepec

Si bien la literatura especializada permite comprender el *after* como una prolongación temporal de la experiencia nocturna, las observaciones realizadas durante el trabajo de campo muestran que la continuidad de la noche adopta formas distintas entre quienes participan en una misma salida. La transición entre los espacios institucionalizados de entretenimiento y los afters domésticos suele desarrollarse de manera gradual, a medida que las y los jóvenes toman decisiones relacionadas con su permanencia dentro de la noche. En este proceso intervienen diversos factores, entre ellos las restricciones familiares, la disponibilidad económica, los niveles de cansancio acumulado, el estado físico derivado del consumo de alcohol y las responsabilidades académicas o laborales del día siguiente. Conforme avanza la madrugada, la composición de los grupos comienza a modificarse.

Esta dinámica pudo observarse durante una salida realizada por un grupo de estudiantes universitarios que previamente habían asistido al Mesón. Inicialmente, el grupo estaba integrado por doce jóvenes pertenecientes a distintas instituciones de educación superior establecidas en Metepec. A lo largo de la noche participaron en actividades asociadas a la dinámica habitual del establecimiento: baile, convivencia, consumo de bebidas alcohólicas e interacción con otros

asistentes. Una vez aproximado el horario de cierre comenzaron a manifestarse los primeros procesos de fragmentación del grupo. Dos jóvenes decidieron retirarse debido a los horarios establecidos por sus familias, mientras que otro integrante presentó un estado considerable de intoxicación alcohólica que motivó la intervención de sus familiares para trasladarlo a su domicilio.

Para quienes permanecieron, la noche continuaba abierta a nuevas posibilidades de convivencia. El cierre del establecimiento implicaba también el agotamiento de una parte importante de los recursos económicos disponibles. Como señalaron varios interlocutores, una de las razones que motivó la organización del *after* fue la imposibilidad de continuar consumiendo dentro de un espacio comercial donde los precios de las bebidas resultaban considerablemente más elevados. A partir de ese momento, la continuidad de la fiesta dependió de acuerdos colectivos relacionados con el dinero disponible, la compra de bebidas y la organización del siguiente destino.

Antes de abandonar las inmediaciones del establecimiento, los participantes realizaron una coperacha, práctica ampliamente reconocida entre distintos grupos juveniles para reunir recursos económicos destinados a un objetivo común. Algunos aportaron dinero en efectivo mientras que otros realizaron transferencias electrónicas mediante aplicaciones bancarias desde sus teléfonos móviles. La cantidad reunida sería utilizada para adquirir bebidas alcohólicas, cigarros y otros insumos necesarios para continuar la convivencia fuera de los circuitos comerciales de la vida nocturna. La coperacha distribuía los gastos entre todos los participantes y reforzaba los compromisos colectivos asociados a la organización del *after*.

Una vez reunidos los recursos, el grupo decidió trasladarse hacia una vivienda habitada por dos estudiantes universitarios foráneos que compartían una casa rentada dentro de una zona residencial de Metepec. La distancia entre ambos puntos podía recorrerse caminando en aproximadamente cuarenta minutos. La decisión de realizar el trayecto a pie permitió observar

otra dimensión de la nocturnidad juvenil: los desplazamientos que conectan distintos momentos de una misma experiencia nocturna. Al recordar ese recorrido, Laura comentó:

“Al chile, mis homies y yo ya habíamos gastado un buen de dinero desde que entramos al antro. Primero pagamos el cover y luego nos dejaron caer una botella en quinientos pesos, cuando esa misma botella en Garis cuesta mucho menos. Entre todos ya nos habíamos gastado una buena feria, así que preferimos comprar otra botella para seguir la peda que gastar todo en taxis. Veníamos un buen y ni de pedo alcanzábamos todos en dos carros. Además, caminar también era parte del plan porque veníamos platicando de todo lo que había pasado en el antro, riéndonos, echando relajo y viendo qué más íbamos a comprar antes de llegar a la casa de mi compa. Todavía faltaba un buen rato para que terminara la peda y la idea era seguirla, no gastar el dinero en el transporte. Ya ves que a esas horas los *‘Didi’* y los *‘Uber’* se remanchan y casi te quieren cobrar el doble. También nos animamos porque esa avenida tiene buen alumbrado y siempre pasan carros, entonces nos sentíamos relativamente seguros. De hecho, hasta nos servía caminar porque así se nos iba bajando un poco la peda antes de llegar a la casa de mi compa, seguirla y amanecer juntos.” (Laura, entrevista, 2025).

El recorrido hacia la vivienda también formó parte de la experiencia colectiva del grupo. Durante la caminata continuaron las conversaciones, las bromas y el intercambio de anécdotas sobre lo ocurrido durante la noche, de modo que el desplazamiento se convirtió en otro espacio de convivencia. El trayecto fortaleció los vínculos entre quienes participaron y dio continuidad a la sociabilidad construida desde el inicio de la salida, incorporando el propio recorrido como un momento más de la experiencia nocturna.

Durante el trayecto, los jóvenes atravesaron algunas de las principales vialidades que articulan la vida nocturna metepequense. La caminata formó parte de la propia experiencia festiva. Las conversaciones continuaron desarrollándose mientras el grupo avanzaba por calles iluminadas, intercambiando anécdotas, comentarios sobre los acontecimientos ocurridos durante

la noche y planes para las horas siguientes. Algunos aprovecharon el recorrido para adquirir alimentos en puestos instalados sobre las avenidas principales, práctica que posteriormente describieron como una forma de “bajar el peda”, es decir, reducir parcialmente los efectos del alcohol antes de continuar consumiendo.

La organización del after también implicó la activación de redes locales de abastecimiento que las y los jóvenes conocen a partir de sus recorridos habituales por la vida nocturna de Metepec. Conforme avanza la madrugada, identifican aquellos establecimientos que permanecen abiertos, los trayectos más utilizados y los puntos donde todavía es posible conseguir bebidas alcohólicas, botanas y otros productos para prolongar la convivencia. Antes de llegar a la vivienda, el grupo realizó una parada en una pequeña tienda de abarrotes que continúa ofreciendo servicio durante gran parte de la madrugada. Mientras nos dirigíamos hacia ese lugar, Alexander comentó:

“Vamos a tocarle a Doña Pelos porque ya sabemos que todavía está despierta. Siempre que seguimos la peda sabemos que ahí encontramos lo que necesitamos. La neta, pues no nos prevenimos porque ni siquiera sabíamos que hoy la íbamos a amanecer, entonces la coperacha nos salvó. Con lo que juntamos compramos dos botellas, unas caguamas, unas papas, unos cheetos y otras botanas porque todavía esto va para largo y queremos seguirla. Entre todos juntamos la lana. Te soy honesto, no reunimos mucho porque ya veníamos bien gastados; en el antro nos dejaron caer las botellas bien caras y eso ya nos limitó un poco. Ya sabes que sale muy caro seguir tomando ahí y normalmente cierran como a las tres de la mañana, así que de ahí ya es de ley seguirla hasta amanecer en el after. Como decimos nosotros: ‘vamos a comprar tequila Clase Azul, pero sin clase’. ¿Y te preguntarás por qué? Pues porque todos los niños fresas toman Clase Azul, pero como nosotros no somos fresas y de todos modos queremos tomar tequila, decimos que vamos por ‘Clase Azul, pero sin clase’. En realidad, ni siquiera es tequila, es un destilado de agave, que sale mucho más barato, y la neta Doña Pelos nos lo deja en

ochenta pesitos, así que con ciento sesenta compramos dos. Hace rato subí una historia diciendo que nos la íbamos a seguir en la casa de mi compa, a ver quién le cae todavía a estas horas. Seguro todavía llegan unos tres o cuatro vales con unas morritas. Ya de aquí nos vamos a seguir la peda, poner música y amanecerla." (Alexander, entrevista, 2025).

La parada en la tienda de Doña Pelos permite apreciar cómo las y los jóvenes incorporan a sus recorridos nocturnos espacios que conocen por experiencia y que forman parte de sus prácticas habituales de convivencia. Estos establecimientos facilitan la continuidad del *after* al ofrecer alternativas accesibles para abastecerse durante la madrugada y se integran a los circuitos cotidianos mediante los cuales las juventudes prolongan la vida nocturna en Metepec.

Al llegar a la vivienda, la organización del after continuó mediante acuerdos construidos entre las y los participantes. Mientras algunos comenzaron a preparar las bebidas, otros acomodaban el espacio, buscaban más sillas, conectaban las bocinas y organizaban la música para quienes seguían llegando. La distribución de estas tareas surgió de manera espontánea conforme aumentaba el número de asistentes. Al recordar ese momento, Emanuel comentó:

"La neta decidimos hacer unas aguas locas porque llegó mucha más banda de la que esperábamos, pero todo fue por culpa de ese güey de Alexander, que subió una historia diciendo que íbamos a hacer una pedita. La neta no iba a alcanzar para todos. En cuanto empezaron a caer más vales dijimos: 'ni modo, hay que hacer aguas locas'. Con los tequilas, los refrescos, el hielo y los limones que ya teníamos aquí en la casa empezamos a preparar todo entre varios. Le dije al güey del Pablo que se trajera el garrafón, que le vaciara el agua que quedaba y ya ahí empezamos a echarle primero los tequilas, luego el refresco, el agua mineral, los limones, la sal y todo lo demás. De putazo ya iban a salir como veinte litros y con eso alcanzaba para todos estos güeyes. Mientras tanto le gritamos a la Lorena que dejara de hacerse mensa y sacara más sillas porque la casa ya se estaba llenando. También Juan se puso a cargar la bocina porque luego a media peda se queda sin batería. La idea era que cuando llegara la demás banda ya

estuviera todo listo y nadie se preocupara por nada, nomás por seguir la peda y amanecerla juntos. A ver quién sobrevive... no te creas, esperemos que todo salga bien.” **(Emanuel, entrevista, 2025).

La organización del *after* fue resultado de acuerdos que surgieron de manera espontánea entre quienes participaron. Mientras unos preparaban las bebidas, otros acondicionaban los espacios, organizaban la música o buscaban lo necesario para recibir a quienes seguían llegando. Conforme avanzaba la madrugada, la vivienda dejó de ser únicamente un espacio habitacional para convertirse en un lugar de convivencia donde las propias y los propios jóvenes definían el ritmo de la reunión, distribuían las actividades y prolongaban la experiencia nocturna a partir de formas de organización construidas colectivamente.

Fotografía 8. Secuelas del *after* doméstico.



Fuente: elaboración propia (trabajo de campo, 2025).

Conforme avanzaba la madrugada, el ritmo de la reunión comenzó a depender cada vez menos del horario y más de la disposición de las y los participantes para permanecer juntos.

Mientras algunos continuaban conversando, otros preparaban algo de comer, descansaban unos minutos o buscaban recuperar fuerzas para seguir el after. En medio de ese ambiente, fue posible observar cómo el cansancio también daba lugar a formas de cuidado, bromas y acompañamiento entre quienes integraban el grupo. En ese momento, Alexander comentó:

"Mira este pendejo, ya lo veo con los ojos bien llorosos y nomás anda ladeando. A ver, aguanta, güey, eres un guerrero. Tienes que aguantar la peda. Ve a la cocina; adentro de la estufa hay teleras y todavía hay un buen de jamón en el refri. Ya tienes con qué bajar avión y luego te regresas porque todavía falta un buen. No has coronado aún, todavía tienes que agarrarte una morrita chida. Aquí nadie se duerme tan temprano. Es más, yo también voy a comer. Vente, Carlitos, vamos a bajar avión. Hay un chingo de teleras, hay que hacernos unas tortas. Sírvete algo de comer también, pinche Pablo, ya te veo que te estás apendejando. Ahorita que se nos baje el avión nos servimos otros tragos, al fin sobró un buen en el garrafón. Además, todavía falta un buen de banda por llegar, a ver si llegan. Ya casi amanece. ¿Cómo se van a rajar, güeyes? Aguanten tantito. Hay que poner música más prendida. Lo importante es seguir la peda, que todos estemos bien y que nadie se me apendeje, porque si luego nos cae la tira, ahí sí ya valimos. Pero también no te pases de güey, pinche Zaid, bájale tantito al volumen, si no van a ir de chismosos los vecinos." (Alexander, entrevista, 2025).

Este tipo de expresiones formaba parte de las interacciones cotidianas observadas durante el *after.* A través del humor, las bromas y el acompañamiento entre amigos, los participantes reforzaban la cohesión grupal y alentaban la permanencia de quienes comenzaban a mostrar señales de agotamiento.

La música ocupó igualmente una posición central dentro de la reunión. Las listas de reproducción eran construidas colectivamente por los propios asistentes, quienes alternaban canciones y géneros de acuerdo con los gustos del grupo. Corridos tumbados, reguetón, *electrónica, techno, house*, pop en español e inglés, cumbia y diversos repertorios musicales

convivían durante una misma noche. La diversidad musical observada refleja un ambiente donde distintos gustos son negociados constantemente por los participantes y donde las fronteras entre géneros resultan poco rígidas.

Conforme avanzaba la madrugada aparecieron los primeros indicios del amanecer. Mientras algunos participantes permanecían conversando, otros descansaban sobre sillones o habitaciones disponibles dentro de la vivienda. A través de las ventanas comenzaban a observarse corredores matutinos, ciclistas y personas paseando a sus mascotas. La presencia de estos actores anunciaba el retorno gradual de las dinámicas diurnas de la ciudad y marcaba el cierre progresivo de la experiencia nocturna.

Las observaciones realizadas durante el trabajo de campo muestran que los *afters* domésticos ocupan un lugar importante dentro de la construcción de la nocturnidad juvenil en Metepec. En estos espacios las y los jóvenes reorganizan recursos económicos, fortalecen vínculos afectivos y transforman temporalmente viviendas, departamentos o casas compartidas en escenarios de convivencia. La continuidad de la noche depende de acuerdos colectivos relacionados con la movilidad, el consumo, la música y la disposición de los participantes para permanecer juntos durante varias horas más.

La experiencia desarrollada en este *after* permite observar cómo la convivencia adquiere características distintas a las que predominan en bares, antros y clubes nocturnos. La ausencia de horarios de cierre inmediatos, la posibilidad de decidir colectivamente el uso del espacio y la flexibilidad en las dinámicas de interacción favorecen encuentros donde las conversaciones, la música y las relaciones de amistad ocupan una posición central dentro de la experiencia nocturna.

Las primeras horas de la mañana marcan el agotamiento gradual de esta forma de sociabilidad. Conforme la ciudad recupera sus ritmos cotidianos y los participantes comienzan a

retirarse o a descansar, la reunión pierde intensidad hasta concluir de manera progresiva. La experiencia colectiva no termina abruptamente; se dispersa poco a poco junto con quienes participaron en ella.

Los *afters* domésticos representan solamente una de las múltiples formas mediante las cuales las juventudes prolongan la noche más allá de los horarios establecidos por los espacios comerciales de entretenimiento. Durante el trabajo de campo también fue posible identificar otras configuraciones nocturnas donde la música adquiere una posición central, los desplazamientos implican recorridos más amplios y la apropiación temporal del espacio ocurre en escenarios alejados de los circuitos urbanos convencionales. Entre ellas destacan los *raves*, encuentros donde la experiencia sonora, la ocupación temporal del territorio y la conformación de comunidades efímeras permiten observar otras formas de construcción de la nocturnidad juvenil contemporánea.

4.2 El rave como espacialidad liminal de la nocturnidad

El *rave* constituye una de las expresiones nocturnas más representativas de las culturas juveniles contemporáneas vinculadas con la música electrónica, la apropiación alternativa del espacio y las formas de sociabilidad construidas fuera de los circuitos nocturnos convencionales. Sus orígenes pueden rastrearse principalmente entre finales de la década de 1980 y principios de 1990 en ciudades como Londres, Berlín y Detroit, donde comenzaron a surgir fiestas clandestinas organizadas en bodegas, fábricas abandonadas, espacios periféricos o territorios alejados de los centros urbanos tradicionales. Diversos autores han señalado que el *rave* surge como una respuesta juvenil frente a las dinámicas de control institucional, comercialización del ocio y rigidez de la vida urbana moderna.

En este sentido, el *rave* no debe entenderse únicamente como una fiesta electrónica, sino como una práctica cultural alternativa que reorganiza temporalmente el espacio, el tiempo y las formas de interacción social durante la noche. A diferencia del antro, el bar o el club nocturno, el

rave se caracteriza por desarrollarse generalmente en espacios periféricos, abiertos o poco institucionalizados, tales como terrenos baldíos, bosques, quintas, bodegas o espacios alejados de las zonas urbanas centrales. Asimismo, su organización suele difundirse mediante redes sociales, recomendaciones privadas o circuitos juveniles alternativos, lo que genera dinámicas de acceso parcialmente restringidas basadas más en el reconocimiento grupal que en mecanismos formales de admisión.

En el caso particular de Metepec y de municipios cercanos del Valle de Toluca, las *raves* contemporáneas han adquirido relevancia entre ciertos sectores juveniles vinculados con la música electrónica, el *techno*, el *psytrance* y otras variantes alternativas. Estos espacios se distinguen por una temporalidad prolongada que frecuentemente se extiende hasta el amanecer o incluso durante varias horas del día siguiente, produciendo experiencias intensas de convivencia colectiva centradas en el baile continuo, la corporalidad y la inmersión sonora. A diferencia de los clubes nocturnos, donde existen códigos más visibles de diferenciación económica y estética, en los raves suelen construirse formas de sociabilidad aparentemente más horizontales, aunque igualmente atravesadas por dinámicas de pertenencia cultural y consumo específico.

La comprensión del rave requiere situarlo dentro de un conjunto de transformaciones sociales, económicas, urbanas y tecnológicas que modificaron profundamente las formas de entretenimiento y sociabilidad juvenil durante las últimas décadas del siglo XX. Aunque suele asociarse únicamente con la música electrónica y las fiestas multitudinarias, el rave constituye una expresión cultural mucho más compleja que articula procesos de construcción identitaria, apropiación espacial, experimentación colectiva y producción de formas alternativas de convivencia juvenil. En este sentido, el rave no puede entenderse exclusivamente como una modalidad de diversión nocturna, sino como una práctica cultural que emerge en respuesta a las

transformaciones de la modernidad tardía y a las formas institucionalizadas de organización del ocio.

Sus antecedentes pueden rastrearse en el desarrollo de la música disco, el *house* de Chicago y el *techno* de Detroit durante las décadas de 1970 y 1980. Estos géneros surgieron principalmente dentro de comunidades afroamericanas, latinas y homosexuales que encontraron en la música electrónica una vía para construir espacios de encuentro, reconocimiento y expresión colectiva frente a distintos procesos de exclusión social. En ciudades como Chicago y Detroit, marcadas por la desindustrialización, el desempleo y las transformaciones económicas derivadas de la reestructuración productiva, la música electrónica comenzó a consolidarse como una forma de experimentación cultural que permitía imaginar nuevas formas de convivencia y pertenencia social.

La expansión internacional de estos sonidos encontró un momento decisivo a finales de la década de 1980, particularmente en el contexto británico. Diversos estudios han señalado que el denominado *Second Summer of Love* de 1988 constituyó uno de los acontecimientos fundamentales para la consolidación de la cultura rave. La incorporación del *acid house*, la difusión del consumo de éxtasis y la organización de fiestas masivas fuera de los circuitos convencionales de entretenimiento favorecieron la aparición de nuevas formas de sociabilidad juvenil basadas en el baile prolongado, la inmersión sonora y la construcción de comunidades temporales articuladas alrededor de la música electrónica (Sánchez Ramírez, 2015).

Uno de los elementos más distintivos de este movimiento fue la apropiación temporal de espacios que anteriormente habían sido destinados a actividades industriales o productivas. Antiguas fábricas, bodegas, hangares, almacenes ferroviarios, iglesias abandonadas y terrenos periféricos comenzaron a ser resignificados como escenarios para la realización de encuentros multitudinarios. Esta transformación resulta particularmente significativa porque evidencia la manera en que las juventudes reinterpretaron espacios asociados al declive industrial para

convertirlos en lugares de producción cultural y convivencia colectiva. Lo que durante décadas había sido concebido para la producción material fue temporalmente transformado en un espacio destinado a la producción de experiencias, emociones y formas alternativas de interacción social.

La relevancia de estos procesos puede comprenderse a partir del concepto de Zonas Autónomas Temporales desarrollado por Hakim Bey (1991). Desde esta perspectiva, determinados espacios pueden ser ocupados de manera efímera para generar formas de convivencia relativamente independientes de las estructuras convencionales de regulación social. Aunque los raves nunca estuvieron completamente desvinculados de las dinámicas económicas o políticas de su tiempo, sí permitieron la construcción temporal de escenarios donde las jerarquías cotidianas, los controles institucionales y las normas que organizan la vida urbana experimentaban cierto grado de suspensión simbólica. De esta manera, la apropiación espacial se convirtió en uno de los rasgos centrales de la cultura rave, diferenciándola de otros espacios nocturnos regulados por lógicas comerciales más rígidas.

La expansión del movimiento durante las décadas de 1990 y 2000 favoreció la diversificación de géneros musicales como el *trance, psytrance, drum and bass, jungle*, *progressive house* y diversas variantes del *techno*. Paralelamente, comenzaron a consolidarse circuitos internacionales de festivales, encuentros masivos y comunidades transnacionales articuladas alrededor de la música electrónica. Este proceso permitió que la cultura *rave* trascendiera sus contextos de origen para convertirse en un fenómeno global capaz de adaptarse a realidades culturales muy distintas sin perder completamente algunos de sus principios fundamentales relacionados con la libertad, la colectividad y la experimentación.

Dentro de esta expansión global, la música adquirió una importancia que excede ampliamente su dimensión recreativa. Más que funcionar como un simple acompañamiento de la convivencia, la experiencia sonora se convirtió en el eje articulador de la interacción colectiva. La figura del DJ comenzó a ocupar una posición central dentro de estos espacios al desempeñar

funciones relacionadas con la construcción de atmósferas emocionales, la regulación de la energía colectiva y la conducción simbólica de la experiencia compartida. En consecuencia, la música electrónica pasó a constituir un lenguaje común capaz de producir sentimientos de pertenencia entre individuos provenientes de trayectorias sociales, culturales y geográficas diversas.

Desde una perspectiva antropológica, la relevancia de la *rave* también puede comprenderse a partir de los planteamientos de Víctor Turner (1969). El autor señala que determinados contextos sociales generan experiencias de liminalidad, es decir, momentos de transición donde los individuos se separan temporalmente de las estructuras que organizan la vida cotidiana para incorporarse a formas alternativas de interacción. Los *raves* presentan numerosas características asociadas a este tipo de procesos: la suspensión parcial de rutinas diarias, la prolongación de la actividad hasta el amanecer, la centralidad del cuerpo y la música, así como la producción de experiencias emocionales compartidas que favorecen la aparición de formas temporales de communitas o comunidad afectiva.

En este sentido, la cultura rave constituye mucho más que un fenómeno musical. Como señala Graham St. John (2009), estos espacios pueden comprenderse como escenarios donde se articulan formas contemporáneas de espiritualidad, búsqueda de experiencias intensificadas y producción de identidades juveniles construidas alrededor del movimiento, la tecnología y la interacción colectiva. La experiencia del *rave* no se limita al entretenimiento, sino que involucra procesos de construcción de sentido mediante los cuales los participantes producen formas específicas de pertenencia, reconocimiento y conexión emocional.

La consolidación internacional del movimiento permitió igualmente su llegada a diversos países de América Latina, donde fue apropiado y resignificado de acuerdo con contextos históricos particulares. En México, la cultura *rave* comenzó a adquirir visibilidad durante la década de 1990 mediante la circulación de música electrónica en estaciones de radio especializadas,

colectivos de DJs, discomóviles y diversos espacios alternativos que gradualmente incorporaron repertorios vinculados al house, techno y trance. A diferencia de algunos contextos europeos donde la clandestinidad constituyó un elemento central, en México coexistieron eventos realizados en espacios alternativos con otros organizados en recintos formalmente autorizados, produciendo configuraciones híbridas que combinaron elementos globales con formas locales de apropiación cultural (Sánchez Ramírez, 2015).

A partir de entonces, el *rave* se consolidó como una de las expresiones más significativas de la nocturnidad juvenil contemporánea. Su capacidad para articular música, corporalidad, apropiación espacial y construcción de comunidades temporales permite comprender por qué continúa ocupando un lugar relevante dentro de diversos circuitos juveniles de entretenimiento. No obstante, estas dinámicas adquieren características particulares en cada contexto local, dependiendo de las trayectorias culturales, los espacios disponibles y las formas específicas mediante las cuales las juventudes construyen y experimentan la noche. En este sentido, resulta pertinente analizar cómo estas configuraciones se manifiestan dentro del contexto metepequense y de qué manera los actores locales resignifican los principios históricos de la cultura rave dentro de sus propias experiencias nocturnas.

4.2.1 Entre ruinas industriales y sonoridades electrónicas: el caso etnográfico del *rave* "Chernóbil"

Las observaciones desarrolladas durante el trabajo de campo realizado en 2025 permiten reconstruir la experiencia de un *rave* conocido entre sus participantes como Chernóbil. El nombre remite tanto a la estética industrial del encuentro como a los imaginarios asociados al abandono, la decadencia material y la exploración de espacios alejados de los circuitos convencionales del entretenimiento nocturno.

Por razones éticas y con la finalidad de proteger el anonimato de las personas involucradas, en este apartado no se utilizarán los nombres reales de las y los participantes ni

se proporcionará la ubicación exacta del lugar donde se desarrolló el evento. Algunos elementos de identificación fueron modificados deliberadamente para evitar posibles afectaciones hacia quienes participaron directa o indirectamente en su organización. Por ello, el análisis se concentra en las prácticas observadas, las formas de sociabilidad construidas durante el encuentro y los procesos de apropiación espacial que hicieron posible su realización.

El *rave* tuvo lugar en una antigua fábrica abandonada situada en las periferias de Metepec, aproximadamente a tres kilómetros de algunos de los principales espacios de entretenimiento juvenil del municipio. Aunque el inmueble llevaba más de dos décadas sin actividad productiva, gran parte de su estructura permanecía en pie. Muros deteriorados, escaleras metálicas corroídas por el paso del tiempo, oficinas vacías, pasillos extensos y ventanales fracturados conformaban un paisaje donde las huellas de una actividad industrial desaparecida convivían con los efectos visibles del abandono.

Para numerosos habitantes del municipio, aquella construcción podía pasar desapercibida como una fábrica en ruinas. Entre quienes participaban en la organización del evento, sin embargo, el lugar adquiría otros significados. La fábrica aparecía como un espacio susceptible de transformarse temporalmente en un escenario para la convivencia, la experimentación sonora y el encuentro colectivo.

La preparación comenzaba varios días antes de la fecha acordada. Pequeños grupos acudían al inmueble para retirar escombros, inspeccionar posibles riesgos y acondicionar distintas áreas que posteriormente serían utilizadas durante el desarrollo del *rave*. Estas actividades incluían la revisión de pisos, corredores, escaleras y antiguos espacios de trabajo industrial con la finalidad de garantizar condiciones mínimas de seguridad para quienes asistirían al encuentro. La experiencia, en cierta forma, iniciaba antes de que sonara la primera pista musical.

Estas actividades permiten observar una característica central de la cultura *rave*: el espacio es construido colectivamente por quienes participan en él. A diferencia de otros escenarios nocturnos donde la infraestructura ya se encuentra preparada por empresas o establecimientos comerciales, aquí la antigua fábrica atravesaba un proceso gradual de transformación mediante el cual una infraestructura asociada al abandono adquiría temporalmente nuevos usos y significados.

Esta forma de apropiación guarda importantes paralelismos con algunos antecedentes históricos de la cultura *rave* desarrollados en Europa durante las décadas de 1980 y 1990. Al igual que las bodegas, hangares y fábricas ocupadas temporalmente por juventudes británicas y alemanas, el espacio observado en Metepec era acondicionado para producir una experiencia distinta a la vida cotidiana. Aunque los contextos históricos son diferentes, ambos casos comparten el uso de infraestructuras industriales fuera de funcionamiento como escenarios para el encuentro, la música y la sociabilidad juvenil.

Una vez concluida la limpieza del inmueble comenzó el montaje técnico del evento. De manera espontánea, las y los participantes fueron asumiendo distintas responsabilidades para acondicionar el espacio donde se desarrollaría el *rave*. Mientras algunos trasladaban el equipo de audio o verificaban el suministro eléctrico, Brisa se encargaba de instalar parte del sistema de iluminación. Estrobos LED, lámparas de neón, cabezas móviles, sistemas láser y máquinas de humo eran distribuidos entre columnas, corredores y antiguos espacios de trabajo con el propósito de transformar gradualmente la apariencia de la fábrica. Mientras realizaba estas actividades, Brisa comentó:

“La neta, cuando llegas aquí por primera vez dices: ‘¿qué vamos a hacer en esta fábrica toda madreada?’. Pero ya cuando empezamos a instalar todo cambia bien cabrón. Varios de mis compas tienen diferentes funciones; a mí me toca poner las luces, luego los láseres, la máquina de humo y empezar a hacer pruebas para ver cómo se ve cada espacio. Poco a poco deja de

parecer una fábrica toda madreada y se empieza a convertir en un spot mucho más chido. Esa es la idea, que cuando llegue la banda se sorprenda y diga: 'no manches, ¿qué pedo?, esto está bien diferente'. Mucha gente piensa que una fábrica abandonada es un lugar deprimente, feo o sin chiste, pero para nosotros es donde todo lo alternativo cobra sentido y vuelve a tener vida. Incluso varios amigos que no vienen a los *raves,* y hasta mi propia familia, me dicen que por qué pierdo el tiempo en esto, que no me va a dejar nada bueno. Yo no lo veo así. Para mí es una experiencia muy diferente a ir a un antro o a una peda cualquiera. Aquí vienes porque te gusta esta vibra y porque quieres vivir algo distinto. Si para mucha gente ser diferente está mal, pues que lo sigan viendo así. Nosotros sabemos que no le hacemos daño a nadie; simplemente vivimos nuestra propia vibra." (Brisa, entrevista, 2025).

Los tonos morados, rojos y azules predominaban dentro de la composición lumínica observada durante el trabajo de campo. Parte de la oscuridad característica del inmueble se mantenía presente mientras determinados sectores eran intervenidos mediante destellos intermitentes, haces de luz en movimiento y efectos de niebla artificial. El deterioro industrial permanecía visible, transformado por la intervención tecnológica y estética producida por los propios participantes.

De manera paralela, otros participantes se encargaban de resolver uno de los aspectos fundamentales para el desarrollo del *rave*: el suministro de energía eléctrica. Mientras algunos continuaban con el montaje del audio y la iluminación, Eiber y Óscar trasladaban baterías de automóvil, una planta generadora de energía y distintos equipos necesarios para alimentar el sistema eléctrico durante todo el evento. Debido a que la fábrica permanecía abandonada desde hacía varios años, el lugar carecía de electricidad, por lo que toda la infraestructura debía funcionar mediante un sistema de energía instalado por las y los propios organizadores. Mientras preparaban estos equipos, Eiber comentó:

“Sí, carnal, yo siempre llevo unas baterías que tengo guardadas. Normalmente, como son de bajo consumo, las ocupamos para algunas luces LED y otras cosillas. Para el audio y todo lo demás, como eso sí ocupa un buen de energía, entre todos rentamos una planta de luz. Sin eso no se arma nada porque aquí no hay electricidad y está cabrón jalar un cable desde el poste hasta acá. Entonces todo sale de la coperacha. Cada uno pone una lana para la gasolina de la planta, para mover el equipo o para cualquier cosa que se llegue a ocupar durante el *rave*. También nos organizamos para ver quién trae las extensiones, quién consigue los cables, quién presta más baterías, quién se lleva la planta cuando termina todo, quién consigue unas bocinas y hasta qué DJs van a tocar esa noche. La banda luego piensa que todo esto aparece de la nada o que tenemos un buen de lana, pero montar un r*ave* cuesta tiempo, dinero y un chingo de trabajo. Si alguien falla, todos tenemos que resolverlo. Aquí todos le entramos; si no nos apoyamos entre todos, simplemente este eventito no sale. Y lo que sí no tolero es cuando hay güeyes que llegan hasta que todo ya está montado y quieren meterse como si nada. Si son personas nuevas, pues las invitamos y las dejamos pasar sin problema, pero hay otros que ya han venido evento tras evento y nunca ponen nada. Eso sí está culero, la neta.” (Eiber, entrevista, 2025).

Mientras algunos grupos avanzaban con la iluminación y el suministro de energía, otros se concentraban en el montaje del sistema de audio. Los DJs y parte del equipo organizador trasladaban bocinas, controladores, computadoras, cableado y distintos equipos de reproducción, mientras otros participantes apoyaban en la instalación y realización de pruebas para verificar que todo funcionara correctamente antes de la llegada de las y los asistentes. Durante estos preparativos, Óscar comentó:

“La banda luego piensa que nada más llegamos, conectamos las bocinas y ponemos música, pero detrás de todo esto hay un chingo de trabajo. Primero hay que limpiar el lugar, cargar todo el equipo, acomodar los cables, revisar que la planta tenga gasolina, probar el audio,

checar que las luces funcionen y que no vaya a fallar nada cuando empiece el *rave*. También nos ponemos de acuerdo con los DJs para saber quién abre, quién toca después y cuánto tiempo va a durar cada set. Todo tiene un orden, aunque la gente no lo vea. Cuando llegan, creen que ya estaba todo listo, pero llevamos varios días preparando el evento. El *rave* no empieza cuando llega la banda; para nosotros empieza desde que nos organizamos para venir a limpiar, montar el equipo y dejar todo listo para que la experiencia salga como la imaginamos." (Óscar, entrevista, 2025).

Poco a poco, la antigua fábrica comenzaba a transformarse. Los espacios que durante años habían permanecido vacíos recuperaban actividad. Los corredores se llenaban de cables, luces y equipos de sonido; las oficinas abandonadas funcionaban temporalmente como áreas de descanso o almacenamiento; y los antiguos espacios industriales comenzaban a configurarse como escenarios destinados al baile, la música electrónica y la convivencia juvenil. Cuando comenzaron a llegar los asistentes, la fábrica mostraba una configuración completamente distinta a la observada durante los primeros recorridos de preparación, resultado del trabajo colectivo desarrollado durante los días previos.

Fotografía 9. "Chernóbil".[8]



Fuente: elaboración propia (trabajo de campo, 2025).

Conforme el montaje avanzaba y los distintos sistemas comenzaban a funcionar, los asistentes arribaban gradualmente al lugar. La llegada se distribuía a lo largo de varias horas. Algunos jóvenes acudían solos, mientras que otros lo hacían en pequeños grupos de amigos o

[8] *Nota*. La composición muestra distintos momentos de la experiencia durante el rave: el ingreso de las y los asistentes a la antigua fábrica abandonada, los vestigios de la infraestructura industrial y las prácticas de convivencia y consumo compartido, así como la transformación temporal del espacio mediante la música, la iluminación y la interacción colectiva.

acompañados por personas con quienes previamente habían compartido experiencias similares dentro de distintos circuitos de música electrónica de Metepec.

La composición del grupo evidenciaba la existencia de redes de sociabilidad construidas con anterioridad. Aunque constantemente aparecían nuevos participantes, la mayoría mantenía algún tipo de relación previa con quienes organizaban el evento o con asistentes habituales de otros encuentros. Los saludos incluían abrazos prolongados, conversaciones sobre eventos pasados, referencias a futuros encuentros y comentarios relacionados con la escena electrónica local. El *rave* funcionaba como un punto de reunión donde se fortalecían vínculos construidos a lo largo del tiempo.

La presentación corporal también ocupaba una posición importante dentro de la configuración estética del encuentro. Predominaban prendas oscuras, pantalones amplios, chamarras de cuero, botas de estilo industrial, accesorios metálicos, perforaciones corporales y diversos elementos inspirados en imaginarios góticos, postindustriales y *cyber*. Cabellos teñidos en tonos intensos, maquillaje oscuro y accesorios de gran tamaño complementaban una estética que dialogaba directamente con los ambientes sonoros y visuales construidos durante el evento. Estas formas de presentación expresaban afinidades musicales, referencias estéticas y sentidos de pertenencia construidos dentro de la escena.

Una vez iniciado el encuentro, la música comenzó a adquirir una presencia cada vez más dominante dentro del espacio. Los primeros sets se desarrollaban mediante ritmos relativamente moderados que facilitaban la incorporación gradual de los asistentes a la dinámica colectiva. Conforme avanzaba la madrugada, las secuencias musicales incrementaban su intensidad y complejidad, produciendo atmósferas donde sonido, iluminación, corporalidad y espacio se articulaban dentro de una misma experiencia sensorial.

Los géneros predominantes observados durante el trabajo de campo incluían techno industrial, hard techno, psytrance y diversas variantes de música electrónica experimental. Las mezclas se caracterizaban por estructuras repetitivas, frecuencias graves, sonidos mecánicos y progresiones prolongadas capaces de sostener largos periodos de baile continuo. La continuidad sonora ocupaba una posición central dentro de la experiencia colectiva y contribuía a la construcción de una atmósfera compartida entre los asistentes.

La figura del DJ adquiría una importancia particular dentro de esta dinámica. Sánchez Ramírez (2015) señala que, dentro de la cultura *rave*, el DJ participa activamente en la construcción de atmósferas emocionales y experiencias compartidas. La selección de ritmos, intensidades y transiciones influye en la manera en que los asistentes experimentan el tiempo, el espacio y la interacción grupal. Durante el trabajo de campo fue posible observar cómo los cambios progresivos en la velocidad, la intensidad y la textura sonora modificaban constantemente la energía colectiva presente en la pista.

La relevancia atribuida a la música apareció de manera recurrente en las conversaciones sostenidas durante el trabajo de campo. Diversos participantes describían el *rave* como un espacio donde podían experimentar formas de convivencia alejadas de algunas dinámicas de exclusividad presentes en otros escenarios nocturnos. Esta percepción quedó sintetizada en las palabras de *Cat House*, DJ con amplia trayectoria dentro de distintos circuitos de música electrónica de la región:

"Aquí nadie viene a aparentar nada. Nadie te va a criticar por cómo vienes vestido, por tus códigos de vestimenta o por cómo te ves. Aquí no existen esas mamadas de los antros donde te juzgan desde que llegas. No hay cadeneros, no hay mesas VIP, no importa si traes la botella más cara o la cerveza más barata. Aquí todos somos la misma raza. Vienes porque te gusta la música, porque puedes escuchar un set de ocho horas seguidas sin que nadie te diga

nada. A diferencia de las fresas, aquí el *rave* somos nosotros. La música es mi vida... y algún día seremos mejor que esto" (*Cat House*, comunicación personal, 2025).

Las palabras de *Cat House* reflejan una percepción compartida por varios interlocutores entrevistados durante el trabajo de campo. El *rave* aparecía asociado a una experiencia donde los criterios de prestigio económico, el consumo visible y ciertas jerarquías presentes en otros espacios nocturnos ocupaban un lugar secundario frente a la experiencia colectiva construida alrededor de la música. La pertenencia se relacionaba principalmente con la participación dentro de la escena electrónica, el reconocimiento mutuo y las trayectorias compartidas entre quienes frecuentaban este tipo de encuentros.

La música funcionaba además como un elemento articulador de la experiencia colectiva. Los asistentes compartían un mismo espacio físico, pero también una experiencia emocional y corporal construida mediante largas horas de baile, escucha y convivencia. Diversos estudios sobre cultura rave han señalado que este tipo de experiencias favorecen la construcción de vínculos efímeros pero significativos entre quienes participan en ellas.

La centralidad de la música también se reflejaba en la disposición de los cuerpos dentro del espacio. Conforme aumentaba la intensidad de los sets, los grupos se aproximaban progresivamente a las zonas donde se concentraba el sonido. Algunos participantes permanecían bailando durante horas continuas; otros alternaban entre el movimiento corporal, las conversaciones y los recorridos por distintos sectores de la fábrica. Cada asistente construía su propia forma de habitar el encuentro, integrándose a una dinámica colectiva caracterizada por una amplia flexibilidad en las formas de participación.

La convivencia observada durante el evento también se encontraba acompañada por distintas prácticas de consumo que formaban parte de la dinámica cotidiana del encuentro. Las bebidas alcohólicas ocupaban una posición importante dentro de la interacción grupal,

incluyendo cerveza, tequila, vodka, ron y whisky compartidos entre los asistentes. En numerosas ocasiones estas bebidas eran colocadas en espacios comunes para que distintas personas pudieran servirse o compartirlas, reforzando mecanismos de reciprocidad que contribuían a fortalecer la cohesión del grupo.

Desde una perspectiva antropológica, estos consumos permiten observar formas cotidianas de interacción mediante las cuales los asistentes construyen confianza, fortalecen vínculos y sostienen la convivencia durante largos periodos de tiempo. Compartir una bebida, ofrecer un vaso o participar en brindis improvisados formaba parte de las múltiples prácticas que reafirmaban la pertenencia temporal al encuentro.

Durante el trabajo de campo también surgieron referencias a la presencia de otras sustancias dentro de determinados circuitos vinculados a la cultura rave. Diversos interlocutores mencionaron el consumo de cannabis, hongos alucinógenos, LSD, MDMA, cocaína y otras sustancias psicoactivas asociadas históricamente a este tipo de eventos. Para los propósitos de esta investigación, el interés se concentra en la manera en que los propios participantes interpretan estas experiencias dentro de procesos relacionados con la exploración sensorial, la modificación de determinadas percepciones y la búsqueda de formas particulares de experimentar la música, el cuerpo y la convivencia nocturna.

Varios participantes señalaban que la experiencia *rave* se construía a partir de la articulación entre sonido, espacio, iluminación, corporalidad, emociones y diversos elementos materiales presentes durante el encuentro. La música adquiría una presencia particular al integrarse con los cuerpos en movimiento, los sistemas de iluminación, los objetos compartidos y las prácticas cotidianas que configuraban la experiencia colectiva.

Conforme avanzaban las horas, la percepción ordinaria del tiempo parecía modificarse progresivamente. Las referencias asociadas a horarios laborales, académicos o familiares

cedían lugar a una temporalidad organizada alrededor de los ritmos musicales, la convivencia y la permanencia compartida dentro del espacio. Conversaciones, momentos de descanso, recorridos por la fábrica y extensos periodos de baile se articulaban dentro de una secuencia continua donde el transcurso de las horas ocupaba un papel secundario frente a la experiencia colectiva.

Una característica particularmente relevante observada durante el trabajo de campo fue la prolongación temporal del evento. Diversos participantes señalaron que algunos encuentros podían extenderse durante más de veinticuatro horas e incluso alcanzar varios días de duración dependiendo de las condiciones logísticas, la disponibilidad de los asistentes y los recursos necesarios para sostener la experiencia.

Esta prolongación temporal modificaba significativamente la manera en que las y los jóvenes habitaban el espacio. La antigua fábrica se convertía temporalmente en un lugar de permanencia donde coexistían momentos de baile, descanso, alimentación, conversación y contemplación. La experiencia colectiva se desarrollaba mediante ritmos cambiantes que combinaban periodos de alta intensidad musical con pausas destinadas a la convivencia, el descanso o la exploración de distintos sectores del inmueble.

La llegada del amanecer introducía una transformación significativa dentro del ambiente construido durante la noche. Los primeros rayos de luz atravesaban los ventanales fracturados y las estructuras deterioradas del inmueble, revelando detalles arquitectónicos que habían permanecido parcialmente ocultos por la oscuridad, el humo y los efectos lumínicos. Algunos asistentes continuaban bailando, otros conversaban en pequeños grupos, algunos más observaban en silencio el paisaje exterior mientras el entorno adquiría una apariencia distinta a la experimentada hora antes. La luz del amanecer permitía apreciar con mayor claridad los espacios que durante la noche habían permanecido parcialmente ocultos por la oscuridad y los efectos visuales del evento.

El amanecer era incorporado por los propios participantes como parte de la experiencia. La transición entre noche y día producía una reconfiguración gradual de las dinámicas colectivas. La música continuaba sonando, aunque frecuentemente con variaciones en intensidad y ritmo; los grupos se reorganizaban; algunos participantes descansaban mientras otros mantenían la actividad iniciada durante la madrugada.

Conforme avanzaba la mañana comenzaba también el desmontaje progresivo del espacio. Los mismos participantes que horas antes habían transportado bocinas, generadores eléctricos, sistemas de iluminación y equipos de reproducción musical colaboraban ahora en la recolección de materiales y la limpieza del lugar. Poco a poco desaparecían los haces de luz, se apagaban los sistemas de sonido y la antigua fábrica recuperaba la apariencia de abandono que la caracterizaba cotidianamente.

Aquello que se había producido durante el encuentro permanecía en otros registros. Continuaba en los relatos compartidos posteriormente, en las fotografías intercambiadas entre los asistentes, en las conversaciones desarrolladas durante los días siguientes y en los vínculos sociales fortalecidos a lo largo de la experiencia. Durante algunas horas —o incluso varios días— una construcción asociada al deterioro industrial había sido transformada en un escenario de encuentro, experimentación estética y convivencia juvenil.

El caso de “Chernóbil” permite observar que la cultura *rave* involucra procesos de apropiación espacial, cooperación colectiva, producción de ambientes sonoros y construcción de formas específicas de sociabilidad juvenil. La ocupación temporal de espacios periféricos, el trabajo colectivo requerido para organizar el evento y la búsqueda de experiencias inmersivas muestran cómo determinados sectores juveniles producen formas de convivencia que amplían las posibilidades de experimentar la noche dentro del municipio.

El trabajo de campo también permitió identificar que la experiencia rave moviliza conocimientos técnicos, recursos materiales, redes de amistad y formas de organización que comienzan varios días antes del evento y continúan después de su conclusión. La música ocupa una posición central dentro de esta dinámica, aunque su importancia se encuentra estrechamente vinculada con los procesos de cooperación, apropiación espacial y construcción de comunidad observados a lo largo del encuentro.

La cultura *rave* forma parte de las múltiples configuraciones que integran la nocturnidad juvenil contemporánea en Metepec. Su estudio permite comprender cómo las juventudes participan activamente en la producción de espacios, temporalidades y experiencias colectivas que transforman momentáneamente el uso habitual de determinados entornos urbanos. Precisamente en esa capacidad de convertir temporalmente una ruina industrial en un lugar de encuentro radica buena parte de su relevancia antropológica.

Sin embargo, el *rave* constituye solamente una de las múltiples expresiones mediante las cuales las y los jóvenes experimentan formas festivas de apropiación de la noche. Junto a espacios de sociabilidad relativamente recurrentes como bares, antros, clubes nocturnos y *afters*, existen también configuraciones extraordinarias cuya aparición depende de acontecimientos específicos, celebraciones colectivas y temporalidades particulares. Analizar estas expresiones permite ampliar la comprensión de la nocturnidad más allá de los espacios cotidianos de entretenimiento e incorporar experiencias festivas que transforman temporalmente la organización de la ciudad y producen formas intensas de convivencia, pertenencia y experiencia colectiva.

4.3 Temporalidades extraordinarias de la noche metepequense

Las dinámicas nocturnas analizadas a lo largo de este capítulo permiten observar que la vida nocturna de Metepec se construye mediante una diversidad de prácticas, actores y formas de organización social. Bares, antros, clubes nocturnos, afters y raves constituyen escenarios

relevantes para comprender las experiencias juveniles estudiadas en esta investigación; sin embargo, forman parte de un universo más amplio donde también intervienen festividades religiosas, celebraciones familiares, eventos culturales, ferias populares y distintas expresiones comunitarias que participan activamente en la producción social de la noche.

La música, el baile, la convivencia colectiva y la apropiación temporal del espacio aparecen de manera recurrente en muchos de estos escenarios, aunque cada uno se desarrolla bajo condiciones sociales particulares. Mientras algunos espacios se articulan a partir de los recorridos cotidianos construidos por las propias juventudes, otros dependen de calendarios religiosos, familiares, comunitarios o institucionales que determinan los momentos, lugares y condiciones bajo los cuales se desarrolla la experiencia festiva. Esta diversidad permite comprender la noche como un conjunto de temporalidades y prácticas que coexisten dentro de la vida urbana contemporánea.

Bajo esta perspectiva pueden comprenderse diversas expresiones como las tocadas de rock, los bailes populares, los eventos sonideros, los conciertos masivos, las festividades patronales, las ferias tradicionales, los festivales culturales y celebraciones familiares como bodas, bautizos, aniversarios y quinceaños. Todas estas actividades generan formas particulares de apropiación nocturna del espacio y producen escenarios donde la música, el baile y la interacción social adquieren una posición central. Como señala Ochoa Patiño (2006), el baile responde a necesidades humanas relacionadas con la expresión corporal, la interacción social, el juego y la construcción simbólica de la experiencia cotidiana. La relevancia de estos encuentros también se encuentra en su capacidad para generar formas colectivas de convivencia, reconocimiento y pertenencia.

En Metepec, estas experiencias adquieren características particulares debido a la coexistencia de dinámicas metropolitanas con formas tradicionales de organización comunitaria presentes en barrios, pueblos originarios y delegaciones. En estos espacios, numerosas

juventudes continúan participando en celebraciones religiosas, fiestas patronales, bailes populares y actividades comunitarias que forman parte de la memoria colectiva local. Estas prácticas muestran que la experiencia nocturna también se construye mediante relaciones de parentesco, compadrazgo, vecindad y pertenencia comunitaria. Como plantea Castillo Berthier (2002), las formas de diversión, entretenimiento e identificación juvenil se desarrollan dentro de contextos sociales específicos que influyen en las posibilidades de participación y apropiación cultural. Por ello, las experiencias juveniles de la noche en Metepec presentan trayectorias diversas asociadas a contextos familiares, comunitarios y territoriales distintos.

Dentro de estas temporalidades extraordinarias destacan acontecimientos de amplia relevancia para la vida nocturna municipal, entre ellos la Feria de San Isidro Labrador y el Festival Internacional de Arte y Cultura Quimera. Ambos eventos transforman temporalmente los ritmos cotidianos de la ciudad mediante actividades culturales, recreativas, religiosas, comerciales y artísticas que convocan a miles de asistentes. Durante la Feria de San Isidro convergen conciertos masivos, espectáculos musicales, jaripeos, actividades gastronómicas, juegos mecánicos y encuentros familiares que prolongan la vida social hasta altas horas de la noche. De manera semejante, el Festival Quimera modifica plazas, calles y espacios públicos mediante conciertos, exposiciones, presentaciones artísticas y actividades culturales que favorecen formas intensificadas de convivencia colectiva. Aunque las juventudes participan activamente en estos escenarios, su organización involucra instituciones gubernamentales, agrupaciones culturales, autoridades locales y sectores amplios de la población.

Algo similar ocurre en los bailes populares, las tocadas y los eventos sonideros desarrollados tanto en espacios públicos como en celebraciones privadas. La participación en estos encuentros suele encontrarse vinculada con relaciones familiares, vínculos de amistad, compromisos comunitarios y formas tradicionales de convivencia donde la música funciona como un elemento articulador. En una boda, un bautizo o un quinceaños, el baile contribuye a fortalecer

relaciones previamente existentes entre familias, vecinos y grupos de parentesco. De manera semejante, las tocadas y los bailes sonideros reúnen a distintas generaciones alrededor de referentes musicales y culturales compartidos. Aunque estos acontecimientos forman parte de las experiencias nocturnas de numerosos jóvenes, responden a dinámicas sociales más amplias que las observadas en los espacios analizados a lo largo de este capítulo.

El recorrido desarrollado en esta investigación se concentró en aquellas experiencias vinculadas con la nocturnidad juvenil lúdica cotidiana, particularmente en bares, antros, clubes nocturnos, *afters* y *raves*. Reconocer la existencia de otras formas de construcción de la noche permite delimitar con mayor precisión los alcances del estudio y situar el fenómeno analizado dentro de un contexto nocturno más amplio. Las festividades comunitarias, religiosas, familiares y culturales constituyen campos de investigación con problemáticas, actores y dinámicas propias que merecen estudios específicos.

La diversidad de escenarios revisados a lo largo de este capítulo permite observar que la nocturnidad juvenil se construye mediante prácticas, relaciones sociales y significados que adquieren formas distintas según el espacio donde se desarrollan. Bares, antros, clubes nocturnos, *afters* y *raves* constituyen algunos de los principales escenarios donde las juventudes producen experiencias de convivencia, pertenencia, identificación y apropiación de la noche.

El análisis realizado hasta este punto permitió reconocer las principales configuraciones espaciales y temporales de la nocturnidad juvenil en Metepec. Sin embargo, estos espacios cobran sentido a partir de quienes los habitan, recorren y resignifican. Por ello, el capítulo siguiente centra la atención en las y los jóvenes que participan en la vida nocturna, preguntándose quiénes son, cómo se identifican y qué formas de pertenencia construyen a través de sus prácticas, estéticas, consumos, corporalidades y relaciones sociales. Así, se busca comprender las distintas identidades juveniles que se expresan y adquieren sentido dentro de la nocturnidad metepequense.

Capítulo V. Identidades juveniles en la nocturnidad lúdica de Metepec

5.1 Las identidades juveniles como categoría de análisis

El capítulo teórico mostró que el estudio de las juventudes ha transitado por distintas categorías analíticas para explicar las formas en que las y los jóvenes construyen pertenencias, establecen diferencias y participan en la vida social. Este recorrido permitió reconocer los aportes y las limitaciones de conceptos como subculturas juveniles, tribus urbanas y culturas juveniles para comprender las experiencias juveniles contemporáneas. A partir de esta discusión, la presente investigación adopta el concepto de identidades juveniles como categoría de análisis, ya que ofrece mayores posibilidades para interpretar las dinámicas observadas durante el trabajo de campo en la nocturnidad de Metepec.

Valenzuela Arce (2009) señala que las identidades juveniles se construyen mediante procesos de adscripción, pertenencia, diferenciación y producción simbólica situados en contextos históricos y sociales específicos. Desde una perspectiva complementaria, Hall y Jefferson (1976), las entiende como procesos abiertos de identificación que se transforman a lo largo de la experiencia social, mientras que Reguillo (2012) destaca su carácter relacional, múltiple y cambiante. En la misma línea, Taguenca Belmonte (2009) plantea que estas configuraciones se producen mediante la articulación de dimensiones como el cuerpo, la apariencia, el consumo, las relaciones sociales, el género, la clase y el territorio.

Las observaciones etnográficas realizadas en Metepec muestran que estas propuestas permiten comprender con mayor precisión las formas de participación juvenil documentadas durante la investigación. A lo largo del trabajo de campo fue posible observar que las y los jóvenes transitan entre calles, banquetas, plazas públicas, bares, antros, clubes nocturnos, afters y raves, donde sus formas de interacción se reconfiguran continuamente. En estos escenarios, la apariencia, la música, los consumos culturales, el lenguaje y los espacios que frecuentan

adquieren significados que varían de acuerdo con el contexto, las relaciones que establecen y las experiencias que construyen durante la noche.

Estas dinámicas difícilmente pueden explicarse mediante categorías rígidas o adscripciones permanentes. Un mismo joven puede participar en distintos escenarios nocturnos, relacionarse con personas diversas y adoptar prácticas que cambian de acuerdo con el espacio y el momento. Esta condición llevó a privilegiar el concepto de identidades juveniles como herramienta de análisis, ya que permite interpretar procesos de identificación que se construyen y transforman durante la experiencia cotidiana.

Los apartados siguientes analizan las formas de reconocimiento identificadas durante el trabajo de campo, así como las identidades juveniles que aparecieron con mayor frecuencia en la nocturnidad metepequense. El propósito es comprender cómo estas formas de identificación intervienen en la construcción de pertenencias, diferencias y experiencias compartidas que configuran la vida nocturna juvenil.

5.2 Identidades juveniles y formas de reconocimiento en la nocturnidad metepequense

Las observaciones etnográficas realizadas en Metepec permitieron advertir que las formas de reconocimiento entre las y los jóvenes forman parte de la experiencia cotidiana de la vida nocturna. A lo largo de los recorridos por calles, banquetas, plazas públicas, parques, estacionamientos, bares, antros, clubes nocturnos, *afters* y *raves*, fue posible identificar que la apariencia, la música, el lenguaje, los consumos culturales y los espacios frecuentados participan de manera constante en las relaciones que establecen entre sí. Estos referentes aparecen en las conversaciones, en las formas de vestir, en los lugares donde se reúnen y en la manera en que distinguen a quienes consideran cercanos o diferentes dentro de un mismo escenario nocturno.

Bourdieu (1999) plantea que las clasificaciones forman parte de la práctica social, ya que organizan la manera en que las personas perciben el mundo y establecen diferencias en su vida

cotidiana. Esta perspectiva resulta útil para comprender las interacciones observadas durante la investigación, donde las y los jóvenes recurren continuamente a referentes compartidos para reconocer afinidades, identificar diferencias y situarse dentro de la diversidad de experiencias que conforman la nocturnidad metepequense.

Las observaciones realizadas también permitieron advertir que estas formas de reconocimiento cambian conforme cambian los espacios y las relaciones sociales. La apariencia adquiere importancia cuando se articula con los gustos musicales, las prácticas de consumo, los lugares frecuentados, las relaciones de amistad y las experiencias compartidas durante la noche. Cada uno de estos elementos participa en la construcción de pertenencias que se reconfiguran continuamente a lo largo de los recorridos nocturnos.

Esta lectura coincide con los planteamientos de Hall y Jefferson (1976), quienes entienden las identidades juveniles como procesos dinámicos, relacionales e históricamente situados. Desde esta perspectiva, las observaciones etnográficas realizadas en Metepec muestran que las y los jóvenes construyen vínculos, afinidades y diferencias que se reconfiguran continuamente durante la vida nocturna.

Las categorías analíticas desarrolladas en los apartados siguientes surgieron de patrones identificados a lo largo de la investigación etnográfica. Su construcción responde a regularidades observadas en las prácticas, los discursos y las formas de interacción de las y los jóvenes que participaron en este estudio. A partir de ellas se analizan distintas maneras de habitar la noche, de apropiarse de los espacios y de construir sentidos de pertenencia dentro de la nocturnidad metepequense.

Las observaciones etnográficas realizadas durante la investigación permitieron identificar diversas formas de reconocimiento que aparecían de manera recurrente entre las y los jóvenes que participan en la vida nocturna de Metepec. Estas identificaciones surgían en las

conversaciones cotidianas, en las formas de vestir, en los gustos musicales, en los consumos culturales, en los espacios que frecuentaban y en las relaciones que establecían con otros jóvenes. A partir de estas regularidades fue posible reconocer distintas identidades juveniles, entre las que destacan la *rave*, gótica, chaka y fresa. Es importante señalar que estas identidades no siempre corresponden a formas de autoidentificación, ya que en algunos casos son asumidas por las y los propios jóvenes, mientras que en otros corresponden a categorías o etiquetas atribuidas por otros jóvenes a partir de la apariencia, los consumos, los espacios frecuentados o determinadas prácticas sociales. Durante la investigación también aparecieron etiquetas empleadas por las y los propios jóvenes para nombrar determinadas expresiones presentes en la vida nocturna, entre ellas ñero, *tutsi pink*, bellaco, alucín y *afterafters*. Estas etiquetas forman parte del lenguaje cotidiano de las juventudes y contribuyen a los procesos de reconocimiento, diferenciación e interacción que se establecen entre las distintas identidades juveniles presentes en la nocturnidad metepequense.

El análisis que se desarrolla en los apartados siguientes no tiene como finalidad establecer jerarquías entre unas identidades y otras, ni determinar cuál posee mayor o menor relevancia dentro de la nocturnidad metepequense. El interés se orienta a comprender cómo estas identidades se construyen y reconfiguran en la interacción cotidiana, cómo se relacionan entre sí y de qué manera construyen afinidades, distancias, tensiones y procesos de diferenciación a partir de las experiencias compartidas durante la noche. Desde esta perspectiva, las identidades juveniles se entienden como procesos dinámicos que adquieren significado en contextos específicos y en relación con otras formas de ser y vivir la nocturnidad. Antes de analizar las identidades juveniles identificadas durante el trabajo de campo, resulta necesario comprender el papel que desempeña el estilo como una de las principales formas mediante las cuales estas se expresan, son reconocidas y adquieren visibilidad dentro de la vida nocturna metepequense.

5.3 El estilo como expresión de las identidades juveniles

Durante el trabajo de campo fue posible observar que la apariencia ocupa un lugar importante dentro de la vida nocturna en Metepec. La forma de vestir, los accesorios, el arreglo corporal, los peinados, el maquillaje, determinadas marcas de ropa y los gustos musicales aparecieron de manera constante en bares, antros, clubes nocturnos, *afters* y *raves*. Estos elementos participan en la manera en que las y los jóvenes se reconocen, establecen afinidades y construyen diferencias durante sus interacciones cotidianas, por lo que constituyen referentes visibles a través de los cuales expresan formas de pertenencia dentro de la nocturnidad metepequense.

Para comprender estas prácticas, resulta necesario distinguir el concepto de estilo de otras nociones frecuentemente empleadas para describir la apariencia, como moda, *look* u *outfit*. Si bien estos términos hacen referencia a distintas formas de presentación personal y estética, en la presente investigación se privilegia el concepto de estilo, ya que, desde una perspectiva antropológica, permite comprender de manera articulada la apariencia, la corporalidad, la música, el consumo y otras prácticas mediante las cuales las y los jóvenes construyen y expresan sus identidades en la vida nocturna. En este sentido, García Canclini (1990) plantea que el consumo participa en la producción de significados y en la construcción de identidades, por lo que los bienes culturales también funcionan como referentes de pertenencia, diferenciación y reconocimiento entre los sujetos. De manera complementaria, Simmel (2002) explica que la moda se desarrolla en una tensión constante entre la imitación y la diferenciación, de modo que las personas adoptan determinados referentes para identificarse con quienes consideran afines y, al mismo tiempo, distinguirse de otros.

Desde esta perspectiva, Hebdige (1979), retomando el concepto de bricolaje desarrollado por Lévi-Strauss, plantea que los estilos juveniles constituyen formas de significación mediante las cuales las y los jóvenes resignifican objetos, prendas, accesorios y otros elementos

provenientes de distintos contextos sociales y culturales, incorporándolos a nuevas configuraciones simbólicas. A través de este proceso, objetos asociados originalmente a usos específicos adquieren nuevos significados al integrarse en un estilo compartido y ser reconocidos por quienes participan en él. Más que una simple combinación de elementos estéticos, el bricolaje representa un proceso de apropiación y resignificación cultural mediante el cual las y los jóvenes construyen formas visibles de identidad y pertenencia. En esta investigación, el estilo se entiende como el conjunto de prácticas mediante las cuales las y los jóvenes articulan la apariencia, la corporalidad, la música, el consumo y otros elementos simbólicos para construir pertenencias, establecer diferencias y hacer visibles las identidades juveniles dentro de la nocturnidad metepequense. A partir de esta perspectiva, en los apartados siguientes se analizan las distintas identidades juveniles documentadas durante el trabajo de campo, con el propósito de comprender cómo el estilo participa en la construcción y expresión de sus experiencias nocturnas.

5.4 La identidad *rave*

La identidad *rave* apareció de manera constante durante el trabajo de campo realizado en Metepec. En capítulos anteriores se abordaron los antecedentes históricos de esta escena, sus principales características y el caso etnográfico del *rave* Chernóbil, desarrollado como parte de esta investigación. Por ello, el interés de este apartado se centra en analizar cómo esta identidad se expresa entre las y los jóvenes que participan en la vida nocturna metepequense a partir de las experiencias documentadas durante el trabajo de campo.

Diversos estudios señalan que la cultura *rave* se desarrolló alrededor de la música electrónica, el baile y formas de convivencia construidas en estos espacios (St. John, 2009). Entre los referentes más conocidos se encuentra el principio P.L.U.R. (*Peace, Love, Unity, Respect*), entendido como una forma de convivencia basada en el respeto, la solidaridad y el sentido de comunidad entre quienes participan en esta escena (Sánchez Ramírez, 2015).

Durante la investigación fue posible encontrar estos referentes en algunos de los discursos de las y los interlocutores; sin embargo, cada joven los interpretaba de acuerdo con sus experiencias, los espacios que frecuentaba y las relaciones que construía dentro de la vida nocturna de Metepec.

Las observaciones realizadas también permitieron advertir que la palabra *raver* aparecía de distintas formas entre las y los jóvenes. Algunos la utilizaban para hablar de sí mismos y de la escena electrónica de la que formaban parte. En otras ocasiones, eran sus amistades o jóvenes pertenecientes a otras identidades quienes los nombraban de esa manera al asociarlos con la música que escuchaban, la forma de vestir o los espacios nocturnos que frecuentaban. Como se señaló en el apartado anterior, estas formas de reconocimiento forman parte de las relaciones que las y los jóvenes establecen durante la vida nocturna y no siempre coinciden con la manera en que cada persona decide identificarse.

La vestimenta era uno de los referentes más visibles entre las y los jóvenes que participaban de manera constante en esta escena. Aunque cada uno construía su propia forma de vestir, durante el trabajo de campo fue frecuente encontrar elementos compartidos en raves, afters y otros espacios vinculados con la música electrónica.

El color negro aparecía de manera constante entre las y los jóvenes que participaban en esta escena. Para varios interlocutores esta elección se relacionaba con la manera en que entendían la música electrónica, particularmente los espacios *underground,* el *techno* y otras formas de distinguirse de ambientes nocturnos donde la exhibición de marcas o del poder adquisitivo tenía mayor presencia.

Durante los recorridos etnográficos fue frecuente observar sudaderas holgadas, pantalones cargo, prendas de inspiración militar, botas industriales, tenis de gran volumen, cadenas metálicas, lentes oscuros, pecheras y bolsos cruzados. Entre las mujeres destacaban

arneses, medias negras y accesorios asociados con estéticas industriales, c*yberpunk y techno underground;* entre los hombres aparecían con mayor frecuencia pantalones amplios, camisetas oscuras, pasamontañas y mochilas tácticas. Ninguno de estos elementos funcionaba como una regla de pertenencia. Cada joven incorporaba distintos referentes de acuerdo con sus posibilidades económicas, sus preferencias personales y las experiencias que había construido dentro de la escena.

Fotografía 10. Prácticas de convivencia de jóvenes vinculados con la identidad rave en Metepec.



Fuente: elaboración propia (trabajo de campo, 2025).

Las conversaciones sostenidas con las y los interlocutores mostraron que la ropa formaba parte de un conjunto más amplio de experiencias compartidas. La asistencia constante a eventos, el conocimiento de distintos géneros de música electrónica, la convivencia con otros participantes y el reconocimiento de códigos comunes aparecían de manera recurrente cuando describían su participación dentro de la escena *rave*.

Una de las entrevistas semiestructuradas realizadas con Osvaldo, uno de los interlocutores clave de esta investigación por su participación constante en la práctica rave en

Metepec, tomó un rumbo distinto al previsto. Aunque las preguntas fueron dirigidas inicialmente a él, el resto de sus amigos comenzó a intervenir de manera espontánea para recordar experiencias compartidas, complementar algunos momentos de su relato y aportar su propia versión sobre cómo se fueron integrando al grupo. Conforme transcurría la conversación, las anécdotas comenzaron a enlazarse y cada intervención incorporó nuevos recuerdos sobre las primeras salidas, las amistades que fueron construyendo y las experiencias que compartieron en *raves* y *afters.*

Osvaldo: "Al principio, la neta, yo ni me consideraba raver. Empecé a ir porque unos compas me invitaron a unas fiestas y poco a poco me fui juntando con esa bandita. Yo me vestía normal, como cualquier otro chavo, pero conforme empecé a salir más con ellos también fui cambiando mi forma de vestir. Empecé a usar más sudaderas negras, pantalones negros, jeans rotos y botas. La verdad nunca fue porque alguien me dijera que tenía que vestirme así; simplemente poco a poco me fui sintiendo cómodo y terminé identificándome con ellos."

Alan: "Sí, nosotros empezamos a jalar a Osvaldo porque ese güey era bien otaku. ¡Siempre lo veíamos jugando Yu-Gi-Oh! en el centro de Metepec y casi no salía. Un día lo invitamos a una peda y después comenzó a acompañarnos a los *raves*. Poco a poco fue conociendo a más banda, empezó a salir con nosotros y terminó haciéndose parte del grupo. Ahora siempre anda en los eventos y ya todos lo identifican como *raver*."

Osvaldo: "Para formar parte de esta bandita realmente no necesitas tener lana ni venir de una familia con dinero. Tampoco tienes que aparentar algo que no eres. Aquí nadie te va a juzgar por cómo vienes vestido, por el trabajo que tengas o por la escuela donde estudies. Lo importante es el respeto, convivir con los demás y vibrar con la música, porque eso es lo que realmente nos identifica."

Carito: "Nosotros nos vamos más por lo alternativo, por lo underground. Aquí casi nadie viene a presumir ropa de marca, relojes o celulares caros. La mayoría viene porque le gusta la música, bailar y convivir. Al final eso hace que todos encontremos un lugar donde podemos sentirnos cómodos y ser nosotros mismos."

Jacque: "Realmente no somos mamones. Aquí jalamos con todos, seas otaku, gótico, reggaetonero o vengas de cualquier otro ambiente. Lo único que no nos gusta es la gente que llega creyéndose más que los demás o queriendo aparentar. Mientras vengas con respeto y con ganas de convivir, siempre vas a encontrar banda que te reciba bien."

(Entrevista semiestructurada grupal con Osvaldo, Alan, Carito y Jacque, 2025).

Las intervenciones de los interlocutores muestran que la incorporación a la práctica rave fue tomando forma a partir de experiencias compartidas entre amistades. Mientras Osvaldo recuerda los cambios que experimentó desde sus primeras salidas, Alan reconstruye esos mismos momentos desde la memoria del grupo y aporta situaciones que Osvaldo no había mencionado. La conversación continúa con las intervenciones de Carito y Jacque, quienes describen los valores y formas de convivencia que consideran importantes dentro de la práctica rave. El diálogo deja ver cómo cada uno recupera una parte de la experiencia y la integra con los recuerdos de los demás.

A lo largo de la conversación aparecieron de manera reiterada referencias a la amistad, la convivencia, la música y el respeto como aspectos presentes en su experiencia dentro de la práctica rave. También fue recurrente la idea de que cualquier persona puede integrarse al grupo siempre que exista disposición para convivir y compartir las dinámicas construidas entre ellos. Estas experiencias fueron registradas en distintos momentos del trabajo de campo y muestran cómo la identidad rave se fortalece mediante la participación constante en *raves*, *afters* y otros espacios de encuentro donde las relaciones cotidianas adquieren un papel central.

Entre las y los interlocutores fue posible encontrar estudiantes universitarios, jóvenes que combinaban el estudio con distintas actividades laborales y otros que trabajaban de tiempo completo. Esa diversidad también se reflejaba en las creencias religiosas y espirituales. Algunos se asumían como católicos y portaban cruces, rosarios u otros símbolos religiosos mientras asistían de manera habitual a *raves* y *afters*. Otros incorporaban en tatuajes, accesorios u objetos personales referencias a deidades del mundo prehispánico, así como distintos símbolos esotéricos o espirituales. Los recorridos etnográficos también permitieron observar que la convivencia comenzaba mucho antes de llegar a los eventos. Plaza Juárez, las escalinatas del Calvario y otros puntos del municipio funcionaban como lugares de encuentro donde compartían música, intercambiaban información sobre próximas fiestas, difundían carteles digitales y organizaban los recorridos de la noche. En estos espacios era frecuente la convivencia con jóvenes identificados como góticos, punks y otras expresiones juveniles presentes en la nocturnidad metepequense, lo que favorecía el intercambio de gustos musicales, formas de vestir y experiencias compartidas.

Las experiencias documentadas durante el trabajo de campo muestran que la práctica rave se alimenta de los encuentros cotidianos entre quienes participan de manera constante en estos espacios. Las invitaciones a las primeras fiestas, la asistencia a *raves* y *afters*, los recorridos por distintos puntos del municipio, el intercambio de música y la convivencia entre amistades fueron apareciendo de forma recurrente en los relatos de las y los interlocutores. A través de estas experiencias, las y los jóvenes construyen formas de reconocimiento, pertenencia e identificación que dan sentido a su participación dentro de la nocturnidad metepequense.

5.5 La identidad gótica

Entre las identidades juveniles documentadas durante el trabajo de campo, la gótica fue una de las que mantuvo mayor continuidad dentro de la nocturnidad metepequense. Aunque su presencia era menor en comparación con otras identidades observadas durante la investigación,

las y los jóvenes que participan en esta escena conservan formas particulares de vestir, gustos musicales y espacios de convivencia que les permiten reconocerse entre sí y mantener una presencia constante dentro de la vida nocturna del municipio.

Como se desarrolló en capítulos anteriores, la cultura gótica tiene sus antecedentes en la escena post-punk británica de finales de la década de 1970, donde comenzaron a consolidarse distintas formas de expresión vinculadas con la música, la estética y determinados imaginarios asociados con la oscuridad, la melancolía y lo sobrenatural (Hodkinson, 2002). Estos antecedentes permiten comprender el origen de esta identidad; sin embargo, el interés de este apartado se centra en analizar la manera en que las y los jóvenes la construyen y experimentan actualmente en Metepec.

Durante el trabajo de campo fue posible observar que la palabra gótico también circulaba entre las y los jóvenes como una forma de reconocimiento. Algunos se identificaban de esa manera y participaban activamente en esta escena; en otros casos, la denominación provenía de amistades o de jóvenes pertenecientes a otras identidades, quienes la asociaban principalmente con determinadas formas de vestir, gustos musicales y espacios nocturnos frecuentados por este grupo.

La vestimenta constituía uno de los referentes más visibles entre quienes participaban en esta identidad. Durante los recorridos etnográficos fue frecuente observar prendas negras, maquillaje que enfatizaba la palidez del rostro, labios y uñas pintados de colores oscuros, así como accesorios relacionados con cruces, murciélagos, arañas y otros símbolos asociados con la cultura gótica. También aparecían prendas inspiradas en estilos victorianos, medievales y aristocráticos, aunque cada joven incorporaba estos referentes de acuerdo con sus preferencias personales y sus posibilidades económicas.

Fotografía11. Jóvenes pertenecientes a la identidad gótica durante la nocturnidad en Metepec.



Fuente: elaboración propia (trabajo de campo, 2025).

La música ocupaba un lugar importante dentro de la convivencia cotidiana. En distintas conversaciones las y los interlocutores mencionaban agrupaciones como Crystal Castles, Lacrimosa, Clan of Xymox y Das Ich, además de otros proyectos vinculados con el post-punk, el *darkwave* y distintos subgéneros de la música gótica. Estas referencias aparecían de manera constante cuando compartían recomendaciones musicales, hablaban de conciertos o recordaban experiencias relacionadas con esta escena.

Durante el trabajo de campo fue posible observar que el imaginario gótico continúa ocupando un lugar importante entre las y los jóvenes que participan en esta escena. Las referencias a vampiros, cementerios, castillos, la literatura de terror y distintas narrativas asociadas con la oscuridad aparecían con frecuencia en las conversaciones, en la música que escuchaban y en algunos de los accesorios que portaban. Para varios interlocutores estos elementos formaban parte de una estética compartida, aunque cada uno los incorporaba de acuerdo con sus propios intereses y formas de vivir la noche.

Uno de los interlocutores que permitió reconstruir parte de la historia de la escena gótica en Metepec fue Drac 69, quien desde hace varios años se dedica a la venta de anillos, collares, dijes y otros accesorios relacionados con esta estética. A partir de su trayectoria dentro de este ambiente recordó que, desde finales de la década de 1980, ya existían pequeños grupos de jóvenes que se reunían en distintos puntos del municipio para convivir, intercambiar música, tomar fotografías y recrear distintos imaginarios asociados con la cultura gótica. Sus recuerdos muestran que la presencia de esta identidad en Metepec posee una trayectoria de varias décadas y forma parte de la memoria de la vida nocturna del municipio.

Al hablar sobre sus primeros años dentro de la identidad gótica, Drac 69 recordó algunos de los espacios donde solían reunirse y las formas de convivencia que compartían a finales de la década de 1980 e inicios de la de 1990:

"Cuando nosotros empezábamos a reunirnos aquí en Metepec era a finales de los ochenta y principios de los noventa. Yo seguí viniendo desde esos años porque este ambiente ya me gustaba. Nos juntábamos en la parte alta del Calvario; en ese tiempo no había redes sociales ni internet, así que cada quien llegaba con la música que tenía en sus casetes o en sus reproductores portátiles. Ahí pasábamos horas platicando, intercambiando música y esperando a que llegara más banda.

En aquellos años la policía tampoco era tan estricta como ahora. Si nos veía tomando en el Calvario, por lo regular no nos decía nada. Algunos llevaban Bacardí y otros preferíamos vino. Yo, junto con una amiga que se llamaba Estrella, llevaba copas y tomábamos vino, no porque fuera una bebida de gente con dinero, sino porque nos gustaba toda esa estética de los vampiros que veíamos en las películas y leíamos en la literatura gótica. Luego llegaban los hijos de papi o de mami, los más fifís, y se nos quedaban viendo raro por cómo íbamos vestidos. Entonces levantábamos las copas y hacíamos como si estuviéramos tomando sangre. Algunos se espantaban y hasta se cambiaban de camino cuando nos veían.

También nos gustaba tomar fotografías. En ese tiempo casi todos usábamos cámaras de rollo, así que había que esperar varios días, o hasta semanas, para revelar las fotos. Cuando venían bandas a tocar a Toluca llevábamos esas mismas fotografías para pedirles un autógrafo. Poco a poco fuimos conociendo gente de Toluca, Metepec, San Antonio la Isla, Lerma y otros municipios que también compartían este gusto." (Drac 69, entrevista, 2025).

Los recuerdos compartidos por Drac 69 describen una forma de convivencia donde la música, las reuniones en el Calvario, las fotografías y el imaginario vampírico formaban parte de la vida cotidiana del grupo. Sus experiencias también permiten conocer la relación que mantenían con jóvenes de otros municipios y la manera en que esos encuentros fortalecían los vínculos entre quienes compartían esta identidad.

Las observaciones realizadas durante el trabajo de campo muestran que la identidad gótica mantiene presencia dentro de la nocturnidad metepequense a través de pequeños grupos de jóvenes que continúan apropiándose de determinados espacios, compartiendo música y reuniéndose alrededor de referentes estéticos que han acompañado a esta identidad desde hace varias décadas. Aunque actualmente su presencia es menor que la de otras identidades juveniles, las experiencias documentadas permiten apreciar la continuidad de formas de convivencia que siguen ocupando un lugar dentro de la vida nocturna del municipio.

La identidad gótica continúa formando parte de la nocturnidad metepequense, aunque su presencia resulte menos numerosa que la de otras identidades juveniles observadas durante el trabajo de campo. Las observaciones realizadas muestran que la música, la estética, la apropiación de determinados espacios y las relaciones construidas entre sus integrantes mantienen vigente una forma particular de vivir la noche. Su permanencia a lo largo de varias décadas también evidencia la capacidad de esta identidad para adaptarse a las transformaciones experimentadas por la vida nocturna de Metepec, conservando prácticas y referentes que siguen dando sentido a la experiencia cotidiana de quienes participan en esta escena.

5.6 La identidad chaka

La identidad chaka forma parte de las expresiones juveniles presentes en la vida nocturna de Metepec. A lo largo de la investigación se registró su presencia en las calles que rodean la Plaza Juárez, donde por las noches se desarrolla una intensa actividad comercial. En este espacio, las y los comerciantes ambulantes ocupan banquetas y distintos puntos de la vía pública para ofrecer alimentos preparados, bebidas, prendas de vestir, ropa interior, accesorios para teléfonos celulares, juguetes, artículos electrónicos y una amplia variedad de productos. Aunque esta actividad se encuentra regulada por las autoridades municipales, numerosos comerciantes buscan incorporarse a esta dinámica nocturna, convirtiendo este espacio en uno de los principales puntos de encuentro para habitantes y visitantes. En este ambiente también era frecuente encontrar grupos de jóvenes reunidos en estacionamientos cercanos, centros cheleros, bares y antros, donde convivían, consumían bebidas alcohólicas y escuchaban música reproducida desde teléfonos celulares, bocinas portátiles o automóviles, además de organizar las actividades que realizarían a lo largo de la noche. Estas experiencias permitieron reconocer que la identidad chaka no siempre es comprendida ni asumida de la misma manera por quienes participan en estos espacios. Por ello, el presente apartado analiza cómo esta identidad es atribuida, apropiada e interpretada por las y los jóvenes que participan en la nocturnidad metepequense.

Fotografía12. Jóvenes vinculados con la identidad chaka en Metepec.



Fuente: elaboración propia (trabajo de campo, 2025).

Moncrieff (2023) señala que la identidad chaka adquirió mayor visibilidad en distintos espacios urbanos del país durante las primeras décadas del siglo XXI, particularmente en la Ciudad de México y su zona metropolitana. El autor explica que esta identidad ha sido asociada con determinadas formas de vestir, de hablar, de consumir música y de apropiarse del espacio urbano. Asimismo, plantea que buena parte de las representaciones construidas en torno a ella provienen de sectores externos que suelen vincular a estos jóvenes con prácticas delictivas, violencia o formas de comportamiento consideradas socialmente indeseables. Sin embargo, su investigación muestra que las y los jóvenes que participan en esta identidad construyen formas propias de reconocimiento y pertenencia que no siempre coinciden con esas representaciones.

Las conversaciones con comerciantes, asistentes a la vida nocturna y jóvenes pertenecientes a otras identidades permitieron reconocer que la identidad chaka era una de las expresiones juveniles que con mayor frecuencia recibía descalificaciones dentro del municipio. Entre las expresiones que fue posible escuchar aparecían frases como "ahí vienen los pinches chacalitos", "ya llegaron los reggaetoneros" o simplemente "ahí vienen los chacas", utilizadas de manera despectiva para referirse a grupos de jóvenes que compartían determinadas formas de vestir, gustos musicales y espacios de convivencia. Estas expresiones no solo circulaban entre jóvenes pertenecientes a otras identidades, sino también entre algunos comerciantes establecidos y ambulantes del primer cuadro de Metepec, quienes recurrían a ellas para identificar a determinados grupos juveniles que frecuentaban la zona durante las noches. Al conversar con quienes eran nombrados de esa manera, varios señalaron que no se asumían exclusivamente como chakas y preferían identificarse como ñeros o mediante otras denominaciones que consideraban más cercanas a su forma de vivir la noche y a las relaciones que construían con sus grupos de amistad.

Para ello se recuperan los testimonios de algunos de los principales interlocutores de esta investigación, cuyas trayectorias permitieron comprender las distintas formas en que esta

identidad es atribuida, apropiada y resignificada en la vida cotidiana. Entre ellos destaca Pablo, conocido entre sus amistades como "El Charal", quien desde los primeros recorridos etnográficos se convirtió en uno de los interlocutores clave de esta investigación debido a su participación constante en la vida nocturna de Metepec y a las relaciones que mantenía con distintos grupos juveniles. Su experiencia, complementada con las intervenciones de Lupita y Carito, permite comprender que las formas de nombrarse y reconocerse no siempre coinciden con las categorías utilizadas por otros jóvenes o por la población en general.

Los testimonios de las y los interlocutores permiten comprender que la identidad chaka adquiere distintos significados entre quienes participan en la vida nocturna de Metepec. Mientras algunas personas la utilizan para nombrar a determinados grupos juveniles, quienes forman parte de estos espacios construyen otras formas de identificarse a partir de sus propias experiencias y relaciones cotidianas. Pablo, conocido entre sus amistades como "El Charal", explicó que, aunque otras personas lo identificaban como chaka por su forma de vestir y los espacios que frecuentaba, él prefería asumirse como ñero. Su testimonio introduce una discusión que también aparece en las intervenciones de Lupita y Carito, quienes muestran que estas formas de nombrarse no siempre significan lo mismo para las y los jóvenes.

Pablo ("El Charal"): ¿Qué onda, mi carlangas guangas? ¿A qué se debe tu visita? Bienvenido a Meteponk. ¿Con cuánto te vas a caer?... Ah, no te creas, te estoy carrillando.

Mira, la neta, chaka, chaka, no me identifico, te soy honesto. Yo soy más ñero, pero toda la bandita, más las güeritas, me dicen que soy chaka. Yo la neta no robo, ya ves, yo puro comercio, arriba el comercio. Yo vendo calzones y bóxers del Tepis; los traigo de Tepito, del Defectuoso. Como te decía, pues yo soy más ñero. Sí visto acá bien bacano: tenis jordan, la gorrita plana de lado y, por supuesto, luciendo cadenas. Aunque sean piratas, pero eso sí, viniendo del barrio, porque ya sabes, el barrio es el barrio y eso nadie lo va a cambiar. Que nunca

falte la humildad, como diría el poderosísimo Sonido Sonorrítmico. Eso sí, yo sí traigo los pantalones bien puestos, porque no los traigo a media nalga, mis vales.

Lupita: Ese güey sí es chacal. No te creas, es borracho, pero buen muchacho. Ja, ja, ja.

Yo la neta estudio y, en los últimos años que he vivido aquí en Metepec, la raza ha sido bien discriminativa conmigo y con toda la bandita. Nos dicen, y me incluyo, que somos lacras o delincuentes, o que andamos delincuenteando. Pero una cosa es ser chacal y otra muy distinta ser delincuente. Lo peor de todo es que la sociedad en general nos percibe como chacas, cuando realmente hay cosas con las que sí nos identificamos de ese grupo, pero no totalmente. Por ejemplo, como él dice, es ñero. Yo tampoco me considero al cien por ciento chaka. Convivo con todos mis vales, con el “Charal” y con los demás, pero diría que soy entre ñera y chacalita.

Además, en una mujer también cambia. Yo no me vestiría con los jeans a media nalga como el “Charal”, ni sería tan "nacota". Soy más relajada. Me gusta usar gorras, normales o planas, con brillitos. También uso ropa deportiva de marcas como Nike, Jordan o Puma, y bolsas más urbanas, las mariconeras que venden en el tianguis, como la que trae mi compa el “Charal”. Aunque ese güey vende las trusas del Tepis, yo la neta prefiero comprar más original. Aunque tenga la ropa repetida, cada vez que me la pongo la lavo y la sigo usando, aunque ya esté un poco desgastada. A mí sí me gusta usar cosas originales. Lo que pasa es que la gente piensa que todos venimos del barrio, que todos tenemos los mismos gustos musicales o hasta que compartimos las mismas mañas. Y la neta no es así.

Te soy honesta, sí nos echamos nuestras chelas cuando andamos aquí vendiendo o ya cuando terminamos la venta. Después nos lanzamos a un antro o a un centro chelero, dependiendo del dinero que hayamos generado. Si vendimos poco, pues aquí mismo nos empedamos en la plaza. La verdad es que viene mucha gente de distintas partes a visitar el Calvario o la Sirenita que está en el lago y eso hace que sí salga la venta.

Carito: Yo la verdad como tal no me identifico como chaka. Esos güeyes me dicen que soy Tutsi Pink. Ya ves las paletas Tutsi Pop: por fuera se ven bonitas y por dentro son rojas con chicle. Me dicen así porque mi familia sí tiene lana, pero se la ha ganado trabajando muy duro durante los últimos años y, honestamente, tienen un buen trabajo. Yo, por el momento, me encuentro estudiando. La verdad también me junto con los fresas, pero igualmente me junto con estos güeyes. Entonces, digamos que no soy ni totalmente chaka ni tampoco muy fresa. Mis gustos son más chacales.

¿Cómo te explico? Puedo venir súper cuqui. Hoy puedo estar en Starbucks y mañana en las micheladas. Así como puedo ir a un concierto de Lady Gaga, también el domingo en la noche puedo andar bailando unos cumbiones bien locos con Sonido La Changa.

(Entrevista semiestructurada, Pablo ("El Charal"), Lupita y Carito, 2025).

Las entrevistas semiestructuradas, las conversaciones informales y las observaciones etnográficas permitieron reconocer que la identidad chaka no es comprendida de la misma manera por todos los actores que participan en la vida nocturna de Metepec. Durante las primeras aproximaciones al trabajo de campo, comerciantes, habitantes del municipio y jóvenes pertenecientes a otras identidades utilizaban esta denominación para referirse, de manera general, a quienes compartían determinadas formas de vestir, gustos musicales y espacios de convivencia. Sin embargo, conforme avanzó la investigación y fue posible profundizar en las experiencias de las y los interlocutores, se advirtió que esta denominación resultaba insuficiente para explicar la diversidad de formas en que ellos mismos se identificaban.

Los testimonios muestran que, aunque desde el exterior suelen ser reconocidos como chakas, entre las y los propios jóvenes circulan otras formas de identificación, como ñero y Tutsi Pink, cuyos significados responden a experiencias particulares construidas en la vida cotidiana. Del mismo modo, expresiones como chacal o chacalita son utilizadas entre ellos para establecer

diferencias que difícilmente son percibidas por quienes observan esta identidad desde fuera. Aunque comparten espacios de convivencia, gustos musicales, formas de vestir y prácticas relacionadas con la nocturnidad, cada una de estas formas de identificación expresa matices propios. En consecuencia, la etnografía permitió reconocer que la identidad chaka funciona como una denominación amplia, socialmente atribuida, dentro de la cual las y los jóvenes construyen distintas maneras de nombrarse, reconocerse y diferenciarse entre sí.

5.7 La identidad “Fresa”.

La identidad “fresa” forma parte de manera recurrente durante el trabajo de campo desarrollado en distintos escenarios de la vida nocturna metepequense. Su presencia se reconocía en espacios de recreación, consumo y convivencia donde convergían jóvenes que compartían formas particulares de vestir, hablar, consumir y relacionarse. En algunos casos, esta categoría era asumida como parte de la propia identidad; en otros, surgía como una denominación empleada por distintos grupos juveniles para referirse a quienes eran asociados con determinados estilos de vida. Estas formas de nombrarse y ser nombrados muestran que la identidad “fresa” adquiere significados diversos de acuerdo con los contextos donde se produce la interacción social.

Las investigaciones sobre juventudes en México han mostrado que las identidades juveniles se construyen mediante procesos sociales que se transforman conforme cambian las experiencias, los espacios y las relaciones que establecen las personas. En este sentido, Leticia Pogliaghi (2019), al realizar un estado de la cuestión sobre las identidades juveniles y, particularmente, sobre la identidad fresa en el bachillerato mexicano, sostiene que estas se configuran a partir de las experiencias cotidianas, los vínculos entre pares y los escenarios donde transcurre la vida juvenil. Asimismo, señala que el consumo, los estilos de vida y los bienes materiales y simbólicos participan activamente en esta construcción, al convertirse en recursos

mediante los cuales las y los jóvenes expresan pertenencia, obtienen reconocimiento y establecen diferencias frente a otros grupos.

Esta perspectiva permite comprender la identidad “fresa” como una expresión juvenil y, al mismo tiempo, como un estilo de vida, resultado de un proceso histórico y cultural que ha configurado formas particulares de interacción, consumo y distinción social. La elección de determinados espacios de encuentro, la incorporación de ciertas formas de vestir, la preferencia por marcas comerciales, el uso cotidiano de dispositivos tecnológicos y las prácticas de convivencia forman parte de un entramado de significados que fortalece los vínculos entre quienes comparten experiencias semejantes y, al mismo tiempo, delimita fronteras simbólicas frente a otras identidades juveniles. En el caso de Metepec, estos procesos se manifiestan tanto en espacios públicos de encuentro, tránsito y permanencia como en espacios semipúblicos, entre ellos los centros comerciales y diversos establecimientos de la vida nocturna, donde las y los jóvenes construyen sentidos de pertenencia, reconocimiento y, en determinados contextos, de exclusividad.

Las primeras aproximaciones etnográficas mostraron que la identidad “fresa” adquiría mayor visibilidad conforme avanzaba la noche. Su presencia era recurrente en espacios asociados con el consumo, el entretenimiento y la convivencia, particularmente en los centros comerciales del municipio. En su interior se localizaban diversos espacios nocturnos, entre ellos bares, restaurantes, boliches, casinos y establecimientos de entretenimiento, que funcionaban como puntos de reunión para las y los jóvenes. A diferencia de otras identidades juveniles, cuya presencia era más frecuente en calles, plazas y otros espacios públicos, las y los jóvenes identificados como “fresas” tendían a privilegiar escenarios donde el acceso, la permanencia y las formas de interacción se encontraban mediadas por dinámicas de exclusividad, distinción y reconocimiento dentro de sus propios círculos sociales. En estos espacios reafirmaban relaciones previamente construidas en la escuela, la familia y los círculos de amistad, al tiempo

que negociaban colectivamente los lugares donde construir su nocturnidad. De esta manera, los centros comerciales y los espacios nocturnos que albergaban se convertían en nodos de sociabilidad donde se configuraban prácticas de interacción, consumo y reconocimiento que contribuían al fortalecimiento de esta identidad.

Fue precisamente en estos espacios de sociabilidad donde se hicieron evidentes los mecanismos de reconocimiento entre las y los jóvenes. Antes de cualquier interacción verbal, la vestimenta, los accesorios, la forma de saludar, los vehículos en los que llegaban e, incluso, los lugares donde decidían reunirse constituían referentes suficientes para que otros asistentes los identificaran como parte de esta identidad. Estas formas de reconocimiento se manifestaban de manera espontánea en expresiones como: "ellos son fresas", "vienen de tal escuela", "seguro traen reservación" o "siempre se juntan aquí", comentarios que circulaban entre jóvenes pertenecientes a distintas identidades juveniles y que evidenciaban la existencia de códigos compartidos mediante los cuales clasificaban a quienes participaban en la vida nocturna.

Fotografía 13. Jóvenes de la identidad fresa en los lugares de la nocturnidad.



Fuente: (Material proporcionado por el participante en trabajo de campo, 2025).

Conforme avanzaron las observaciones, fue posible advertir que la identificación entre las y los jóvenes se articulaba mediante un conjunto de referentes sociales que incluía la apariencia física, las relaciones de amistad, las escuelas de procedencia, los espacios recreativos que frecuentaban y las prácticas de consumo. En conjunto, estos elementos conformaban un entramado de experiencias compartidas que fortalecía los vínculos de pertenencia entre quienes se reconocían como parte de esta identidad. Asimismo, fue recurrente observar que diversos grupos arribaban a los establecimientos nocturnos después de haberse reunido previamente en cafeterías, centros comerciales o clubes nocturnos, prolongando durante la noche relaciones construidas en otros ámbitos de su vida cotidiana. De este modo, la nocturnidad extendía vínculos y prácticas sociales desarrolladas en otros escenarios de convivencia.

Estas dinámicas también se reflejaban en la manera en que las y los jóvenes organizaban sus encuentros. En repetidas ocasiones fue posible observar que la elección del establecimiento respondía tanto a la oferta musical y al ambiente como al prestigio que determinados lugares poseían dentro de sus propios círculos sociales. Asistir a ciertos clubes, reservar mesas, consumir determinadas bebidas o permanecer en espacios específicos del establecimiento adquiría un significado que trascendía el acto recreativo, al reforzar formas de reconocimiento y diferenciación entre quienes compartían estas experiencias nocturnas. Las experiencias compartidas por las y los interlocutores permitieron comprender que la identidad fresa se configuraba mediante un entramado de relaciones sociales construido en la escuela, la familia, los grupos de amistad y diversos espacios de recreación. Estos ámbitos favorecían la formación de vínculos que posteriormente se proyectaban hacia distintos establecimientos nocturnos del municipio. Desde esta perspectiva, la asistencia a determinados espacios constituía la continuidad de relaciones previamente consolidadas, al tiempo que fortalecía las formas de pertenencia y sociabilidad desarrolladas en otros contextos de la vida cotidiana.

Entre las personas que participaron en esta investigación, Adriana y Jesica se convirtieron en interlocutoras clave para comprender la identidad “fresa”. Desde los primeros acercamientos etnográficos compartieron sus experiencias sobre la vida nocturna en Metepec, los espacios que frecuentaban y las formas de reconocimiento entre quienes compartían este estilo de vida. Sus testimonios permiten comprender las prácticas y significados que caracterizan esta identidad dentro de la nocturnidad metepequense.

Las experiencias compartidas por Adriana permiten comprender las razones por las que determinados establecimientos nocturnos establecen criterios de acceso que, desde el exterior, suelen interpretarse como prácticas de discriminación o exclusión. Durante la entrevista señaló que, desde su perspectiva, estas decisiones se relacionaban con la búsqueda de seguridad y con la confianza entre las personas que frecuentaban el establecimiento de manera habitual.

Adriana comentó:

"Muchas personas creen que somos muy mamonas o que discriminamos porque no cualquiera puede entrar al club, pero realmente no es así. Mi familia ha tenido la oportunidad de construir una buena estabilidad económica gracias al trabajo de mis abuelos y de mis padres, y eso me ha permitido crecer en ciertos espacios. Sin embargo, lo que ellos siempre buscaron fue que tuviéramos lugares donde pudiéramos divertirnos con tranquilidad y regresar seguros a casa.

Cuando salimos de noche, las personas de seguridad ya nos conocen. El cadenero, el personal del establecimiento e incluso el chofer que nos acompaña mantienen comunicación entre ellos. Eso genera confianza para nuestras familias, porque saben dónde estamos y con quién convivimos. Por esa razón tampoco permiten que entren grupos de personas que nadie conoce o que nunca han frecuentado el lugar. No se trata de pensar que unas personas valen más que otras; lo que buscamos es conservar un ambiente donde podamos sentirnos seguros.

Si algún familiar o algún amigo viene de otra ciudad y nos acompaña, puede ingresar sin ningún problema porque llega con nosotros. Lo importante es que exista alguien que responda por esa persona y que forme parte del grupo. Al final, la intención es evitar conflictos y mantener un espacio donde podamos convivir con tranquilidad." (Adriana, entrevista, 2025).

El testimonio de Adriana muestra que los mecanismos de acceso a determinados establecimientos nocturnos se sustentan en relaciones de confianza construidas a lo largo del tiempo entre las familias, las y los jóvenes y el personal de los establecimientos. La pertenencia al grupo se encontraba mediada por vínculos familiares, de amistad y de reconocimiento mutuo que legitimaban el ingreso de nuevas personas, ya que, como señaló la interlocutora, quien acompañaba a un invitado asumía cierta responsabilidad por su presencia dentro del espacio. Desde esta perspectiva, los criterios de acceso respondían a la búsqueda de protección y seguridad para quienes compartían estos escenarios de convivencia, antes que a una intención de excluir de manera arbitraria a otras personas. Esto permite comprender que una práctica frecuentemente interpretada desde el exterior como una actitud de superioridad o de ser "mamones" o "mamonas" era entendida por quienes formaban parte de esta identidad como un mecanismo para preservar la confianza y reducir situaciones de riesgo durante la vida nocturna.

La experiencia de Alessa amplió esta perspectiva al explicar que la identidad “fresa” no solo se construía en los espacios nocturnos, sino también en el entorno familiar y en las formas de vida con las que muchas y muchos jóvenes crecieron. Desde su experiencia, la exclusividad formaba parte de esa cotidianidad, aunque reconocía que también podía utilizarse como una forma de distinción y estatus. Al respecto, comentó:

"Muchas personas piensan que ser, entre comillas, “fresa” significa sentirse más que los demás o ser intocables, pero eso depende de cada quien. Hay quienes simplemente crecimos en ciertos lugares y terminamos conviviendo con el mismo grupo porque ahí nacimos; nuestros papás también eran “fresas” desde jóvenes, así se identificaban, y nosotros crecimos en ese

ambiente. Para nosotros es algo normal. También hay personas que utilizan esa imagen para diferenciarse o demostrar estatus. Yo te diría que estudiar en una escuela privada, vivir en un residencial o tener escoltas no es un lujo; es el estilo de vida con el que crecí. He escuchado que me dicen “intocable”, “fresa” o “junior”, y sí, me identifico como “fresa”, pero eso no me hace mejor que nadie. También pasa que hay personas que se apropian de esa imagen para aparentar poder o estatus. Conozco jóvenes que estudian en la misma universidad, usan *iPhone*, *Apple Watch* o rentan un departamento para verse como “fresas”, pero eso no significa que lo sean. Al final, hay “fresas” de “fresas”, y eso tampoco te hace mejor persona." (Alessa, entrevista, 2025).

El testimonio de Alessa permite comprender que la identidad fresa se inscribe en una trayectoria familiar y social que, en algunos casos, se transmite de generación en generación. Estas experiencias influyen en la manera en que las y los jóvenes se aproximan a la vida nocturna, seleccionan los espacios que frecuentan y establecen relaciones de confianza con quienes comparten este estilo de vida. De esta forma, la construcción de la nocturnidad no se origina únicamente en las prácticas desarrolladas durante la noche, sino que se encuentra vinculada con experiencias familiares, formas de socialización y redes de reconocimiento construidas con anterioridad. Asimismo, la expresión nativa "hay fresas de fresas" evidencia que esta identidad también establece distinciones internas entre quienes la asumen como parte de una trayectoria de vida y quienes buscan incorporarse a ella mediante determinados consumos o formas de representación.

En conjunto, la evidencia etnográfica permitió comprender que la identidad “fresa” se construye mediante la articulación de trayectorias familiares, prácticas de consumo, relaciones de confianza y formas de reconocimiento que se proyectan hacia la vida nocturna. La elección de determinados establecimientos, los criterios de acceso, las redes de sociabilidad y los significados atribuidos a la exclusividad forman parte de un proceso mediante el cual las y los jóvenes producen espacios de pertenencia y delimitan fronteras simbólicas frente a otras

identidades juveniles. En Metepec, la nocturnidad constituye un escenario donde estas prácticas se reproducen, se negocian y adquieren nuevos significados, permitiendo observar que la identidad fresa trasciende la presencia en determinados establecimientos y se configura como una forma particular de experimentar, habitar y dar sentido a la noche.

El análisis de las identidades juveniles permitió comprender que la nocturnidad metepequense se configura mediante una diversidad de prácticas, experiencias y formas de reconocimiento que adquieren sentido en la interacción cotidiana. Cada identidad juvenil construye su propia manera de vivir la noche a partir de un estilo que articula formas de vestir, gustos musicales, prácticas de consumo, relaciones de sociabilidad y modos particulares de apropiarse de los espacios nocturnos. Estas experiencias orientan la manera en que las y los jóvenes negocian su pertenencia, establecen diferencias y construyen formas de reconocimiento dentro de la vida nocturna. A lo largo de esta investigación fue posible advertir que las identidades juveniles se encuentran en constante transformación, ya que se reconfiguran conforme cambian las trayectorias personales, las relaciones sociales y los escenarios donde transcurre la experiencia nocturna. Desde esta perspectiva, las identidades *rave*, gótica, chaka y “fresa” muestran que la nocturnidad de Metepec constituye un espacio social dinámico donde las y los jóvenes producen sentidos de pertenencia, resignifican los lugares que habitan y construyen formas particulares de experimentar la noche.

CONCLUSIONES

La presente investigación permitió analizar la producción social de la nocturnidad lúdica juvenil en Metepec a partir de las prácticas, experiencias, recorridos, relaciones y formas de apropiación del espacio construidas por las y los jóvenes durante la noche. El trabajo etnográfico mostró que la noche adquiere significados particulares a partir de las formas de encuentro, desplazamiento, sociabilidad, pertenencia y distinción que desarrollan quienes la viven. Estas prácticas también intervienen en las maneras de ocupar, recorrer y significar los espacios urbanos. Así, la nocturnidad lúdica juvenil se configura como una experiencia social y territorial que surge de la relación entre las juventudes, los espacios que recorren y las temporalidades en las que desarrollan sus actividades nocturnas.

A partir del objetivo general de la investigación, fue posible comprender que la nocturnidad lúdica juvenil se construye mediante la relación entre sujetos, espacios y temporalidades. Las y los jóvenes organizan sus experiencias nocturnas al seleccionar lugares, establecer recorridos, negociar condiciones de acceso, desarrollar prácticas de sociabilidad y tomar decisiones conforme avanza la noche. Cada espacio ofrece posibilidades particulares de encuentro, interacción, consumo, expresión y pertenencia, pero también establece reglas, códigos y formas de regulación que condicionan las prácticas. A su vez, la temporalidad nocturna modifica momentáneamente los usos y significados de determinados lugares, vinculando distintos puntos de la ciudad dentro de una misma experiencia. La nocturnidad, por tanto, se produce en la relación entre quienes la viven, los espacios que recorren y las temporalidades que organizan sus prácticas.

La investigación permitió responder a la pregunta central al mostrar que la nocturnidad lúdica juvenil en Metepec se produce mediante prácticas que articulan distintos momentos y escenarios de la experiencia nocturna. La noche comienza antes de llegar a los espacios de ocio: la organización del encuentro, el reencuentro entre amistades, la disponibilidad económica, la

elección de los lugares y los acuerdos sobre los recorridos forman parte de la preparación de la salida. Estas acciones continúan durante los desplazamientos, la permanencia en los espacios y las decisiones que se toman conforme avanza la noche. De este modo, lo que ocurre antes, durante y después de permanecer en un bar, antro, club, *after* o *rave* forma parte de un mismo proceso mediante el cual las juventudes organizan, recorren y experimentan la noche.

Al profundizar en los objetivos particulares, la investigación permitió identificar distintas prácticas mediante las cuales las y los jóvenes participan en la construcción de la nocturnidad lúdica. Entre ellas, el precopeo aparece como una de las prácticas más recurrentes y como un momento inicial de la experiencia nocturna. En él se reúnen las amistades, se conversa, se acuerdan los lugares que se visitarán, se consideran los recursos disponibles y se organizan los recorridos. Estas acciones muestran que la experiencia nocturna comienza a organizarse desde antes de llegar a los espacios de ocio y que las decisiones tomadas en este momento pueden influir en el desarrollo posterior de la noche.

Los resultados también muestran que los lugares de la nocturnidad adquieren significados diferenciados según las prácticas que en ellos se desarrollan. Los espacios públicos funcionan como puntos de reunión, encuentro y permanencia, mientras que los espacios semipúblicos y semiprivados permiten distintas formas de convivencia y consumo. En los bares predominan la conversación, el consumo y la interacción entre pares; en antros y clubes cobran importancia el baile, la música, la corporalidad, el deseo, el espectáculo y las prácticas de distinción. Los *afters* y *raves,* por su parte, prolongan la experiencia nocturna mediante formas de organización distintas a las de los establecimientos comerciales. Los recorridos observados muestran así una nocturnidad articulada por diferentes lugares, cada uno con funciones y posibilidades particulares dentro de las experiencias juveniles.

El espacio constituye una dimensión activa de la experiencia nocturna, ya que sus significados se producen a través de las prácticas de quienes lo habitan, recorren y utilizan. Un

mismo lugar puede adquirir funciones distintas según el momento de la noche, los actores presentes y las actividades que ahí se desarrollan. La cartoetnografía permitió reconocer estas relaciones mediante la identificación de nodos de reunión, corredores de movilidad, espacios de permanencia y lugares de prolongación festiva. Su representación permitió observar cómo lugares físicamente separados se articulan dentro de una misma experiencia territorial a través de los recorridos que realizan las y los jóvenes durante la noche.

La movilidad constituye una práctica fundamental de apropiación territorial. Los desplazamientos nocturnos conectan diferentes espacios y requieren tomar decisiones sobre el tiempo de permanencia, las condiciones de cada escenario y la continuidad del recorrido. Cada trayecto implica elegir dónde permanecer, cuándo desplazarse, con quién continuar la noche y qué alternativas buscar cuando determinadas posibilidades se agotan. Así, los recorridos juveniles vinculan distintos fragmentos de la ciudad y los integran temporalmente dentro de una experiencia nocturna compartida.

La apropiación también se expresa en la relación que las y los jóvenes construyen con los lugares de la nocturnidad. A través de las experiencias compartidas, la permanencia y el reconocimiento entre pares, determinados espacios adquieren significados asociados con la seguridad, la comodidad, la pertenencia y la identificación. Estos lugares de la nocturnidad se reconocen así por las prácticas e identidades que las propias juventudes construyen en ellos, convirtiéndolos en escenarios con significados particulares dentro de sus recorridos nocturnos.

Frente a estas condiciones, las juventudes desarrollan estrategias para sostener sus experiencias nocturnas. La organización colectiva de recursos, la coperacha, el uso de espacios públicos, las alternativas domésticas y la participación en espacios autogestionados muestran distintas formas de adaptar los recorridos a los recursos disponibles. Las condiciones económicas y sociales influyen así en las posibilidades de acceso, permanencia y movilidad, dando lugar a experiencias nocturnas diferenciadas entre las y los participantes.

La sociabilidad constituye otro elemento fundamental de la producción de la nocturnidad. El encuentro con otras personas y las relaciones entre pares dan forma a experiencias compartidas que varían según cada espacio. La conversación, el baile, el ligue, la convivencia, la corporalidad, la música y el reconocimiento participan en la construcción de estos vínculos. En los bares predominan la conversación y la convivencia; en los antros y clubes, el baile, la expresión corporal y las interacciones relacionadas con el deseo; mientras que en los *afters* y *raves* cobran fuerza la confianza, la organización colectiva y la autogestión.

La música, el consumo, el entretenimiento y las prácticas compartidas articulan las relaciones entre las y los jóvenes. A través de estos elementos se reconocen afinidades, se construyen vínculos y se generan experiencias comunes, pero también se establecen diferencias entre quienes participan en distintos circuitos nocturnos. El precopeo, la coperacha, el baile, la conversación y la organización de los recorridos favorecen formas de pertenencia asociadas con determinados momentos y espacios. Estas mismas prácticas permiten marcar diferencias frente a otros grupos, por lo que la sociabilidad y la distinción forman parte de una misma dinámica de interacción juvenil.

A partir de las prácticas de sociabilidad y de las relaciones que se construyen durante la noche, también fue posible reconocer distintas formas de identificación entre las juventudes. Las identidades *rave*, gótica, chaka y “fresa” aparecen como referentes mediante los cuales las y los jóvenes reconocen afinidades, formas de pertenencia y diferencias con otros. Estas identificaciones se relacionan con la música, la vestimenta, las prácticas, los espacios frecuentados y las formas de convivencia. Su significado cambia según las relaciones y situaciones en las que participan, por lo que las identidades juveniles observadas se expresan de manera diversa dentro de la experiencia nocturna.

El estilo adquiere especial importancia en estas formas de identificación. La vestimenta, la estética, la música, los objetos de consumo y determinadas formas de comportamiento

permiten expresar pertenencias y marcar diferencias. El trabajo etnográfico mostró que estos elementos pueden modificarse según el escenario en el que se desarrolla la experiencia. Las y los jóvenes adaptan su apariencia, sus comportamientos y sus formas de relacionarse de acuerdo con los códigos de cada espacio. El estilo se convierte así en una forma de expresar pertenencias, desenvolverse en distintos escenarios y establecer diferencias con otros.

La construcción de identidades juveniles se encuentra estrechamente relacionada con los espacios y las experiencias nocturnas. Las formas de pertenencia se expresan en los lugares que se frecuentan, las personas con quienes se establecen relaciones, la música que se escucha, las prácticas que se realizan y las formas en que cada joven es reconocido por otros. La nocturnidad ofrece distintos escenarios donde estas identidades se expresan, adquieren significados particulares y pueden modificarse según las relaciones y situaciones que se desarrollan durante la noche.

La investigación permitió observar que la producción de la nocturnidad también se desarrolla en relación con las condiciones que organizan la vida cotidiana. Las obligaciones familiares, escolares y laborales, los recursos económicos, los horarios comerciales, las condiciones de seguridad y las normas de los establecimientos intervienen en las experiencias nocturnas. Dentro de estas condiciones, las juventudes construyen determinados márgenes de acción y toman decisiones sobre cuándo salir, con quién hacerlo, qué lugares visitar, cuánto tiempo permanecer y cuándo regresar. Estas decisiones se encuentran relacionadas con las condiciones sociales y materiales de cada joven y con las posibilidades que tiene para organizar su experiencia nocturna.

La noche abre posibilidades particulares para el encuentro, la convivencia, la expresión identitaria y la apropiación del espacio, dentro de las condiciones sociales que organizan la vida cotidiana. Las juventudes construyen su autonomía nocturna a partir de los márgenes de acción que encuentran frente a límites económicos, familiares, institucionales y espaciales. Así, las

decisiones y prácticas desarrolladas durante la noche muestran una relación constante entre las posibilidades de acción y las condiciones que las hacen posibles o las restringen.

La relación entre autonomía, apropiación espacial y organización colectiva se hace especialmente visible en los espacios alternativos. Los *afters* y *raves* muestran cómo las juventudes reorganizan sus recursos, relaciones y espacios cuando las opciones comerciales terminan o cuando las condiciones económicas dificultan la permanencia en ellas. El caso etnográfico de “Chernóbil” permitió observar este proceso de manera concreta: los propios participantes preparan y acondicionan el espacio, instalan el equipo, organizan el lugar, coordinan las actividades y realizan las tareas necesarias para llevar a cabo el evento. Estas prácticas muestran su participación directa en la creación de las condiciones materiales y sociales que hacen posible la experiencia nocturna.

El caso de “Chernóbil” permite observar una forma particular de reapropiación temporal de espacios que originalmente no fueron destinados al ocio. La intervención de las juventudes modifica los usos y significados de una infraestructura en desuso, convirtiéndola temporalmente en un lugar de encuentro y experiencia nocturna. Este proceso muestra que los espacios pueden adquirir nuevas funciones a partir de las prácticas y formas de organización de quienes los ocupan. La experiencia del *rave* evidencia así la existencia de formas de producción de la nocturnidad que se desarrollan fuera de los establecimientos comerciales y que dependen de la iniciativa y organización de las propias juventudes.

Los resultados obtenidos muestran que la nocturnidad lúdica juvenil en Metepec adopta formas distintas según los recursos disponibles, las relaciones entre pares, las condiciones de los espacios y las decisiones tomadas durante los recorridos. A pesar de esta variación, el trabajo de campo permitió reconocer algunas recurrencias: los ritmos cotidianos, el encuentro, la organización, el precopeo, los desplazamientos, la permanencia en determinados espacios, la fase festiva, la búsqueda de alternativas y el regreso. Estas recurrencias permiten identificar una

dinámica en la que distintos momentos y escenarios se articulan, sin que las experiencias nocturnas sigan siempre el mismo orden o se desarrollen de la misma manera.

A partir de esta articulación surge la propuesta conceptual del “Ciclo de la Nocturnidad”, principal aporte de esta investigación. El ciclo permite comprender la experiencia nocturna como un proceso compuesto por siete momentos relacionados entre sí: ritmos cotidianos, reencuentro y organización, precopeo, recorridos nocturnos, fase festiva, prolongación y regreso. Estos momentos pueden variar en duración, intensidad y presencia según las circunstancias de cada noche, por lo que no siguen un orden rígido ni aparecen necesariamente de la misma manera. El ciclo se reconoce en la recurrencia y articulación de estos momentos dentro de las experiencias nocturnas de las juventudes.

Los ritmos cotidianos constituyen el punto de partida, pues en ellos se encuentran las condiciones desde las cuales se organiza la salida. El reencuentro y la organización permiten acordar quiénes participarán, los recursos disponibles, los espacios que se visitarán y los posibles recorridos. El precopeo intensifica la convivencia y concentra decisiones que orientan el desarrollo posterior de la noche. Los recorridos articulan diferentes espacios y dan continuidad a la experiencia. La fase festiva concentra prácticas de sociabilidad relacionadas con la música, el baile, la corporalidad, el consumo y la distinción. La prolongación extiende la experiencia mediante *afters*, *raves* u otras alternativas, mientras que el regreso vincula nuevamente la noche con los ritmos de la vida cotidiana.

El “Ciclo de la Nocturnidad” identificado en Metepec representa una temporalidad reconocible, aunque su desarrollo no tenga una secuencia forzada de lugares ni ocurra de la misma manera todas las noches o todos los días. Lo que permite reconocerlo es la recurrencia de ciertos momentos: el reencuentro y la organización, el precopeo, la fase festiva y la prolongación de la experiencia en espacios comerciales, domésticos o alternativos, como bares, antros, clubes, *afters* y *raves*. Estos momentos pueden variar en duración, orden y presencia

según las decisiones, recursos y condiciones de las y los jóvenes, así como de los demás actores que participan en la nocturnidad. De esta manera, el ciclo mantiene una temporalidad predominante, pero sus recorridos y formas de desarrollo se modifican de acuerdo con quienes lo viven y con las condiciones de cada noche.

Los resultados respaldan la hipótesis planteada al mostrar que la sociabilidad juvenil en la nocturnidad lúdica de Metepec se construye mediante procesos de apropiación social del espacio urbano. Las juventudes resignifican lugares, establecen vínculos y generan formas temporales de pertenencia a través de prácticas relacionadas con la música, el consumo, la estética, los encuentros entre pares y los recorridos nocturnos. Estas prácticas no solamente permiten desarrollar actividades recreativas, sino que producen experiencias colectivas y formas de identificación que participan en la construcción de las identidades juveniles.

Al mismo tiempo, la evidencia etnográfica permitió observar que estos procesos de apropiación se encuentran atravesados por condiciones de regulación, distinción y desigualdad. Los recursos económicos, las relaciones sociales, los códigos de acceso y las normas de los espacios influyen en las posibilidades de participación y permanencia. Por ello, la apropiación del espacio no puede entenderse como un proceso completamente libre, sino como una práctica que se desarrolla dentro de condiciones sociales específicas. Las juventudes construyen márgenes de acción mediante decisiones, acuerdos y estrategias que les permiten participar en la vida nocturna, pero estos márgenes se encuentran condicionados por las estructuras familiares, económicas, comerciales e institucionales que continúan presentes durante la noche.

La investigación permite afirmar, entonces, que la nocturnidad lúdica juvenil constituye una dimensión significativa de la vida urbana contemporánea en Metepec. En ella se producen formas de sociabilidad, pertenencia, distinción e identidad que no pueden reducirse al entretenimiento. La noche constituye un espacio-tiempo donde las juventudes construyen relaciones, expresan estilos, recorren la ciudad y desarrollan formas particulares de apropiación

territorial. Los espacios nocturnos adquieren nuevos significados mediante las prácticas de quienes los utilizan, mientras que los recorridos permiten conectar distintos fragmentos de la ciudad dentro de una experiencia temporal compartida.

Desde esta perspectiva, las identidades juveniles deben comprenderse como procesos dinámicos y relacionales. Las identidades *rave*, gótica, chaka y “fresa” no funcionan como estructuras cerradas, sino como formas mediante las cuales los jóvenes establecen afinidades y diferencias. Estas identificaciones se expresan mediante estilos, músicas, estéticas, prácticas de consumo y formas de interacción que adquieren significados particulares según los espacios y situaciones. La noche ofrece escenarios donde estas identidades pueden hacerse visibles, negociarse y transformarse, mostrando que la pertenencia juvenil se encuentra vinculada tanto con las relaciones sociales como con las experiencias territoriales.

En este sentido, la investigación también permite cuestionar aquellas interpretaciones que reducen la nocturnidad juvenil al riesgo, el desorden o la transgresión. Sin negar que existen conflictos, mecanismos de regulación o situaciones de desigualdad, el trabajo etnográfico mostró que la noche constituye también un espacio organizado de encuentro, convivencia, afectividad, pertenencia y producción cultural. Las juventudes desarrollan códigos, acuerdos, prácticas y formas de organización que hacen posible la experiencia nocturna. Observar estos procesos permite reconocer que detrás de las prácticas de ocio existen relaciones sociales complejas que participan en la construcción de la vida urbana.

La principal aportación de esta investigación se encuentra, por tanto, en el “Ciclo de la Nocturnidad”, entendido como una propuesta conceptual situada que permite analizar la experiencia nocturna como un proceso articulado entre sujetos, espacios y temporalidades. Su importancia no consiste únicamente en ordenar los momentos que pueden reconocerse durante una salida nocturna, sino en mostrar las relaciones que hacen posible que esos momentos se conecten y adquieran sentido. El ciclo permite desplazar la mirada desde el espacio nocturno

entendido como un lugar aislado hacia la nocturnidad entendida como una experiencia móvil, relacional y territorializada.

El valor de esta propuesta se encuentra también en su capacidad para integrar dimensiones que frecuentemente aparecen separadas en el análisis de la vida nocturna. El ciclo permite relacionar la organización cotidiana con el encuentro, el precopeo con los recorridos, los espacios comerciales con las alternativas autogestionadas, la sociabilidad con la distinción y las identidades con las formas de apropiación territorial. De esta manera, la propuesta permite observar la nocturnidad como una experiencia continua en la que cada momento adquiere sentido a partir de su relación con los demás.

El “Ciclo de la Nocturnidad” no pretende establecer una secuencia universal para todas las experiencias juveniles, sino ofrecer una herramienta de interpretación construida a partir del caso de Metepec. Su carácter flexible permite reconocer que no todas las noches tienen la misma duración, que no todos los actores recorren los mismos espacios y que determinados momentos pueden omitirse, prolongarse o transformarse. La propuesta conserva su utilidad precisamente porque permite analizar estas variaciones sin perder de vista las recurrencias que articulan la experiencia nocturna.

A partir de los resultados obtenidos, puede afirmarse que la nocturnidad juvenil en Metepec se produce socialmente mediante una relación constante entre quienes la viven, los espacios que recorren y las temporalidades que organizan sus experiencias. Las juventudes no reciben pasivamente una noche previamente construida; participan en su organización, seleccionan sus recorridos, producen vínculos, negocian condiciones de acceso, resignifican lugares y generan alternativas cuando las opciones disponibles no responden a sus necesidades o posibilidades. En este proceso, la ciudad adquiere temporalmente otros usos y significados, construyéndose una territorialidad nocturna que depende de las prácticas y relaciones de quienes la recorren.

Finalmente, la investigación muestra que las juventudes no solamente participan de la nocturnidad: la producen. Al encontrarse, organizarse, desplazarse, apropiarse de espacios, establecer relaciones y construir pertenencias, convierten distintos momentos y fragmentos de la ciudad en espacios de sociabilidad. El “Ciclo de la Nocturnidad” permite sintetizar esta dinámica al relacionar los ritmos cotidianos, el reencuentro y la organización, el precopeo, los recorridos nocturnos, la fase festiva, la prolongación y el regreso. Su principal aporte consiste en mostrar cómo las juventudes construyen, recorren y significan la noche a partir de sus prácticas y de las condiciones de cada experiencia. Por el alcance de esta investigación, quedan abiertas otras dimensiones de la nocturnidad lúdica que requieren ser exploradas, particularmente aquellas relacionadas con la transformación de los espacios, las distintas temporalidades y los actores que participan en la producción de sus significados. Estas líneas permiten continuar estudiando cómo la ciudad y sus experiencias nocturnas se transforman junto con quienes las viven.

ANEXOS

Los siguientes anexos se presentan conforme al formato empleado durante su aplicación en el trabajo de campo.

Anexo 1

Guía de entrevista semiestructurada: Juventudes y nocturnidad lúdica en Metepec

Población objetivo: Jóvenes de 18 a 29 años

Enfoque: Cualitativo-etnográfico

Propósito: Conocer las experiencias, prácticas y significados que las y los jóvenes construyen en torno a la nocturnidad lúdica en Metepec, considerando su relación con el espacio, la temporalidad, la sociabilidad y las identidades juveniles.

Bloque 1. Perfil y relación con Metepec

¿Cuántos años tienes y a qué te dedicas actualmente?

¿Vives en Metepec o vienes de otro municipio?

¿Con qué frecuencia sales de noche y qué días sueles hacerlo?

¿Desde cuándo acostumbras participar en actividades nocturnas en Metepec?

Bloque 2. Experiencia y significados de la noche

Para ti, ¿qué significa salir de noche?

¿Qué diferencias encuentras entre lo que haces durante el día y lo que haces durante la noche?

¿Qué buscas o qué esperas encontrar cuando sales de noche?

¿Qué es lo que más disfrutas de una salida nocturna?

Bloque 3. Sociabilidad y organización de las salidas

¿Con quiénes sueles salir?

¿Cómo se organizan para salir?

¿Qué hacen antes de salir?

¿Cómo conocen o se relacionan con otras personas durante la noche?

¿Qué importancia tienen las amistades y el grupo en tus salidas nocturnas?

Bloque 4. Recorridos y temporalidades de la noche

Cuéntame cómo comienza una salida nocturna desde que te preparas hasta que regresas a casa.

¿Suelen reunirse en algún lugar antes de acudir al sitio principal?

¿Cómo deciden a qué lugares ir durante la noche?

¿Qué hace que permanezcan en un lugar o decidan trasladarse a otro?

¿Qué sucede cuando cierran los establecimientos o termina la actividad principal?

¿Suelen prolongar la noche en otros espacios? ¿Cómo son esas experiencias?

Bloque 5. Espacios, acceso y apropiación

¿Qué espacios de Metepec frecuentas durante la noche y por qué los eliges?

¿Cómo es tu experiencia para ingresar a estos lugares?

¿Has experimentado restricciones o diferencias en el acceso relacionadas con tu apariencia, vestimenta o grupo de pertenencia?

¿Cómo percibes la seguridad en los espacios nocturnos que frecuentas?

¿Hay lugares que consideres propios o con los que tengas una relación especial? ¿Por qué?

¿Cómo cambia la manera en que experimentas un espacio cuando llega la noche?

Bloque 6. Identidades, estilos y prácticas de consumo

¿Cómo eliges tu vestimenta para salir de noche?

¿Consideras que tu forma de vestir se relaciona con el grupo al que perteneces o con la música que escuchas?

¿Qué importancia tiene la música en tus experiencias nocturnas?

¿Qué prácticas o formas de consumo suelen compartir entre amigos durante una salida?

¿Crees que estas prácticas permiten distinguir a unos grupos de jóvenes de otros?

Bloque 7. Identidad, pertenencia y distinción

¿Consideras que existen diferentes grupos o identidades juveniles en la vida nocturna de Metepec?

¿Cómo describirías esos grupos?

¿Te identificas con alguno de ellos? ¿Por qué?

¿Qué elementos consideras que distinguen a un grupo de otro?

¿Has experimentado situaciones de inclusión, exclusión o diferenciación entre grupos?

¿Crees que una persona puede pertenecer a diferentes grupos o identificarse de distintas maneras dependiendo del espacio?

Bloque 8. La noche como experiencia colectiva

¿Cómo cambia un espacio cuando es ocupado por jóvenes durante la noche?

¿Qué emociones o sensaciones experimentas durante estas actividades?

¿Qué significado tienen para ti estos espacios y momentos nocturnos?

¿Qué crees que buscan las y los jóvenes al apropiarse de estos espacios durante la noche?

¿Por qué consideras importante la existencia de estos espacios de convivencia nocturna?

Anexo II

Entrevista formal: Producción social de la nocturnidad lúdica juvenil en Metepec

Propósito del instrumento: Obtener información etnográfica sobre las experiencias, prácticas, percepciones y significados que las y los jóvenes construyen en torno a la noche, considerando la articulación entre juventudes, espacio urbano y temporalidad nocturna.

I. Datos generales del participante

Instrucciones: Recabar los datos básicos del participante para situar su perfil sociodemográfico y su relación territorial con Metepec.

Edad: _____

Ocupación: _____

Relación con Metepec:

( ) Residente permanente.

( ) Residente temporal.

( ) Visitante de un municipio aledaño.

Frecuencia de participación en actividades nocturnas:

¿Qué días de la semana suele salir?

¿Con qué frecuencia realiza estas salidas?

II. La experiencia de la noche

Propósito: Explorar los significados atribuidos a la nocturnidad y las diferencias percibidas entre las actividades diurnas y nocturnas.

Para ti, ¿qué significa “salir de noche”?

¿Qué diferencias encuentras entre lo que haces durante el día y tus actividades cuando ya oscureció?

¿Qué buscas o esperas obtener de una salida nocturna?

¿Desde qué edad comenzaste a salir de noche y cómo recuerdas tus primeras experiencias?

¿Ha cambiado tu manera de salir de noche con el paso de los años? ¿Qué ha cambiado?

III. Prácticas de sociabilidad y organización

Propósito: Reconstruir las formas de agrupación, comunicación y organización que anteceden al encuentro nocturno.

¿Con quiénes sueles salir habitualmente?

¿Cómo se ponen de acuerdo para salir? ¿Qué medios utilizan para organizarse?

¿Cómo es el proceso de preparación previa a una salida nocturna?

¿En qué consiste la “coperacha” y cómo se organizan los recursos económicos del grupo?

Durante la noche, ¿cómo estableces contacto o conoces a personas que no pertenecen a tu grupo habitual?

¿Quién suele tomar las decisiones sobre dónde ir, cuánto gastar o cuándo cambiar de lugar?

IV. Espacios y recorridos: el Ciclo de la Nocturnidad

Propósito: Identificar los puntos de encuentro, trayectorias y desplazamientos que conforman la experiencia nocturna en el espacio urbano de Metepec.

¿Dónde suele comenzar tu noche?

¿Realizan la práctica del “precopeo”? ¿En qué lugares y por qué los eligen?

¿Cómo deciden a qué establecimiento acudir? ¿Qué factores influyen en esa decisión?

¿Cómo realizan los desplazamientos entre un lugar y otro?

¿Hay lugares a los que solamente acuden en determinados momentos de la noche? ¿Por qué?

¿Qué lugares frecuentabas anteriormente y cuáles frecuentas actualmente?

V. Espacios nocturnos, acceso y regulación

Propósito: Analizar las experiencias de acceso, selección, pertenencia y regulación dentro de los espacios nocturnos.

¿Cuáles son tus lugares favoritos para salir de noche?

¿Cómo describirías el proceso de acceso a estos lugares?

¿Has experimentado alguna forma de exclusión o selección relacionada con la apariencia, vestimenta, grupo de pertenencia o estatus?

¿Qué importancia tienen los “RP” (Relaciones Públicas) durante tus salidas nocturnas?

¿Perteneces o has pertenecido a algún club nocturno privado, membresía o programa de acceso preferencial?

¿Cuál? _____

¿Con qué frecuencia utilizas o utilizabas esa membresía?

¿Qué beneficios o diferencias implica pertenecer a ese club o contar con ese tipo de acceso?

¿Consideras que existen espacios nocturnos dirigidos a determinados grupos sociales o económicos? ¿Cómo los identificas?

¿Conoces establecimientos que manejen códigos de vestimenta? ¿Cómo funcionan?

¿Qué tipo de vestimenta o presentación personal se solicita o se espera para ingresar a determinados lugares?

¿Has cambiado tu forma de vestir dependiendo del lugar al que vas a salir? ¿Por qué?

¿Has observado que algunas personas tengan mayor facilidad para ingresar a determinados espacios? ¿A qué crees que se deba?

VI. Trayectoria nocturna y transformaciones generacionales

Propósito: Reconstruir las experiencias nocturnas a lo largo de la trayectoria de los participantes y reconocer transformaciones en los espacios, prácticas y formas de sociabilidad.

¿Cómo eran tus salidas nocturnas cuando comenzaste a salir?

¿Qué lugares frecuentabas anteriormente y cuáles frecuentas actualmente?

¿Qué diferencias encuentras entre los espacios nocturnos que conociste antes y los que existen actualmente?

¿Hay algún establecimiento, evento o espacio nocturno que recuerdes especialmente de años anteriores? ¿Por qué?

Cuando tenías menor edad, ¿cómo conseguías ingresar a determinados espacios o eventos?

¿Qué prácticas de la vida nocturna que realizabas anteriormente ya no realizas? ¿Por qué?

¿Consideras que han cambiado las formas de vestir, consumir, relacionarse o divertirse durante la noche?

¿Qué lugares o prácticas nocturnas consideras que han desaparecido, cambiado o permanecido en Metepec?

VII. Identidades juveniles y estilos

Propósito: Identificar formas de pertenencia, distinción y expresión de las identidades juveniles mediante la estética, la música, el lenguaje y el consumo.

¿Cómo describirías tu forma de vestir cuando sales de noche?

¿Qué tipo de música es la que más te identifica?

En la noche de Metepec, ¿sientes que perteneces o te identificas con algún grupo específico?

¿Qué elementos consideras que distinguen a tu grupo de otros? Por ejemplo, bebidas, marcas, lenguaje, música, vestimenta u otros.

¿Consideras que la manera de vestir influye en los lugares a los que puedes acceder?

¿Has notado diferencias entre la forma de vestir de distintos grupos que participan en la vida nocturna de Metepec?

VIII. Prolongación de la experiencia: after y rave

Propósito: Comprender las formas de sociabilidad que se desarrollan después del cierre de los establecimientos comerciales y en espacios nocturnos alternativos.

Cuando los establecimientos comerciales cierran, ¿qué suele hacer tu grupo?

¿Has participado en *afters* domésticos o en *raves*? ¿Cómo son estos encuentros y dónde suelen realizarse?

¿Cómo se organizan estos encuentros? ¿Cómo se comunican, reúnen recursos y coordinan los desplazamientos?

¿Qué diferencias encuentras entre una salida a un establecimiento comercial y la participación en un after o rave?

¿En qué momento consideras que termina realmente una salida nocturna?

IX. Cierre: significados y emociones

Propósito: Recuperar los significados y emociones asociados con la participación en la vida nocturna.

¿Qué emociones te genera estar con tu grupo durante la noche?

¿Por qué consideras importante para ti participar en la vida nocturna de Metepec?

¿Qué representa para ti la noche dentro de tu vida cotidiana?

Si tuvieras que describir tu experiencia de la noche en Metepec en una sola palabra o frase, ¿cuál sería y por qué?

BIBLIOGRAFÍA

Aguirre Aguilar, G. (2000). Lugares y territorios nocturnos en el puerto de Veracruz. En R. Melgar Bao (Coord.), *La noche urbana: Cultura y territorio en América Latina*. Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Aguirre Hernández, A. K. (2019). *Análisis del impacto entre los usuarios del transporte público por el proyecto del Tren Interurbano Toluca–Ciudad de México* [Tesis de licenciatura]. Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Aguilera, J., & Corral, A. (1992). *La producción de suelo urbano a través de fraccionamientos en el Estado de México (1946–1992)*.

Arnett, J. J. (2000). Emerging adulthood: A theory of development from the late teens through the twenties. *American Psychologist, 55*(5), 469–480. https://doi.org/10.1037/0003-066X.55.5.469

Ariès, P. (1962). *Centuries of childhood: A social history of family life*. Alfred A. Knopf.

Augé, M. (2008). *Los no lugares: Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Gedisa.

Balardini, S. (Comp.). (2000). *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*. CLACSO.

Becerril-Sánchez, T., Méndez, J., & Garrocho, C. (2013). Urbanizaciones cerradas y transformaciones socioespaciales en Metepec, Estado de México. *EURE, 39*(117).

Bey, H. (1991). *T.A.Z.: The temporary autonomous zone, ontological anarchy, poetic terrorism*. Autonomedia.

Boas, F. (1928). *Anthropology and modern life*. W. W. Norton & Company.

Bourdieu, P. (1979). *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*. Taurus.

Bourdieu, P. (1999). Efectos de lugar. En *La miseria del mundo* (pp. 119–124). Fondo de Cultura Económica.

Caillois, R. (1986). *Los juegos y los hombres: La máscara y el vértigo*. Fondo de Cultura Económica.

Caillois, R. (2001). *Man, play and games*. University of Illinois Press.

Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión. (2024). *Código Civil Federal*. https://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf_mov/Codigo_Civil_Federal.pdf

Castillo Berthier, H. (2002). De las bandas a las tribus urbanas: De la transgresión a la nueva identidad social. *Desacatos*, (9), 57–71.

Código Civil Federal. (2024). Artículo 646: La mayor edad comienza a los dieciocho años. Cámara de Diputados. https://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/2_240125.pdf

Cohen, A. K. (1955). *Delinquent boys: The culture of the gang*. Free Press.

De Certeau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana.

De Mattos, C. (1999). Santiago de Chile, globalización y expansión metropolitana: Lo que existía, sigue existiendo. *EURE. Revista de Estudios Urbano Regionales, 25*(77), 29–56.

Delgado, M. (1999). *El animal público*. Anagrama.

Durkheim, É. (2012). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Fondo de Cultura Económica.

Erikson, E. H. (1968). *Identity: Youth and crisis*. W. W. Norton & Company.

Evans-Pritchard, E. E. (1976). *Brujería, magia y oráculos entre los Azande*. Anagrama.

Feixa, C. (1998). *De jóvenes, bandas y tribus: Antropología de la juventud*. Ariel.

Fyvel, T. R. (1963). *The insecure offenders*. Penguin.

Galinier, J., Monod-Becquelin, A., Bordin, G., Fontaine, L., Fourmaux, F., Roullet Ponce, J., Salzarulo, P., Simonnot, P., Therrien, M., & Zilli, I. (2010). Anthropology of the night: Cross-disciplinary investigations. *Current Anthropology, 51*(6), 819–847.

García, R. (2004). Pobladores y gobierno indígena en Metepec, siglos XVI–XVIII. En T. Jarquín (Coord.), *Metepec: De aldea a ciudad*. El Colegio Mexiquense; H. Ayuntamiento de Metepec.

García Canclini, N. (1990). *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo.

Goffman, E. (2006). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu.

Gómez Carmona, G. (2016). *Identidades, imaginarios y cambios urbanos en Metepec, Estado de México* [Tesis de doctorado, Universidad Autónoma del Estado de México].

Google. (2026). *Google Maps* [Mapa digital]. https://www.google.com/maps/place/Metepec,+Estado+de+México

H. Ayuntamiento de Metepec. (2012). *Plan de desarrollo urbano de Metepec*. http://www.metepec.gob.mx/desarrollo%20urbano/PMDU%20METEPEC%2025feb11%20Entrega%20final.pdf

Hall, G. S. (1904). *Adolescence: Its psychology and its relations to physiology, anthropology, sociology, sex, crime, religion and education* (Vols. 1–2). D. Appleton and Company.

Hall, S., & Jefferson, T. (Eds.). (1976). *Resistance through rituals: Youth subcultures in post-war Britain*. Hutchinson.

Harvey, D. (2008). El derecho a la ciudad. *New Left Review*, (53), 23–39.

Hebdige, D. (1979). *Subculture: The meaning of style*. Routledge.

Heidegger, M. (2002). *The essence of truth*. Continuum.

Hodkinson, P. (2002). *Goth: Identity, style and subculture*. Berg Publishers.

Homobono, J. I. (2000). De la taberna al pub: Espacios y expresiones de sociabilidad. En *El bienestar en la cultura: Estudios de la Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación en homenaje al profesor Iñaki Domínguez Vázquez* (pp. 249–290). Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea.

Huizinga, J. (2007). *Homo ludens*. Alianza Editorial.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2020). *Censo de Población y Vivienda 2020*. https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2020/

Jarquín, T. (1990). *Formación y desarrollo de un pueblo novohispano*. El Colegio Mexiquense; H. Ayuntamiento de Metepec.

Lagarde, M. (1990). *Los cautiverios de las mujeres*. Universidad Nacional Autónoma de México.

Le Breton, D. (2002). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Nueva Visión.

Le Goff, J. (1987). *La civilización del Occidente medieval*. Paidós.

Leahy Laughlin, D., & Johnson, L. C. (2011). Defining and exploring public space. *Children's Geographies, 9*(3–4), 439–456.

Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing. (Obra original publicada en 1974).

Lévi-Strauss, C. (1988). *Tristes trópicos*. Paidós.

Maffesoli, M. (1990). *El tiempo de las tribus: El declive del individualismo en las sociedades de masas*. Icaria.

Malbon, B. (1999). *Clubbing: Dancing, ecstasy, and vitality*. Routledge.

Malinowski, B. (1926). *Crime and custom in savage society*. Kegan Paul, Trench, Trubner & Co.

Margulis, M. (1994). *La cultura de la noche: La vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*. Biblos.

McRobbie, A., & Garber, J. (1976). Girls and subcultures: An exploration. En S. Hall & T. Jefferson (Eds.), *Resistance through rituals: Youth subcultures in post-war Britain* (pp. 209–222). Routledge.

Mead, M. (1928). *Coming of age in Samoa: A psychological study of primitive youth for Western civilisation*. William Morrow & Company.

Melbin, M. (1978). Night as frontier. *American Sociological Review, 43*(1), 3–22.

Melgar Bao, R. (1999). La construcción de una cartografía nocturna. En R. Melgar Bao (Coord.), *La noche urbana: Cultura y territorio en América Latina*. Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Moncrieff Zabaleta, H. (2023). Chakas, fronteras y jóvenes en un barrio criminalizado de la Ciudad de México. *Iztapalapa. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, 44*(95), 41–69.

Nieto Calleja, R., & Becerra Pozos, J. C. (2024). Hacia una antropología de la noche urbana. *Alteridades, 34*(68), 11–23. https://doi.org/10.24275/KCOF1449

Nofre, J., & García-Ruiz, M. (2023). Nightlife studies: Past, present and future. *Dancecult: Journal of Electronic Dance Music Culture, 15*(1), 93–112. https://doi.org/10.12801/1947-5403.2023.15.01.05

Ochoa Patiño, V. (2006). El baile: Representación social y práctica saludable. *Investigación y Educación en Enfermería, 24*(2), 54–63.

Oldenburg, R. (1999). *The great good place: Cafés, coffee shops, bookstores, bars, hair salons, and other hangouts at the heart of a community* (3rd ed.). Marlowe & Company.

Park, R. E. (1999). *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Ediciones del Serbal.

Parrini, R. (2018). *Deseografías: Una antropología del deseo*. Universidad Autónoma Metropolitana; Universidad Nacional Autónoma de México.

Pérez Taylor, R. (1997). Noche y día: La dicotomía. En R. Melgar Bao (Coord.), *La noche urbana: Cultura y territorio en América Latina*. Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Platón. (1988). *República*. Gredos.

Pogliaghi, L. (2019). Identidades juveniles en el bachillerato mexicano. Un estado de la cuestión. *Revista del Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación*, (46), 239–256. https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9111283

Pulido Llano, G. (2018). *El mapa "rojo" del pecado: Miedo y vida nocturna en la Ciudad de México, 1940–1950*. Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Reguillo, R. (2012). *Culturas juveniles: Formas políticas del desencanto*. Siglo XXI Editores.

Sánchez Ramírez, A. (2015). *Cultura rave en México: Historia, metamorfosis y actualizaciones* [Tesina de licenciatura, Universidad Nacional Autónoma de México]. Repositorio de Tesis Digitales de la UNAM.

Schivelbusch, W. (1988). *Disenchanted night: The industrialization of light in the nineteenth century*. University of California Press.

Secretaría de Cultura y Turismo del Estado de México. (s. f.). *Metepec: Pueblo Mágico*. https://experiencia.edomex.gob.mx/mapa_pagina_frontal/mostrarDetalle/162

Simmel, G. (2001). La metrópolis y la vida mental. En *El individuo y la libertad*. Península.

Simmel, G. (2002). *Sociología: Estudios sobre las formas de socialización* (Vol. 1). Alianza Editorial.

St. John, G. (2009). *Technomad: Global raving countercultures*. Equinox Publishing.

Syms, E. (2006). *Buenos Aires, Argentina: Revista Guarnin*.

Taguenca Belmonte, J. A. (2009). El concepto de juventud. *Revista Mexicana de Sociología, 71*(1), 159–190. https://doi.org/10.22201/iis.01882503p.2009.001.17746

Thornton, S. (1995). *Club cultures: Music, media and subcultural capital*. Polity Press.

Turner, V. (1969). *The ritual process: Structure and anti-structure*. Aldine Publishing Company.

United Nations. (2023). *Youth*. https://www.un.org/es/global-issues/youth

Urzúa Romero, J. C. (2012). *Estrategias de sobrevivencia de los empleados de un centro nocturno: El caso de la discoteca La Gabana, Toluca, Estado de México* [Tesis de licenciatura, Universidad Autónoma del Estado de México, Facultad de Antropología].

Valenzuela, J. M. (2021). *Juvenicidio: Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina*. NED.

Valenzuela Arce, J. M. (2009). *El futuro ya fue: Socioantropología de l@s jóvenes en la modernidad*. El Colegio de la Frontera Norte.

Van Gennep, A. (1960). *The rites of passage*. University of Chicago Press.

Wirth, L. (1938). Urbanism as a way of life. *American Journal of Sociology, 44*(1), 1–24.